

LA AMÉRICA



LA AMÉRICA

CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

DIRIGIDA POR

DON EUSEBIO ASQUERINO

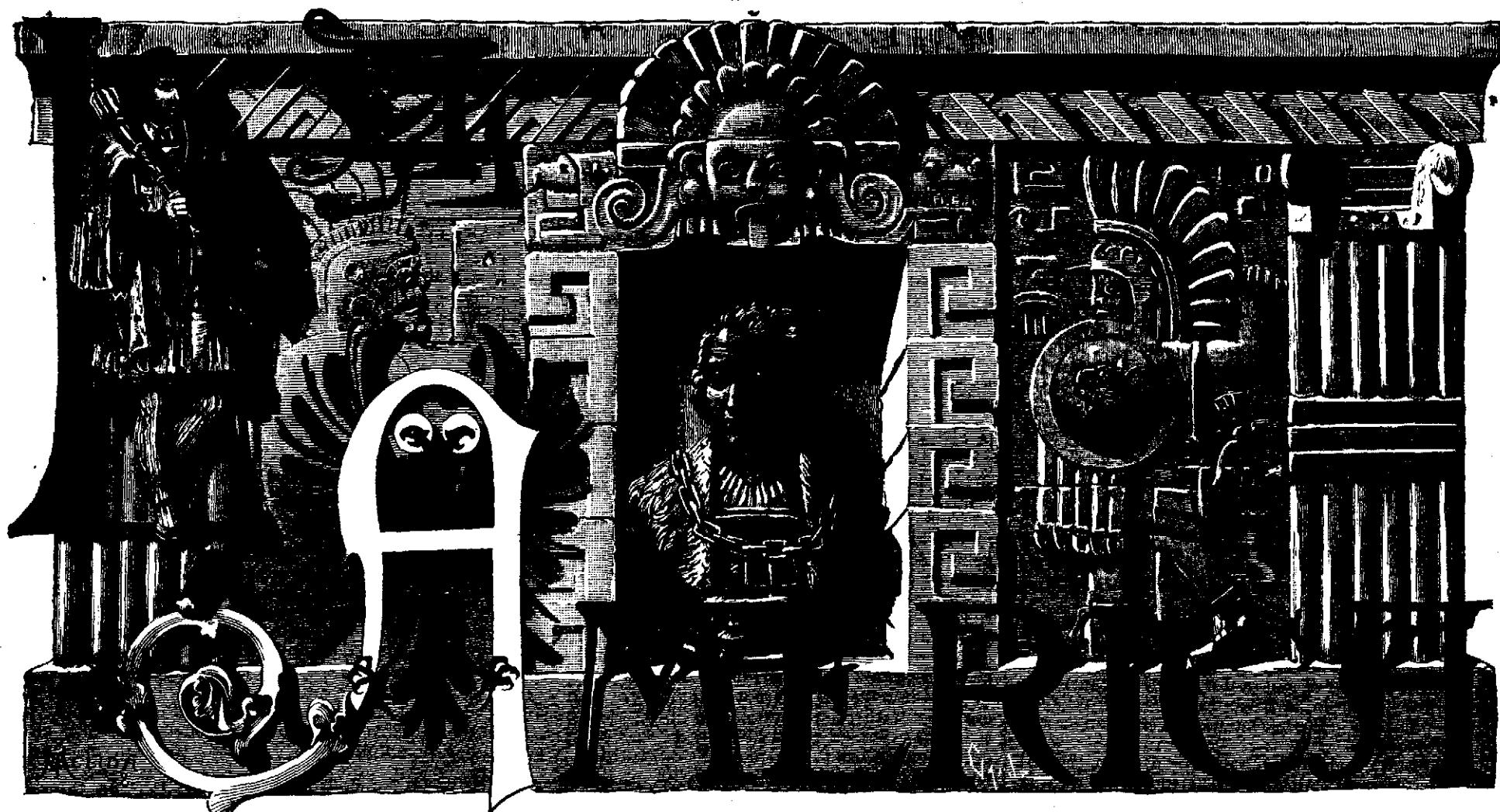
CON LA COLABORACION DE LOS SEÑORES

D. José María Alcalde, D. P. Argüelles, D. Antonio Arruti, D. Eusebio Asquerino, D. Enrique Avella y Casariego, D. Ramon Barco, D. J. M. de Bassoco,
D. Pedro Becerra Alfonso, D. Ramiro Blanco, D. Emilio Blanchet, D. Julio Calcaño, D. Mariano Capdepon, D. Luciano Carvallo, D. Emilio Castelar,
D. Luis de Cuero y Pita Pizarro, D. José Curtelo, D. Antonio M. Duimovich, D. Nicolás Diaz y Perez, D. Narciso Diaz Escobar, Mr. Anatole de la Forge,
D. Fausto Garagarza, D. Francisco García de Castro, D. Constantino Gil, D. E. Gomez Ortiz, D. F. Gomez de la Mata, D. Ignacio Gomez, D. J. J. Gonzalez Narvaez,
D. José Güell y Renté, D. Manuel Antonio Hernandez, D. José J. Herrero, D. Plácido Langle, D. Luis Lopez Oms, D. Lúcio V. Mansilla, General Marguite,
D. José Martí, D. Manuel Matoses, D. Tristán Medina, Giovanni Merle, D. Juan José Molina, D. Miguel Moya, D. P. de Navarrete, D. Pablo Nougués,
D. M. Nuñez de Arce, D. Eugenio de Olavarria y Huarte, D. Manuel Ortega Marrety, D. M. Palacio, D. Manuel Pedregal, J. A. Perez Bonaide, D. M. de Perez Rusao,
D. Alfredo Posada, D. José María Prellezo, D. Manuel Prieto y Prieto, D. Juan de Dios Restrepo, Duque de Rivas, D. José Rodriguez Morelo, D. J. Rueda,
D. P. Ruiz Albistur, D. José Selgas, D. Enrique Tavel de Andrade, D. César Valcárcel, Marqués de Valmar, D. Héctor Florencio Varela, D. Carlos Vazquez,
D. Alejandro Velez, D. Luis Vidart, D. Ricardo Villa, D. Enrique Ucelay y D. Julian Zugasti.

TOMO XXIII.—AÑO 1882



MADRID 1882
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de M. P. Montoya y Compañía
Cádiz, 1



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACIÓN, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcón, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. Asquerino, Autón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, *Ayala*, *Aleños* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *Albuerna*, *Ardanza*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barranquilla* (marqués de), *Becerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremón*, *Bretón de los Herreros* (Manuel), *Blasco*, *Caijo Azena* (D. Pedro), *Campoamor*, *Camus*, *Candiles*, *Castañer*, *Castro y Blanc*, *Cánovas del Castillo*, *Castro y Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo y Martín*, *Cazurro*, *Cervino*, *Chente* (conde de), *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cuetos*, *Sra. Coronado*, Sres. *Celso Asturio* (D. Gonzalo), *Cabrerizo*, *Dacarrete*, *Díaz* (José María), *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría* (J. A.), *Espin y Guillén*, *Estrada*, *Echegaray*, *Equiz*, *Escurra*, *Estebla*, *Eulate*, *Fabié*, *Ferrer del Río*, *Fernández y González*, *Fernández Guerra*, *Fernández de los Ríos*, *Fermín Toro*, *Flórez*, *Figueroa* (Augusto Suárez de), *García Gutiérrez*, *Gayangos*, *Galvete de Molina* (D. Javier), *Graells*, *Giménez Serrano*, *Giron*, *Gómez Martín*, *Gómez y Rendé*, *Güevlenzo*, *Guerrero*, *Ingenier*, *Hartzenbusch*, *Iriarte*, *Zapata*, *Jáner*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lascala*, *Lazama*, *López Guijarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macañaz*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mata y Flóquer*, *Merejo*, *Montestinos*, *Molins* (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olavarria*, *Orgaz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olózaga*, *Palacio*, *Pastor* y *Lastre*, *Pascual* (D. Agustín), *Pareja*, *Galdós*, *Perez Lirio*, *Pi y Margall*, *Pozzi*, *Reinoso*, *Retes*, *Reville*, *Ríos y Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero*, *Ortiz Rodríguez* y *Munoz*, *Rodríguez* (G.), *Ros* y *González*, *Ros de Olano*, *Rossell*, *Ruiz Aguilar*, *Sagarriga*, *Sanz Pérez*, *Sanz*, *Salvador de Salvador*, *Salmerón*, *Santromá*, *Solgas*, *Segovia*, *Serrano*, *Alcázar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Trueba*, *Tubino*, *Ulúa*, *Valera*, *Velez de Medrano*, *Vega* (*Ventura de la*), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRIPCION,

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. líneas.—Resto de Europa: 1 franco líneas.—Ultramar: 4 rs. seis líneas.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Enero de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en billetes del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; o pidiendo por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redacción y Administración, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—*Ciencia y arte*, por D. Antonio Arruti.—*Revista americana*, por D. P. de Navarrete.—*El génio de Grecia*, por D. Eusebio Asquerino.—*Una visita á Victor-Hugo*, por D. Lázaro V. Mansilla.—*Naturalismo en el arte*, por D. E. Gómez Ortiz.—*Estudios históricos-militares. Una expedición á la isla de Douvelant 1576*, por D. Eugenio de Olavarria y Huarte.—*Centenario de Belis en Caracas*, por D. Héctor Florencio Varela.—*Mejoramiento del obrero*, por D. Pedro Becerra Alfonso.—*José Massini*, por D. H. F. V.—*La Huerta del Tío Martín*, por D. Julian Zugasti.—*¿Quién eres?* por D. Plácido Langlo.—*La luz del alba*, por D. José Selgas.—*La prensa republicana*.—*Anuncios*.

REVISTA GENERAL.

En esta época del año no hay más libro posible que el Almanaque.

No decidamos si la gloria de su descubrimiento corresponde á Numa ó á Confucio; dejemos que Tolomeo y Julio César disputen sobre cuál de los dos ejerció mayor influjo en la formación de ese libro eterno, que el hombre empezó leyendo en el cielo y ha concluido por llevar guardado en su cartera; no riñamos por si es mejor el Zaragozano ó el que plugo al nuevo Copérnico que rigiese en las provincias de Castilla la Nueva; prescindamos de las lamentables equivocaciones en que con harta frecuencia incurre, y confesemos, en gracia á los merecimientos que le adornan, que no hay nada tan necesario, ni tan económico, ni tan útil como un Almanaque.

Conviene advertir, para que no se crean interesados nuestros elogios, que no cobramos subvención por cantar las glorias del Almanaque. Sobrados cantores tiene en todas las esquinas de Madrid, ejército de Cupidos, no por lo bellos sino por lo de los ojos, que vocean hasta desganitarse el que ellos llaman género, para darse tono de comerciantes.

El Almanaque es el libro más popular de España. Se venden millones de ejemplares.

Su propaganda está en su baratura. ¡Dos cuartos!

Decidme en qué podeis emplear dos cuartos, no siendo en una limosna, que mejor empleados estén.

Habeis favorecido á una empresa, socorrido á un génio que se ocupa tan solo en mirar á las estrellas, cuando á cada momento las ve sin querer cualquier transeunte; aumentado la fortuna de un comerciante en crisálida, y adquirido una obra que os puede ser provechosísima si sabeis leer.

¡Pensar que por estorbarles lo negro, como en vulgar metáfora se dice, no pudieron muchos de nuestros antepasados apreciar las ventajas del Almanaque, y que estuvieron expuestos á no sa-

ber que Noche-Buena se celebra en el mes de Diciembre y en el de Mayo San Isidro, es cosa de desesperarse!

Pero si en Madrid fué siempre el Almanaque útil á todo el mundo, desde que se establecieron las nuevas señales para el anuncio de incendios, es una verdadera necesidad.

Porque por los Almaniques puede tenerse noticia exacta del lugar de los incendios, y á los madrileños no nos gusta oír campanas y no saber dónde.

La cuestión romana es hoy la más importante de cuantas la política extranjera ofrece.

Si se agitan los católicos en pró nuestro,—ha dicho el Papa, contestando á la felicitación que le dirigió el decano del Colegio de cardenales,—si se esfuerzan en que perderán el derecho que les asiste de ver asegurada de un modo estable y eficaz la independencia de su Jefe, se les acusa al instante de rebeldes, de enemigos de Italia, de provocadores de desórdenes. Así, pues, ¿cómo extrañar que á causa de éstos y otros hechos semejantes que á cada paso suceden, los prelados de diferentes naciones, al llegar aquí, reconozcan abiertamente que el estado actual de cosas es en absoluto inconciliable con la libertad y la dignidad de la Santa Sede? ¿Cómo extrañar que todos los católicos del mundo aparezcan ansiosos y angustiados ante la suerte que pueda caber á su Jefe supremo?

En el Vaticano se tiene por cierta la noticia de que Alemania y Austria se han comprometido formalmente á abrir negociaciones internacionales para definir la situación del Papa como jefe de la Iglesia. En la conferencia previa iniciada con este motivo, el Padre Santo, á lo que parece no pretende reivindicar en el momento el dominio territorial que poseían los Pontífices, sino que prevalezca el principio de que la independencia del Papa no está actualmente bastante garantizada. En cuanto á determinar las garantías estables y necesarias, Su Santidad se remite al juicio de las naciones europeas.

¿Que resultará de todo esto? Alemania parece dispuesta á sostener al Papa en sus pretensiones, pero debe tenerse muy presente que todo lo que fortifique al romano Pontífice debilita al imperio alemán. Se trata de encontrar el medio de formular eficazmente la responsabilidad del Papa sin perjudicar los principios de la independencia italiana y asegurando el principio de la soberanía del Estado lacio. El problema es difícil, pero digno de Bismarck y de Italia. La solución podrá obtenerse con el concurso de Italia ó contra Italia. Entre

comprometer todo y ganarlo todo, la elección no es dudosa.

Pero posible es que los ultramontanos lo comprometan todo.

La solución de la cuestión irlandesa se ve más lejos cada día. Si la Ley agraria tan trabajosamente arrancada á los lores por creer estos que se concedía demasiado á los colonos, resulta vana e ineficaz, ¿qué recursos va á emplear el Gobierno para resolver tan aguda crisis? No es fácil presumirlo. En cambio es legítimo manifestar un deseo. El deseo de que no se reproduzca alguna de las sangrientas páginas que constituyen la historia de las relaciones entre Irlanda e Inglaterra.

Cuando en las Universidades concluyen, empiezan en el Parlamento las vacaciones. Se han aprobado los presupuestos; el ministro de Hacienda puede formar, con lo que la prensa ha dicho de su obra, un álbum de alabanzas hiperbólicas, y otro de censuras severas; han concluido las interpelaciones guerreras y lírico-dramáticas; ha dejado de ser el salón de sesiones del Congreso, más bien que templo de las leyes, escuela de esgrima ó academia militar; ha tenido tiempo de informarse el general Martínez Campos de que ni Benjamin Constant fué fusionista, ni llevó jamás casco de cuero con llorón de plumas; y á la agitación y al movimiento han sucedido la quietud y la calma.

Esto en la superficie; en el fondo ya es otra cosa. No se habla más que de nombramientos y de crisis. Lo primero es un semillero de dificultades; lo segundo un gran crédito de esperanzas para el porvenir. Los últimos de hoy pueden ser los primeros de mañana. Y este día está cerca. Ni el éxito del general, ministro de la Guerra, en los debates en que ha tomado parte; ni la acogida del proyecto de ley estableciendo el juicio oral y público del Sr. Alonso Martínez; ni el estado de las negociaciones diplomáticas del señor marqués de la Vega de Armijo, permiten á los centralistas del Gabinete profetizar muchos días de unión ministerial. Si la crisis no se plantea hasta que las Cortes vuelvan á reunirse, será un milagro. Todo hace creer que no llegaremos á Carnaval sin que la crisis se descubra.

Y á propósito de Carnaval.

Fundándose en las denuncias de que han sido víctimas algunos periódicos democráticos, decía días pasados un diputado á otro.

—¿Qué originales son los fusionistas?

—Por qué?

—Porque cuando llega el Carnaval es cuando se quitan la careta.

Un contraste raro.

El dia de Reyes lo ha sido de júbilo para la prensa republicana. La razon es sencilla. Ha publicado un documento importantísimo que abre un período nuevo en la campaña democrática y anuncia provechosas conquistas. Inspirada en la identidad de propósitos que á todos se impone, redactada con esmero, discutida detenidamente, la *Declaracion de la prensa republicana* ha sorprendido y disentido tanto á la gente ministerial como complacerá á la democrática.

Los firmantes de este documento han acordado tambien invitar á todos los periódicos republicanos de las provincias á que se adhieran á esas declaraciones y constituir en Madrid un Sindicato de la prensa republicana, con representacion de la prensa de provincias, para lo cual se convocará una reunion preparatoria.

Adelante.

Entre las iniciativas más generosas y las justicias más grandes de la prensa, puede señalarse sin duda la de haber defendido mucho tiempo hace, la necesidad de que la nación conceda una recompensa al ilustre poeta Zorrilla.

Zorrilla ha llenado al mundo con su nombre, y su nombre es en el mundo una gloria de España. Sus versos son el más preciado regalo de los oídos españoles. Tienen el color de nuestras flores, la luz de nuestro cielo, la frescura de nuestra brisa. Una deuda nacional reclama una recompensa nacional tambien.

De igual modo debe galardonar la patria al poeta que la inmortaliza, que al guerrero que la engrandece. Mas aún, pues si el conquistador la ensancha á costa de sangre y haciéndola odiosa con tierras que la fortuna le arrebata al cabo, el poeta la alaga glorias y amores imperecederos.

Desde los tiempos del *Romancero*, ningun poeta tan popular y espontáneo como el que ha dado, con el poema *A Granada*, digno coronamiento á nuestra gran epopeya nacional. Sencillo y varió como la naturaleza, llega al fondo de todas las almas; é intérprete genuino de las ideas y sentimientos de su pueblo, como si de sus entrañas se hubiese formado, en las vibraciones de su lira creemos escuchar los latidos del corazón de la patria.

A la voz de Zorrilla surgen del polvo, palpitantes de vida, monumentos, costumbres, hombres y pueblos de ayer.

En el carácter rudo, altivo y esforzado del Cid, nos pinta una época; en la popularidad de las justicias de don Pedro, los sentimientos de igualdad de una raza; y en los personajes, en fin, de sus leyendas, el espíritu alentado y liberal, aventurero y religioso del pueblo que, al florecer los Felipes, guerreaba en Flandes y conquistaba las Américas. Por él conoce y ama España entera, á sus héroes y su historia; y él aviva en las almas que dudan y destallecen el fuego de las creencias y el patriotismo, por tal manera, que si el honor, la bravura y la fe pudiesen morir en los castellanos corazones, sus rimas los harían resucitar.

Honrar, por tanto, á Zorrilla, es honrar á la patria. No guardemos latente en los pechos el entusiasmo hasta la hora triste de erigirle estatuas; hagámosle apacibles los azarosos días de la ancianidad.

La exposición que los admiradores del gran poeta van á dirigir á las Cortes pidiendo una pensión para Zorrilla, dice esto mismo. Todos debemos firmarla. Siempre le daremos méritos de lo que de él hemos recibido. El genio no debe tener méritos cesantía que un ministro.

El último estudio publicado en la colección de *Autores dramáticos contemporáneos*, es el de la biografía y obras de Narciso Serra, y está escrito por Fernández Bremon.

Hay en este trabajo de Bremon un párrafo que es un admirable retrato de Serra.

Narciso Serra—dice Bremon—fue un poeta malogrado, un improvisador de comedias, un pobre que enriquecía á las empresas teatrales, un autor adorado por el vulgo, del cual se reia á carcajadas, y por los literatos graciosos como Hartzenbusch, que le toleraban sus descuidos en gracia de la frescura y donaire de sus versos, aplaudido hasta por las gentes meticolosas á quienes escandalizaba, como Tirso, con la libertad de sus epigramas, pero nunca con la intención de sus comedias. Idolo de la juventud atolonizada, versificador de café y gran trasnochador, nadie le buscaba en los salones, bibliotecas, ni ateneos, sino en las casas de juego, en los cuerpos de guardia, fondas y bastidores de teatro. Fué autor, militar y censor de comedias. Vivió en el aturdimiento y murió como un cristiano.

Una anécdota de la vida de Serra:

Entró la policía en una casa de juego donde Serra estaba perdiendo la paga. Ninguno daba su nombre propio; uno se llamaba Juan Fernández, otro Pedro Gutiérrez y Serra Arturo Gómez.

—Y usted?—preguntó el inspector á un compañero de Serra.

—Yo... Antonio Pérez.

—El señor,—dijo Serra,—es el secretario de Felipe II.

La sociedad, ha dicho Voltaire, depende de las mujeres. Los pueblos que tienen la desgracia de encerrárlas, son miserables.

El Ateneo de Madrid conoce la frase ó piensa lo mismo que el ilustre filósofo. No sólo no quiere que las mujeres estén encerradas, sino que las ha abierto las puertas de su casa de la calle de la Montera, en vísperas de abandonarla, para que puedan ver los bustos empolvados del salón de sesiones; interrumpir al pasar cerca de ellas las animadas discusiones de la *cacharrería*, y oír el curso de Historia Universal que van á explicar los más elocuentes oradores del Ateneo.

Las institutrices en la escuela de los oradores! Desde que se supo que iban á ir, no hubo tema de más interés para las conversaciones del salón de retratos, de los pasillos y del wagon. La noche de la visita todo estaba cambiado. Los socios se olvidaron de las petacas y las de lenguas: los ordenanzas iban de un lado á otro como tontos; á un dependiente de la biblioteca le pidieron Teresa Raquin, de Zola, y trajó una colección del *Año Cristiano*; hasta el P. Sanchez, que ha puesto tribuna en la derecha, se creyó que abriría confesionario.

Esta revolución en las costumbres del Ateneo, es provechosa y será muy fecunda. De las mujeres que aprenden á las mujeres que votan hay larga distancia; en el Ateneo se las admite para que oigan, no para que discutan. De concederlas el derecho de hablar, conoceríamos este año lo que opinan las mujeres, del libre albedrío, de la democracia y del naturalismo en el arte, porque estos son los temas que se van á discutir en las secciones; oír á una señora la crítica de *Nana*, sería muy curioso. Pero nos gusta más no oírla.

De estos trabajos que en las secciones se van á discutir, podrán nuestros lectores juzgar uno: la preciosa *Memoria* que Enrique Gómez Ortiz ha escrito acerca del «Naturalismo en el arte».

Gómez Ortiz es un ateneista distinguido, que ha leído mucho, que piensa más, que escribe de brillante manera, que el año anterior, hablando de *La política y la literatura*, fué colmado de aplausos, y que ha logrado éste un unánime triunfo. No he de decir más. Mejor que estas palabras mías hacen el elogio de Gómez Ortiz las que él ha escrito en su *Memoria*. Como en este número de *LA AMÉRICA* empieza á publicarse, ocasión tendrán mis lectores de admirarla.

La comisión inspectora de los teatros continua trabajando, y los temores de un incendio como los de Niza ó Viena creciendo.

No hay, por lo visto, arreglo posible. O cerrar los teatros ó comprar con el billete para entrar en ellos una probabilidad de morir como la Virgen de la Lorena. Ir al teatro es una prueba de heroísmo tan grande como las que han hecho gloriosos á los defensores de Zaragoza. Proponemos que á todos los militares, con esta nota en su hoja de servicios, «valor, se les supone», que justifiquen haber estado en un estreno, se les acrede el valor.

Las empresas de teatro debían decir como el jugador del cuento:

«Señores: aquí no se engaña á nadie... aquí se juega limpio. Se *echa el pego*. El que lo quiera así, bien, y el que no, que lo deje.

En el Almanaque de un músico que no toca:

Fiestas móviles.—Para todos los ciudadanos, el dia que se mudan de casa. Para los literatos que viven del *sablazo* (frase técnica), el dia que se mudan de camisa.

Después del descubrimiento de las estafas y falsificaciones en Correos:

—¿Qué te sucede que estás tan triste?

—Que temo que todas las cartas en que mi novia me dice que no me olvida, estén falsificadas.

MIGUEL MOYA.

CIENCIA Y ARTE.

Mas hoy que la humanidad cuenta con muchos siglos de existencia, y que la instrucción va extendiéndose, aunque paulatinamente, entre las citadas masas que se comunican entre sí en minutos, por largas que sean las distancias, el conocimiento de los derechos que les pertenecen se ha generalizado entre ellas; y considerándose ya mayores de edad, se entienden unas con otras para poseerlos y desprenderse de la larga tutela en que las mantienen las clases privilegiadas. Tal es la posición de las masas populares.

Las minorías gobernantes, que desde la revolución francesa del 89 están formadas, en su mayor parte, por individuos de la clase media, que suben al poder fingiéndose liberales y halagando á las masas para después sujetarlas, se resisten á soltar esa tutela, que tantos beneficios les reporta, y no acceden á las pretensiones de las masas populares, alegando la excusa de que ellas no están suficientemente instruidas para hacer buen uso de sus derechos; como lo prueba el que cada vez que han podido usar de ellos lo han verifica-

do apasionada y desordenadamente, por lo que la tranquilidad y el orden social exigen que esos derechos los mantengan los gobernantes concentrados en sus manos para concederlos paulatinamente á los pueblos según vayan instruyéndose. Por eso los reglamentan y los conceden restringidos, cuando á ello se ven obligados, y por eso se interesan tambien en que la instrucción del pueblo esté á cargo de ciertas clases, á fin de que las masas no aprendan más que lo que á ellos les conviene, prolongando así esa tutela. Estas son las posiciones que ocupa cada una de las partes contendientes en esta lucha fratricida.

Extrañadas, por otra parte, las masas populares de que los derechos individuales y el sufragio universal, que en ciertas épocas han llegado á poseer, no han correspondido á lo que de su posesión esperaban, han atribuido la continuación de su mal-estar á la imperfección de las instituciones, que reciben la calificación especial de sociales, entre las cuales figuran en primera línea la *familia* y la *propiedad*; formándose, en consecuencia, varios sistemas socialistas, cuya mayor parte habían fracasado ya en sus aplicaciones prácticas anteriormente; como sucedió con la *ley agraria* en Atenas y con el *comunismo* en Esparta; á las que se agregaron en nuestra época el *sansimonismo*, el *furrerismo* y otros ensayados con igual éxito en París, después de la revolución de 1830; sistemas que hoy han renacido bajo los nombres de *fenianismo*, la *internacional*, el *nihilismo*, etc., en diferentes partes de Europa; cuyos individuos, creyendo, sin duda, mejorar de esa manera su triste posición social, atacan á las minorías gobernantes valiéndose para ello, en algunos países, hasta del regicidio, de asesinatos de los altos empleados políticos, de incendios, de explosiones, etc., etc.; medios, como se vé, violentos y altamente inmorales.

Los Gobiernos y las minorías de cuyo seno salen estos, conocedores, á su vez, de la máxima de Maquiavelo, *divide mandarás*, se aprovechan de la falta de unión y del fraccionamiento en que se encuentran las masas populares, tanto de una misma nación como las de las naciones de una misma raza, para mantenerlas en la obediencia ó para someterlas en detail; por no haberse convenido aún los pueblos de que sus intereses son solidarios y de que la unión constituye la fuerza. Las minorías gobernantes aprovechan, pues, esas divisiones de las mayorías gobernadas, entreteñiéndolas con promesas halagüeñas, que rara vez cumplen, y suscitando entre ellas cuestiones que á nada bueno conducen, sino á ahondar esas fatales divisiones.

Desengañadas además esas minorías de que cada vez va cundiendo más la instrucción entre las masas, y que ya han llegado en muchos países á conocer sus intereses, así como el maquiavelismo de sus gobernantes, y de que el momento menos pensado se les escapa la tutela que hoy ejercen sobre ellas, aumentan los medios de represión; armado con ese objeto millones de soldados, cuyo sostenimiento exige gastos inmejorables, que conducen, en último término, á la formación de presupuestos monstruosos, á empréstitos ruinosos, á impuestos exagerados, que ni las clases pobres, ni aun las medianas, pueden soportar; á los embargos consecutivos de las propiedades de los contribuyentes, á la paralización de la agricultura, industria y comercio por falta de brazos y de seguridad en las especulaciones, á la miseria general, á las guerras civiles y extranjeras, con todo su horrible séquito de matanzas, saqueos, violaciones, etc., etc.; al hambre, al olvido de los deberes, á los robos, los secuestros, los asesinatos, los cadalso, y finalmente, á los motines y revoluciones más ó menos sangrientas. Se vé, pues, que los medios represivos empleados por las minorías gobernantes son aun más inmorales que los que emplean las mayorías gobernadas para conseguir sus respectivos fines, y que, además, las inmoralidades cometidas por las minorías quedan, por lo general, impunes, mientras que las que cometan las mayorías son penadas con arreglo á los Códigos respectivos.

Estos son los medios empleados por cada una de las partes contendientes. Véamos, pues, ahora los que ambas partes deberían emplear, con arreglo á lo que dictan los principios contenidos en la conciencia moral, para evitar la catástrofe que con inminencia amenaza á la vieja Europa, y cuyas consecuencias serían tan terribles que causa horror tan solo pensar en ellas.

El hombre, segun lo hemos demostrado en la primera sección de este estudio, posee, como complemento de su organismo, un fluido anímico, que con sus movimientos le proporciona un desarrollo intelectual muy superior al que alcanzan los demás seres animados que pueblan el planeta *Terra*; y, aprovechándose de esa superioridad, dispone de la mayor parte de ellos, utilizándolos para atender á sus necesidades y comodidades. Nunca está, sin embargo, contento con su suerte, y aspira constantemente á mejorar la situación en que se encuentra. Concédanselle riquezas, si las desea, ó placeres, si los echa de menos, y al cabo de algún tiempo sus aspiraciones tampoco quedarán satisfechas, y algo se faltará para obtener su completo bienestar, formulado en la palabra *felicidad*.

El término de sus aspiraciones como miembro social, es, pues, el de alcanzar la felicidad reclamada por su organismo; y cometiera realmente una falta imperdonable si no empleara todos los me-

dios que ese mismo organismo le proporciona para conseguir el término de sus aspiraciones.

Mas para eso necesita precisar ántes la vía que le ha de conducir á ese término, y de ahí vienen las diferentes opiniones que profesan, tanto los gobernados como los gobernantes; sus diferentes posiciones estratégicas y los medios que cada agrupacion de esas considera como los más convenientes para conseguir sus respectivos fines.

La vía que nuestro criterio, apoyado en la sana lógica, nos indica como la más propia para que el hombre pueda llegar al término donde se encuentra situada su felicidad, es la *vía democrática del progreso social*, abierta á la humanidad entera; porque toda ella tiene las mismas aspiraciones, los mismos derechos para obtenerlas, y porque solo puede llegar á ese término caminando siempre adelante, por el terreno que, á pesar de los obstáculos que en él se le oponen, ha seguido hasta ahora; pues la inteligencia humana, encargada de proporcionar la felicidad al conjunto del organismo, nunca está estacionaria, y desde la remota época en que en Asia y África, la fuerza material y el fanatismo religioso sirvieron para mantener las masas populares en la esclavitud, hasta la desordenada, pero ilustrada que atravesamos, la civilización ha dado un paso gigantesco hacia adelante; el progreso social es, pues, un hecho innegable.

Por otra parte, como la felicidad no puede ser completa en este planeta, donde todo es limitado y relativo, el objetivo del hombre debe ser el de adquirir la mayor cantidad de bienestar ó de felicidad relativa posible en el planeta que habita; y como el deseo de llegar á conseguir esa felicidad es común á la humanidad entera, puesto que es una aspiración inherente al organismo humano, el progreso social debería ser aceptado por todos; sin embargo, existe una exigüa parte de esa humanidad que, por gozar de privilegios de los que se vé privada la gran mayoría, se considera feliz comparándose con ella, y opone obstáculos á que la generalidad de los hombres emprendan ó continúen esa marcha progresiva, siendo esa oposición otra de las causas de la lucha entablada y sostenida entre las minorías conservadoras y las mayorías democrático-progresistas, desposeidas de sus derechos.

Hemos dicho repetidas veces, y no nos cansamos de decirlo, que los principales obstáculos con que tropieza el hombre en su marcha progresiva por la senda democrática, en cuyo término se encuentra la felicidad, son: la *fuerza armada*, de que disponen las minorías gobernantes para reprimir las justas aspiraciones de los pueblos á obtener el mayor grado de bienestar posible; y el *fanatismo religioso*, infiltrado en las masas populares ménos instruidas por las predicaciones de los sacerdotes. Sin embargo, hubo un tiempo en que, tanto la una como el otro, fueron útiles á la humanidad; pero dejaron ya de serlo, y por eso se han convertido en obstáculos, como vamos á verlo.

La *fuerza armada* fué, en un principio, conservadora de las nacionalidades á que respectivamente pertenecía, lo que proporcionaba á los pueblos la seguridad de poderse dedicar á sus quehaceres, sin temor de que ninguno les impidiese. Más tarde, cuando la dedicaron á la guerra, esa fuerza fué también útil á la humanidad, propagando en los países conquistados la civilización que poseían los pueblos conquistadores; mas en esta época ilustrada, las verdaderas victorias no son las conseguidas por los generales en los campos de batalla, sino las obtenidas por los Fulton, Stephenson, Watt, Edisson, Lesseps, Nordenskiold y demás hombres instruidos que concurren á la formación de esa ilustre falange de inventores y emprendedores que hacen acortar las distancias y economizar el tiempo, suprimiendo los obstáculos materiales, que la configuración del globo terráqueo opone á las comunicaciones de los hombres entre sí, y es una de las causas de su desunión y debilidad. Cada uno de esos hombres científicos ha hecho, pues, más en pocos años, para convertir la humanidad en una sola familia, que Alejandro Magno, Julio Cesar y Napoleón Bonaparte en muchos siglos, con sus numerosas falanges.

En cuanto á la *fé religiosa*, atribuida á la revelación divina, sirvió en sus primeros tiempos para obligar á las masas desmoralizadas á que se conformaran en sus actos sociales á lo que dictan los principios del bien y de la justicia, so pena de ser castigados después de su muerte, y á dar á conocer á las mismas algunas verdades, consideradas entonces como tales, pasándolas como reveladas para que no dudaran de su veracidad. En lugar de ser, pues, un obstáculo, podía esa fe ser entonces considerada como un medio civilizador que conducía á los hombres hacia su bienestar, mas hoy sucede todo lo contrario.

La fe religiosa, convertida hoy en fanatismo, es el mayor obstáculo que encuentra el progreso científico en la actualidad, y en algunos cultos ha llegado hasta á matar en los creyentes la voluntad y sus actos, sustituyéndolos con el lema fatalista: *está escrito*, como sucede en el islamismo.

Además, esa fe ya no tiene razón de ser; pues la revelación, de donde emana, es admitida sin discusión por los respectivos creyentes, pero rechazada como falsa por los que pertenecen á otras Iglesias. Por eso aparecen varias revelaciones, como las de Budha, Zoroastro, Moisés Mahoma, etc., sin que nadie haya sido capaz, hasta ahora, de precisar cuál es la verdadera; mas como la fe

rechaza toda demostración, única senda que conduce á la verdad, el juicio no puede admitir como verdadera ninguna de esas revelaciones, pues aun suponiendo que una de ellas sea verdadera, las demás, que son diferentes, resultarán falsas; por consiguiente, es preciso, en todo caso, oponer lo que nos enseña la ciencia, que siempre es verdadera, á lo que dice la fe religiosa, que puede apoyarse en una revelación errónea.

Sabemos también que la *union* y la *instrucción* constituyen los dos medios más poderosos que se conocen para desembarazar de los obstáculos citados la vía democrática que conduce á la felicidad; mas aun desembarazada de ellos, no le es posible al hombre pasar desde el estado de esclavitud ó servidumbre en que aun se encuentra hasta el término de sus aspiraciones sino gradualmente, por etapas; etapas que no pueden ser establecidas sino por medios que han de servir para destruir los obstáculos hoy existentes, convirtiendo cada uno de estos en una etapa correspondiente, en donde se detenga el hombre por más ó menos tiempo, preparandole para continuar luego su marcha por ese largo trayecto.

La *union*, en efecto, cuando es compacta entre los individuos que concurren á la formación de las masas populares, y se funda en la mancomunidad de sus intereses, neutraliza el obstáculo formado por la represión armada, y haciendo imposibles las guerras por la innecesidad de sostener grandes ejércitos, establece, en lugar de ese obstáculo suprimido, la etapa de la *paz*.

La *paz* constituye, pues, la primera etapa, el punto de partida de la vía democrática que conduce al hombre, progresivamente, al término de sus aspiraciones de felicidad ó bienestar relativos.

Realmente la *paz*, una vez establecida, devuelve á la agricultura, á la industria y al comercio, las inteligencias y los brazos de millones de individuos, de que disponen hoy las minorías gobernantes para dedicarlos al servicio de las armas, y dejarla, además, en poder de los contribuyentes, los inmensos caudales que exige el sostenimiento de tan numerosos ejércitos.

La *instrucción*, que es el segundo de los medios recomendados para desembarazar la citada vía del obstáculo tradicional formado por el *fanatismo religioso*, conduce directamente al hombre á ampliar el número de los principios generales conocidos, y, por consiguiente, el de sus aplicaciones artísticas, constituyendo el *trabajo*, el cual, forma, por lo tanto, la segunda etapa de la vía democrática del progreso social.

El *trabajo* eleva al hombre que se dedica á él, le proporciona los medios necesarios para atender á su subsistencia, sus comodidades y sus goces, durante su proceso vital en este planeta, y le facilita los ahorros que le han de conducir á la formación de un capital de reserva, para que descansen en la vejez, cuando sus facultades orgánicas no le permitan ya dedicarse á esa práctica. La *vagancia*, al contrario, es el origen de todos los vicios, conduce á la miseria y á la inmoralidad. El trabajo constituye, pues, una etapa esencialmente moral.

La tercera etapa, ó sea la de término, se halla formada por el bienestar ó felicidad relativa á que puede aspirar el hombre en este planeta.

Resumiendo ahora cuanto hemos dicho acerca de las aplicaciones prácticas de los principios del bien y de la justicia, que forman la segunda división artística, resulta: que cada uno de los individuos que concurren á la formación de una colectividad social, pertenezca á la fracción gobernante ó á la gobernada puesto que todos ellos aspiran á ser felices, para que pueda obtener ese bienestar tan apetecido y conservarlo constantemente, debe observar en todos sus actos sociales las reglas siguientes:

Primera. Estando en posesión de todos sus derechos y deslindados los deberes contraídos con la colectividad respectiva, se someterá en las aplicaciones prácticas de los primeros, así como en el cumplimiento de los segundos, á lo que dicta la *unidad armónica* de los principios de la conciencia moral, formulada en las palabras *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, para contribuir por su parte á formar la moralidad de las costumbres sociales que equivalen á la virtud en el individuo.

Segunda. Contribuirá también, en cuanto le sea posible, á asegurar la *paz* en su colectividad; uniéndose estrechamente con sus coasociados, y haciendo con su comportamiento moral para con ellos, innecesaria la fuerza armada, que ha sido y continua siendo la causa de las guerras continuas.

Tercera. Adquirirá asimismo la instrucción suficiente para dedicarse con ahínco al *trabajo*; á fin de obtener al cabo de algún tiempo los recursos pecuniarios, que también son necesarios para conseguir un bienestar.

Tales son los resultados que pueden proporcionar al hombre, constituido en sociedad, las aplicaciones racionales de los principios innatos contenidos en la conciencia moral; únicos medios que debe emplear para llegar al término de su felicidad.

Continuaremos, pues, ahora tratando de las demás divisiones artísticas.

VII

Las aplicaciones de los principios químicos ó físicos á la práctica de la vida del hombre para atender á sus necesidades ordinarias y proporcionar-

narse las comodidades á que el estado de civilización en que vive le va habituando, forma el *arte industrial* ó *mecánico*, comprendido en la tercera división.

Los encargados de ejercerlo toman diferentes nombres, llamándose *artesanos*, cuando ejercen una industria por cuenta propia; *obreros*, si trabajan en algún establecimiento fabril montado por algún capitalista; y *jornaleros*, los que trabajan á cuenta de otros por horas, días, semanas, etc. Las denominaciones especiales de los que se dedican á esta clase de aplicaciones son tantas, cuantas son las especialidades en que se dividen esas artes; pudiendo servir de ejemplos de esas denominaciones los sastres, carpinteros, zapateros, herreros, albañiles, etc., etc. El papel que los artesanos desempeñan en esas aplicaciones consiste en encontrar fuerzas ó seres movidos que, puestos en acción, den por resultado los fenómenos terminales que se desea obtener; para lo que es necesaria la instrucción apropiada.

Esas creaciones artísticas son debidas al *génio inventivo* del hombre, ó sea á su facilidad en comprender las leyes evolutivas que la naturaleza emplea para la presentación de fenómenos iguales á los que la voluntad del hombre quiere obtener.

Son pocos los que poseen ese *génio inventivo* en grado elevado, contando actualmente la humanidad con uno de ellos en Mr. Edison, el inventor del teléfono, del fonógrafo, del micrófono y otras varias aplicaciones de los principios generales que forman la *física*; descubrimientos que prometen contribuir, poderosamente, al bienestar del hombre constituido en sociedad, probando, al mismo tiempo, la necesidad de la vida social para la especie humana; pues un individuo aislado y privado de los conocimientos que puede adquirir en el estado social, jamás hubiera podido proporcionarse esos descubrimientos.

Mas conviene tener presente que las aplicaciones artísticas, industriales ó mecánicas, para que den lugar á la presentación de fenómenos previstos, han de proceder de principios generales demostrados y aplicarlos con arreglo á lo que dictan las leyes evolutivas correspondientes; porque si provienen de principios hipotéticos, ó se aplican empíricamente, pueden dar lugar á resultados fúnebres, tanto para el que los aplica como para los que se encuentran á su alcance. La combinación química, por ejemplo, de varias sustancias cuya mezcla puede dar lugar á una explosión, verificada empíricamente, produce con frecuencia catástrofes terribles; sucediendo lo mismo con las fuerzas físicas de gran potencia que no se saben manejar.

Esos resultados pueden compararse con los que proporciona la mala aplicación de los principios del bien y de la justicia, de que hemos hablado anteriormente; con la diferencia de que estos últimos producen catástrofes en mayor escala, porque comprenden en ellas á pueblos enteros.

Es, pues, muy conveniente, que las aplicaciones industriales, siempre que tengan alguna importancia, sean dirigidas por personas que hayan adquirido una instrucción especial y conozcan á fondo la rama científica de donde derivan esas evoluciones; personas que, en las artes mecánicas, toman el nombre de *ingenieros*.

Pero las aplicaciones artísticas industriales, verificadas en gran escala, no pueden llevarse á cabo por los inventores ni por los ingenieros, si no poseen el capital suficiente para atender á los gastos de instalación de talleres, compras de máquinas, y principio de la fabricación; de lo que proviene, generalmente, la necesidad de asociarse con los capitalistas que contribuyen con fondos para ello; cuyas disensiones con los obreros han dado origen al socialismo moderno; del cual tendremos que tratar, aunque muy sucintamente, en este lugar.

La gran mayoría de las masas populares se halla formada por individuos que se dedican á trabajos mecánicos, que escasamente les producen, en general, lo estrictamente necesario para el sustento y demás necesidades de sus respectivas familias; abundando entre esos trabajadores los obreros, empleados en establecimientos fabriles montados en gran escala.

Esos individuos están, generalmente, sometidos á trabajos impropios, con frecuencia perjudiciales á su salud, sin ganar más que lo indispensable para sostener al día á sus familias; de modo que el día en que les falta el trabajo se encuentran en la necesidad de recurrir á la bondad de los que quieran socorrerlos, ó á mendigar por las calles donde hay una mala administración y los administradores no saben ó no quieren evitar ese triste espectáculo; mientras que los empleados de esa misma administración cobran, en idénticos casos, sus asignaciones.

Por eso esas masas trabajadoras, confundiendo los defectos de la administración local con el estado social en general, aspiran á la reforma completa de las bases sobre las que descansan las sociedades actuales, de las cuales las principales son la *familia* y la *propiedad*; formando, para conseguir ese resultado, sociedades secretas, ya que las minorías gobernantes les privan de los derechos de reunión y asociación, ejercidos públicamente, para discutir los medios de mejorar su mísero estado. Este es el origen del socialismo moderno.

Mas la *familia* y la *propiedad* son instituciones bastante morales para que no puedan ser causas del estado de perturbación en que se encuentran hoy las sociedades humanas.

La familia es la primera forma social, y sin ella no puede concebirse sociedad alguna, sino individuos aislados. En la actualidad está basada sobre la unión legal entre el hombre y la mujer, constituyendo el *matrimonio*; institución que moraliza esa unión, y que, sin prejuzgar la cuestión del *divorcio*, aprieta el lazo formado entre los convivientes.

La propiedad debe suponerse siempre como emanada, en su origen, de las economías proporcionadas por un trabajo asiduo; su procedencia es, pues, moral, y justo es que se la respete; pero si puede probarse que no lo es, tampoco será legítima, y en esos casos ahí están los Códigos que marcan las penas en que incurren los que faltan al principio de justicia, así como los jueces encargados de aplicarlas.

La familia y la propiedad son, pues, instituciones suficientemente morales, para que puedan influir en lo más mínimo en la producción y mantenimiento de ese malestar social.

Para encontrar la causa de ese malestar en el terreno artístico, basta recordar lo que hemos dicho en los párrafos anteriores acerca de la penosa situación de los obreros. De esos párrafos se deduce, que la cuestión del socialismo es puramente económica, y que sólo en el terreno económico puede obtenerse la solución de ese, al parecer, tan intrincado problema; debiendo tener siempre presente los obreros que trabajan en establecimientos fabriles sostenidos por capitalistas, que el capital es muy asustalizo, y que se esconde en el momento en que quieran *intervenir* en él ó *reglamentarlo*: en cuyo caso se quedarian sin trabajo, porque desaparecerían los medios pecuniarios de ejecutarlo. Lo mismo puede decirse de las *huelgas* á que con bastante frecuencia recurren ahora los trabajadores para imponer á los capitalistas, las cuales no dan otro resultado que el de perder el tiempo y el dinero.

Formando, por lo tanto, el socialismo una cuestión puramente económica; siendo la familia y la propiedad que forman las dos columnas que sostienen hoy el edificio social, instituciones suficientemente morales, para que pueda atribuirse á ellas el malestar de las clases trabajadoras; no pudiendo tampoco esperarse resultados favorables á esas clases, ni de su intervención en los capitales, con cuyo auxilio se sostienen las industrias, ni con las huelgas; y no satisfaciendo tampoco, en el grado que esas clases esperaban, la posesión de los derechos individuales y del político formulado por el sufragio universal, no queda otro recurso que el de estudiar el derecho económico, que aún no ha sido formulado con precisión, y que, en unión con los que acabamos de citar, forman el conjunto armónico de los principios contenidos en la conciencia moral; cuya falta de ejercicio sea acaso el motivo de ese malestar tan sostenido.

Entendemos por *derecho económico* el constituido por la intervención personal directa, que debe ejercer cada contribuyente, en la discusión, aprobación, distribución, recaudación e inversión del total de las cantidades que le corresponde pagar á los diversos centros administrativos; en virtud del deber que tiene contraido de mirar por los intereses de su familia y demás personas confiadas legalmente á su tutela; pues sin ese pago no habría administración ni asociación alguna posible. Para que nuestros lectores puedan comprender mejor el ejercicio de ese derecho, les presentaremos un ejemplo práctico.

Supongamos una nación, en que los individuos que la componen se encuentran en posesión de los derechos personales, excepto aquellos que han cedido en beneficio de los coasociados en calidad de recíprocos; que disfrutan también del derecho político, formulado por el sufragio universal, para nombrar los que les representen en los actos administrativos, políticos, económicos ó judiciales, en lo que no les es posible intervenir directamente; nación en que los municipios y las provincias sean autónomos, es decir, que se gobiernen á sí mismos; y finalmente en la que esas corporaciones, en su orden jerárquico, tengan pactadas las condiciones que deben servir de lazo de unión recíproca, para constituir de esa manera la unidad armónica nacional, emanada de la variedad de los individuos y corporaciones jerárquicas que respectivamente concurren á la formación de esa nacionalidad; la cual, con el consentimiento de los representantes respectivos, puebla, á su vez, pactar con otras naciones, sin perjuicio de lo que con cada una de las corporaciones tiene pactado, para concurrir, por su parte, á la formación progresiva de una sola familia, compuesta de la humanidad entera.

Supongamos también que el Gobierno nacional no tenga á su cargo otros asuntos que administrar sino los que absolutamente no puedan ser administrados por los individuos en particular, ó por las corporaciones arriba citadas; que, según las denominaciones adoptadas en nuestro país, son los ayuntamientos y las Diputaciones provinciales.

Que las Diputaciones se encarguen de administrar aquello solamente que no puedan verificarlo los Ayuntamientos, y estos de lo que no pueden encargarse los individuos en particular, aislados ó asociados.

Sigamos suponiendo, que los individuos que forman esas corporaciones nombran, por sufragio universal directo, diputados á un Congreso nacional, en representación de sus respectivas provin-

cias; cuyo Congreso entienda de las leyes generales de la nación, de sus relaciones con el extranjero, de los pactos federales que puedan establecerse con otras naciones; en fin, de todo lo que atañe á la colectividad nacional; y tenga además la misión de examinar, corregir y aprobar los presupuestos formados por el Gobierno de la nación, así como el de distribuir las cuotas por provincias; respondiendo cada diputado de sus actos ante las asambleas electorales que le han nombrado.

Demos por supuesto que en cada capital de provincia se reúna otro Congreso ó junta provincial, formada por los representantes de cada uno de los Municipios que constituyen la provincia, elegidos también por sufragio universal, con iguales atribuciones, con respecto á la administración de los intereses de la provincia, que tienen los diputados con respecto á la totalidad de la nación, y la misma responsabilidad que ellos; siendo también de su cargo el aprobar y distribuir por Municipios los presupuestos presentados por la Diputación, agregando á ellos la cuota que en el presupuesto nacional ha correspondido á cada provincia.

Finalmente, supongamos que cada Ayuntamiento forma su presupuesto municipal, y agrega á su total lo que le corresponde por las cuotas provincial y nacional unidas; y que un día señalado convoca á todos los contribuyentes del pueblo á discutir y aprobar en sesión pública ese presupuesto procediendo enseguida á la distribución de las cuotas personales, con intervención directa de los contribuyentes, y á establecer el procedimiento para la recaudación de las cantidades que respectivamente les ha correspondido pagar; aceptando la colectividad local, si lo cree conveniente, las proposiciones que los particulares, individualmente ó asociados, pudieran presentar para pagar esos impuestos con beneficio del pueblo; realizándolos por medios voluntarios, como sucede con los teatros, mercados, etc.

Agréguese á lo dicho que otro día, también señalado por la ley, el tesorero de cada Ayuntamiento entrega la cuota municipal al de la Diputación personalmente; éste verifica lo mismo en el Tesoro nacional, y conocerán nuestros lectores la manera tan sencilla con que pudiera ejercerse el derecho económico.

La Administración económica se encuentra hoy, casi en toda la Europa, tan centralizada, y la recaudación de los impuestos es tan costosa, que los pueblos, mareados con el sinnúmero de cifras que aparecen al discutirse los presupuestos, separan la vista de ellos, porque aun para gran parte de los mismos que los votan, son incomprendibles, y sólo llegan á conocerlos las mayorías trabajadoras, cuando la mano del fisco pesa sobre ellos, embargándole todo lo que tienen y malvendiéndolo á pública subasta cuando, á pesar de su improbo trabajo, no pueden pagar la contribución que les ha correspondido, lo que ocurre con sobrada frecuencia en algunos países.

Además, el sistema económico, centralizado en algunos países hasta la exageración, permite á los gobernantes formar un déficit, que cada año va en aumento, á favor de los anticipos y partidas suplementarias; trayendo á sí por el enorme interés que pagan, los capitales que debían dedicarse á las diferentes industrias, y comprometiendo de esa suerte, no solo el presente sino también el porvenir de los países que malgobiernan; resultando de que los individuos que componen la colectividad social respectiva no intervienen, sino de una manera indirecta y lejana, en la distribución y recaudación de los impuestos, que sólo á ellos en particular corresponde pagar; y como es un axioma muy conocido que todo el mundo es generoso con dinero ajeno, los Gobiernos encargan la recaudación de los impuestos á Sociedades financieras ó á una multitud de empleados expléndidamente retribuidos; sin tener tampoco en cuenta que las diferentes condiciones de las provincias y municipios exigen diferentes impuestos, que sólo ellos pueden designar; resultando de eso, que en el estado actual de los armamentos de Europa, esos enormes presupuestos son insoportables para las masas trabajadoras y no pueden subvenir á ellos sin arruinarse por completo.

De aquí proviene que la mayor parte de esas masas se encuentre imposibilitada para pagar sumas tan crecidas; sucediendo, en consecuencia, que la agricultura está en algunos países tan gravada que los propietarios dejan los campos sin cultivar, porque escasamente sacan de estos más que para pagar las contribuciones; que los industriales, principalmente cuando las industrias son nacientes, tienen que cerrar los talleres por el mismo motivo; quedando en consecuencia sin trabajo labradores e industriales.

A eso se sigue, que la industria nacional no puede competir con la extranjera á pesar de las leyes protectoras; que el comercio decae, que la miseria invade á los pueblos, y que los gobernantes, no teniendo de dónde sacar para atender á las numerosísimas atenciones que pesan sobre ellos, como, por ejemplo, el sostenimiento de sus grandes ejércitos, el del clero, y el de la inmensa cohorte de empleados que requiere el sistema económico centralizado—empleados que, en gran parte, parecen más bien destinados a sostener los Gobiernos que les nombran, que á administrar bien el país—agobian á los pueblos conduciéndolos á la desesperación, y por consiguiente, al desorden y á la anarquía.

Esto da por resultado la necesidad, por parte del Gobierno, de aumentar la fuerza armada de todas clases, para vigilar á las masas quejas y contener sus justas aspiraciones á mejorar su posición social; continuando de esa manera las minorías gobernan dentro del círculo vicioso en que se han colocado, por tener que aumentar los gastos para subvenir á esos nuevos armamentos.

La descentralización económica, ó sea el derecho económico ejercido en sus respectivos Municipios por todos los contribuyentes que posean los derechos individuales y el de sufragio, terminaría, por lo tanto, la lucha, tan encarnizada ahora, que existe entre los gobernantes y los gobernados; haciéndose innecesaria la represión hoy ejercida por los primeros.

Porque del uso de ese derecho resultaría que los contribuyentes no concedieran á los Gobiernos fondo alguno para declarar guerras, y, en consecuencia, éstos no podrían sostener grandes ejércitos; que reducida la intervención de los que gobernan los Estados á los aquellos asuntos de que absolutamente no pueden entender las provincias, ni los municipios, ni los particulares, el clero tendría que entenderse con los últimos, quedando de hecho las iglesias independientes del Estado; que simplificada la administración hasta el grado que hemos señalado, sobrarían la mayor parte de los empleados, y las oficinas de contabilidad hoy existentes, cuyo sostenimiento absorbe grandes sumas pecuniarias, que, deducidos esos capítulos del presupuesto nacional, éste quedaría reducido á la menor expresión posible; que los industriales ó fabricantes, aligerados en gran parte de los numerosos impuestos que hoy pagan en diferentes conceptos, podrían aumentar los sueldos á los obreros sin perjudicar en lo más mínimo sus intereses particulares; y, finalmente, que esos obreros, con el aumento de sus sueldos y con el alivio de las onerosísimas contribuciones indirectas que tienen que pagar, so pena de no alimentarse, conseguirían que el fruto de su trabajo les proporcionara más que lo suficiente para atender á las necesidades, comodidades y aun gozos personales y de sus familias, pudiendo, además, economizar algo para imponerlo en las cajas de ahorros ó otros establecimientos y hacer un pequeño capital que les libre de la miseria en su vejez.

Tales serían los resultados proporcionados por la práctica del derecho económico, ejercido, como los demás, con arreglo á la unidad armónica de los principios de la moral, condición indispensable para obtener esos resultados, que harían inútiles todas las escuelas socialistas, y los medios inmorales y aun violentos de que, tanto gobernantes como gobernados, se valen hoy para lograr sus respectivas aspiraciones.

Y no se crea que el ejemplo práctico que acabamos de presentar como medio de ejercer el derecho económico sea una mera utopía ó un bello ideal de nuestra ilusionada mente; pues, de las Diputaciones abajo, hemos disfrutado, en nuestra niñez y juventud, de los beneficios de un régimen, si no exactamente igual, al menos muy parecido al de ese ejemplo en nuestro país en virtud de las instituciones forales que en las Provincias Vascongadas de España, de donde somos naturales, entonces existían; instituciones que, á pesar de haber sido respetadas hasta por Fernando VII de Borbón, han sido suprimidas por los conservadores, fanáticos por la centralización administrativa.

El ejercicio práctico, continuado por varios siglos, de esas extinguidas instituciones forales, dió por resultado el formar en el término más pobre de su nación, el pueblo relativamente más rico de la misma; puesto que todos sus habitantes disfrutaban de más ó menos comodidades y no era conocida entre ellos la miseria; un pueblo, además de costumbres muy morigeradas, muy celoso de sus derechos, pero muy respetuoso con las autoridades.

Comparénsese, pues, los resultados de una administración centralizada, con los proporcionados por la autonomía municipal y provincial y la descentralización económica en una nación cualquiera.

Terminaremos aquí todo lo relativo al arte mecánica ó industrial, diciendo; que ese arte contribuye poderosamente al bienestar del hombre constituido en sociedad, proporcionándole toda especie de comodidades á poco coste; habiéndonos conducido además á conocer las inmensas ventajas que, tanto las colectividades sociales en general, como los individuos que la componen en particular, pueden reportar de la práctica moral del derecho económico, ejercido por los contribuyentes en el fundamento—político social constituido por el municipio.

Ahora nos corresponde, con arreglo al método seguido hasta aquí, decir algo á nuestros lectores acerca del *arte emocional ó liberal*, que forma la última división artística.

VIII

Las aspiraciones ideales de la mente humana, manifestadas artísticamente en consonancia con los fenómenos naturales que impresionan nuestros sentidos, promueven, á veces, en los individuos que reciben esas impresiones, sentimientos agradables ó desagradables que, por causar en esos individuos placer ó dolor, hemos calificado de emociones.

ANTONIO ARRUTI.

REVISTA AMERICANA.

I

Inmensa satisfaccion deben experimentar de consumo, el pueblo y el Gobierno de la República Argentina, al ver empezar el año bajo los auspicios de las risueñas esperanzas que á todos, propios y extraños, nacionales y extranjeros, infunde la situacion que el que concluye le lega, en medio de todos los explendores de la libertad.

Los hombres más eminentes de Europa, los pensadores más profundos, los que apartando su vista de las pequeñeces de la vida diaria se levantan á regiones más serenas, estudiando tranquila y concienzudamente las grandes evoluciones de la humanidad, están todos contesos en decir, que su porvenir está allá, en aquella inmensa América, que se levanta como un inmenso tabernáculo construido por la mano de Dios en medio de los espacios para albergar en su seno al hombre libre.

Y cuando se estudia el movimiento político y social de algunas de aquellas Repúblicas;

Y cuando se vé cómo se ha fundado en ellas la libertad, y cómo se han implantado y practican allí las instituciones;

Y cuando se tienen presentes las conquistas que han alcanzado, y los progresos que han realizado en tan corto espacio de tiempo, muchas veces cuando no se ha disipado del todo el humo de los combates, hay que reconocer que tienen sobradamente Castelar, Guizot, Thiers, Laboulaye, César Cantú, Olózaga, Rivero, Sir John Russell, Martínez de la Rosa, Pitt y todos los que como ellos han dicho que *América es la tierra del porvenir*.

II

Como ejemplo, dadas las condiciones en que un dia vivieron, y las que cruzan en su vida nacional, están ahí, entre otras, pero con especialidad ellas, la República Argentina y la de Venezuela.

Hablemos de la primera, que es la que, en aquella hermosa y turbulenta democracia, marcha á vanguardia de sus hermanas, en civilización, en riqueza y progreso.

Con un aumento en su población de cerca de un millón de almas durante los últimos veinticinco años; con una vasta extensión de su inmenso territorio, cruzado por ferro-carreteras y telégrafos; con su educación fomentada en la misma proporción de los Estados Unidos, y la más favorecida de las naciones europeas; con rentas que, de cinco millones, han aumentado á treinta en el mismo espacio de tiempo, y haciendo *ella sola* un comercio con Europa tan grande como el que hacen todas las demás Repúblicas Americanas juntas, la Argentina acaba de llegar á ese período de reflexión y madurez, en que imitando el ejemplo de las naciones más afianzadas del orbe, puede, como ellas, entregarse tranquila al perfeccionamiento de las instituciones y del complicado mecanismo de la organización de una nación que aspira á la grandeza por el trabajo, á la felicidad por la paz, al progreso por el concurso potente de todos los voluntarios.

III

Los trabajos que celebraban el Congreso de la nación y la legislatura del Estado de Buenos Aires á la salida del último correo, confirmaron lo que acabamos de anunciar.

Después de haber resuelto las grandes cuestiones que las Administraciones anteriores no habían conseguido resolver, la cuestión capital, la cuestión con Chile, la cuestión fronteras y la cuestión financiera; después de haber sancionado proyectos autorizando la construcción de nuevas líneas de caminos de hierro, y prolongación de las existentes, y nuevas líneas de telégrafos, y construcción de puertos, muelles, carreteras, templos, edificios destinados á escuelas, y Universidades, el Congreso discutía las leyes parciales para hacer efectiva la que establece la capital de la República en la ciudad de Buenos Aires, fijando la jurisdicción nacional, para no usurpar la que corresponde á la provincia; distintos Códigos; la ley de municipalidades, la que reformará los reglamentos consulares, y en fin, muchas otras leyes que podremos llamar de *perfeccionamiento*, porque, en su conjunto y en su detalle, contribuirán á perfeccionar el ejercicio de las instituciones republicanas bajo el amparo del orden y de la libertad.

Y qué; un país que marcha en estas condiciones, que realiza tales progresos y que así practica los principios de la democracia, al confirmar los vaticinios de las grandes autoridades sobre el porvenir que la América tiene, ¡no merece, por ventura, el aplauso de la Europa entera?

Si cuando la República Argentina, pagaba al desorden, la anarquía y la guerra el tributo que, durante siglos, han pagado todas las naciones europeas, sin exceptuar una sola, era blanco de ataques sangrientos por parte de nuestra prensa, ¿por qué no ha de merecer hoy sus elogios, sus aplausos, y hasta su admiración?

¿En dónde, en qué Estado europeo se halla la paz más arraigada que allí, ni los hábitos de trabajo más incrustados en el espíritu popular, ni la autoridad más respetada, ni los progresos realizados en mayor escala?

¿En dónde, en qué nación del viejo mundo existe, en la actualidad, un Gobierno que represente

mejor las aspiraciones del pueblo que el presidido por el general Roca?

¿Cuál es más progresivo ni más patriota?

¿Cuál se interesa más por el bien de su patria?

¿Cuál le ha dado mayor suma de bienes en tan corto tiempo?

IV

A su lado trabaja el Gobierno del Doctor Rocha, verdadero Gobierno de iniciativa, de progresos y reformas, que, sin ruido ni ostentación, se está captando la simpatía de cuantos le ven *en la obra*, lanzando á la rica y hermosa provincia de Buenos Aires, que preside, en las corrientes de un progreso que jamás conoció.

Una carta de un español, respetable por su fortuna y la posición que se ha conquistado en aquel país, escribe á este respecto á uno de nuestros grandes oradores:

«El Gobierno del señor Rocha dejará huellas profundas de su paso por la administración. Contra lo que creían muchos cuando fué nombrado, está trabajando sin lo que aquí se llama *bombo*, es decir, callado y sin meter ruido. Rompiendo con una tradición que los hombres públicos de este país parecían haber heredado de los nuestros, el Sr. Rocha y sus ministros, en vez de ir á sus despidos á las dos de la tarde, retardando así la tramitación de asuntos de la mayor importancia, van á las diez de la mañana, cosa que jamás se había visto ántes en este país, y que otorga á los Sres. Rocha, D'Amico y Uriburu el aplauso de toda la población extranjera, que los ve trabajar asiduamente.»

Este detalle, al parecer insignificante en la vida administrativa de aquellos países, es de la mayor importancia, como lo sería en el nuestro, si sus hombres públicos sacudieran un poco los hábitos de *dolce fariente*, que son entre nosotros una herencia fatal...

IV

Hay, pues, un deber igualmente de equidad y justicia, en que la Europa vaya también reconociendo los nombres de los funcionarios públicos que, en América han fundado la escuela de trabajo, propendiendo así al progreso humano en todos los pueblos y en todas las zonas, como tributo pagado á las aspiraciones que llevan en sus entrañas de luz las *nuevas ideas* que brillan en la frente de los que lucharon por el perfeccionamiento del género humano.

Entre esos hombres de progreso y de trabajo, se cuentan en la República Argentina, Roca, Rocha, Elizalde, Irigoyen, Victorica, del Viso, Sarmiento, Uriburu, del Valle, D'Amico, Enrique B. Moreno, Mariano, Rufino, y Luis Varela, Costa, José Fernández, López, padre é hijo, Mansilla, Ojeda, Olivera, Samuel Navarro, Jurado, Heredia, Villa Mayor, Pacheco, Estrada, Romero, H. Alvarez, Iriondo, Fuentes, Trelles, Carranza, Mitre, Pizarro, Zeballos, Bouquet y otros que iremos nombrando en revistas posteriores.

De estos hombres, muchos están en el poder y en los Parlamentos.

Otros han estado, y si bien ninguna administración nacional ni Gobierno provincial en Buenos-Aires han trabajado tanto ni con tan gran provecho como las que presiden hoy los señores Roca y Rocha, ni legislaturas ninguna han resuelto cuestiones y problemas de tanta magnitud é importancia como los resueltos por las actuales, preciso es convenir en que todas las personas citadas, aun cuando no todas pertenezcan á la misma comunidad política, han sido en el Gobierno, en el Parlamento y en la prensa, *hombres de trabajo y de progreso*, contribuyendo á crear la gran situación que hoy tiene la República argentina de la que nos ocupamos con tan marcada preferencia, no solo para hacerle la justicia, que á acreedores ella y sus Gobiernos, sino para satisfacción de los parientes y amigos de los cien mil españoles que viven en aquellas lejanas y ricas comarcas, gozando de un bienestar que les compensa la separación de la patria.

V

Uno de los hechos más importantes de que da cuenta el último correo, es el aumento que ha tenido la emigración durante los últimos meses; pero la emigración espontánea, no artificial, ni enganchada por los traficantes de carne humana, que tanto persiguen los Gobiernos de Alemania é Italia.

Conocida en Europa la verdadera situación de la República Argentina, sus grandes progresos, las numerosas empresas que ocupan millares de brazos; el desarrollo extraordinario de la agricultura, la extensión del territorio rural por la conquista de las veinte y cinco mil leguas arrancadas á los bárbaros con la expedición al *Río Negro*, la abundancia de trabajo y la facilidad que hoy tiene el emigrante para trasladarse de un punto al otro de la República, esa emigración *afluye por sí*, atraída por el conocimiento que tiene de *todo eso*.

Siendo ya reducido el local en que estaba el asilo de inmigrantes, el Gobierno ha tomado en arriendo el vasto y espacioso en que no há mucho se celebró la gran Exposición italiana.

Allí podrán hospedarse dos ó tres mil emigrantes, si fuese necesario; pero esto no sucederá, porque raro es el extranjero que hoy llega á la Ar-

gentina que no encuentre inmediatamente ocupación y trabajo.

Verdad es que á todas estas grandes y positivas mejoras y adelantos que están propendiendos al aumento de la población, contribuye de una manera eficaz el nuevo comisario de inmigración, señor Navarro, del que hemos hablado ya.

Hombre eminentemente práctico en esta cuestión, desde que se encargó del puesto á que una feliz inspiración le ha llevado, está proponiendo al Gobierno una serie de reformas y mejoras, cuyos resultados no han tardado en hacerse conocer.

Con motivo del consejo dado por el Sr. Navarro, de que no fuese aceptada la propuesta Calvazi, un diario que la sostenia *á outrance*, estaba atacando las ideas del comisario general, defendiendo la emigración *artificial*, es decir, la del enganche, la de la explotación y el engaño; pero, afortunadamente, el Gobierno argentino parecía dispuesto á seguir los consejos é indicaciones del Sr. Navarro, no prestándose á satisfacer los deseos de los *especuladores*, que proponían llevar emigrantes *á tanto por cabeza*.

La República Argentina no está en condiciones de aceptar tales indignidades.

Sin necesidad de que gaste en *reclutar enganchados*, la emigración ha de seguir, y sigue yendo allí *atraída por la situación del país*, que ofrece en sí demasiados alicientes para despertar el deseo de trasladarse á él.

VI

A pesar de la situación, no solo próspera, sino verdaderamente brillante de aquel país, que tanto llama hoy la atención de la Europa, no falta también en nuestra prensa quien, rindiendo culto á una *vieja manía*, publica de vez en cuando, *alguna noticia* que supone puede producir efecto en el ánimo del que haya resuelto trasladarse allí, haciéndole desistir de su propósito.

Así, por ejemplo, mientras escribimos esta Revista, un diario que se ha distinguido siempre por su odio á los republicanos americanos y á la Francia, pretende hacer creer, «que los indios de las Pampas argentinas habían invadido los *corredores* de la frontera, matando mil personas, y que no se sabía si la gran Exposición continental que debe inaugurarse en Buenos-Aires se inauguraría ó no, á causa de serias dificultades nacidas entre la comisión oficial nombrada por el Gobierno, y la del Club Industrial, iniciador de la Exposición.»

Indigna y subleva tanto embuste y tanta mentira!

Si el citado diario, al publicarlas, ha querido dar á sus lectores una broma el dia *de inocentes*, no ha sido feliz en la elección, pues no es muy decoroso, que digamos, jugar así con los intereses de un país con el que España mantiene tantas y tan importantes relaciones comerciales.

Nos parece, pues, inútil decir que no hay una sola palabra de verdad en aquellas palabras: que no ha tenido lugar tal invasión de indios ni tal muerte de cristianos, y que las fronteras de la República Argentina están perfectamente aseguradas.

En cuanto á lo que se refiere á la Exposición Continental, la invención es tan grosera como la anterior, y, si cabe, más grosera todavía.

Hemos acudido por datos á la oficina del comisario general de la misma en España, y allí nos ha mostrado bondadosamente todas las notas y documentos recibidos por el último correo, con fechas hasta el 8 de Diciembre, que revelan todo lo contrario y confirman lo anunciado en nuestra anterior Revista; esto es, que la Exposición se abrirá el 15 de Febrero de este año, es decir, el mes entrante.

Las dos comisiones, la nombrada por el Gobierno, presidida por el eminente estadista Nicolás A. Calvo y la del Club Industrial, al que corresponde la honra y la gloria de la iniciativa del hermoso torneo, marchaban de perfecto acuerdo activando los trabajos de construcción de los edificios, y dando impulso al gran movimiento operado en toda la República y en los países vecinos, con el objeto de concurrir al pacífico palenque.

En vista de la gran demanda de local hecha por algunas naciones europeas, particularmente por Francia, Inglaterra y por los Estados Unidos, ha sido preciso aumentar los edificios, y aún así se teme que pueda faltar espacio, pues jamás se creyó que esta Exposición despertase el interés que ha ido despertando en el extranjero.

Será aquel un gran espectáculo que pondrá de relieve y las riquezas naturales de la República Argentina y los progresos sorprendentes que ha hecho su industria, á la vez que revelará al mundo la cultura del pueblo argentino, y la situación próspera y feliz que ella ha sabido conquistarse, desmintiendo así, *con hechos*, las afirmaciones arbitrarias de los que sostienen que la forma republicana de Gobierno era incompatible con el orden, la paz, la libertad y el progreso que engrandecen las naciones.

Si no bastase el ejemplo que presentan la Francia y los Estados Unidos, ahí está el que ofrece la República Argentina.

VII

Puesto que en el Río de la Plata nos hallamos, pasemos á la opuesta ribera, y hablemos de la República de Uruguay, de aquella tierra verdaderamente encantadora, que no ha necesitado para ser

feliz y engrandecerse, nada sino tino y juicio en sus partidos políticos.

En nuestra anterior *Revista* dimos cuenta de la proclamación del joven general Santos para futuro presidente.

Hoy tenemos mayores datos, que nos permiten apreciar el hecho con más conocimientos.

Esos datos nos infunden plena confianza porque no vienen de ningún *partidario*; los trasmitten altos funcionarios extranjeros colocados en el país, y algunos de nuestros compatriotas, agenos, como se comprende, á sus luchas políticas.

Según ellos, podemos decir que la proclamación del coronel Santos ha sido verdaderamente popular, asociándose á ella el grueso del partido *colorado*, con exclusión de los llamados *principistas*. Una parte considerable del partido *blanco* se ha unido también á la proclamación, de manera que no existe la menor duda respecto al éxito de la elección. *Santos será el presidente*.

Dada la imparcialidad que ha servido siempre de base á nuestros juicios sobre los hombres y las cosas de América, debemos decir, que á pesar de la popularidad de la proclamación, el candidato no inspiraba plena confianza *al país* ni á las clases conservadoras, que temen, que una vez investido del mando supremo el presidente Santos ponga en práctica las máximas que aprendió al lado del ex-dictador Latorre.

Sin embargo, no queremos prejuzgar, esperando que sanos consejos y consejeros honrados hagan comprender al magistrado oriental las responsabilidades que le imponen la misión que vá á desempeñar, y las esperanzas que en él cifran los que le han dado su voto.

P. DE NAVARRETE.

EL GÉNIO DE GRECIA.

Es indudable que los griegos han dejado un sello indeleble y profundo sobre el carácter de la especie humana, que han legado al mundo obras intelectuales, artísticas incomparables y modelos magníficos en las letras y en el arte. El desarrollo de la raza helénica ha sido tan original, intelectual, como intenso.

Los progresos de las investigaciones etnológicas y filológicas han dado pruebas evidentes de las emigraciones hacia el Norte y hacia el Oeste de la raza turaniana y, principalmente de la raza aryana, partidas, probablemente, de puntos muy próximos de la morada de los patriarcas nómadas, lo que induce á M. Gladstone á creer que la mitología helénica suministra multitud de pruebas suficientes, para demostrar la afinidad de los sistemas religiosos ligados á la cuna de la especie humana por la gran corriente de las emigraciones humanas, pruebas oscuras en los últimos tiempos de la mitología, pero más claras y más fuertes á medida que remontamos la corriente de las edades. Dedució el sabio escritor, hoy eminentе hombre de Estado de Inglaterra, que cuando las familias nacidas de Cam y de Jafet comenzaron sus largas emigraciones, llevaron con ellas, de la antigua morada, de la que habían participado los hijos de Sem, las tradiciones religiosas que ellos poseían en común, y era preciso que partieran como el poeta nos cuenta que Enéas había abandonado á Troya.

Cum sociis nataque, penatibus ac magis Dis y termina manifestando que el Todopoderoso ha confiado á todos á un grado y de una manera que nos es, más ó menos perceptible, las operaciones preliminares de su grande, de su inmenso designio, para la redención y la ventura de la humanidad, de tal suerte, que todos, cada uno en su esfera respectiva, algunos con pleno conocimiento de causa, otros sin saberlo, han cooperado al cumplimiento de la voluntad de Dios, bajo una dirección tanto más sublime, puede ser, que ella era menos sensible.

La filosofía cristiana del erudito filólogo abraza horizontes morales muy elevados y examina con magistral criterio la obra notable de Eusebio, conocida bajo el nombre de *Preparatio evangelica*.

Parece que en los últimos años de la vida de Milton, había un gran número de sabios ingleses y de otras naciones que se aplicaban á probar las coincidencias que existían entre las tradiciones hebreicas y las tradiciones paganas. Bochart, Vasse, Gale, Bogan y principalmente Huet, obispo de Avranches, llevaron esta empresa hasta los campos de la imaginación.

Lo que aparece probado es el hecho que la mitología griega está impregnada del elemento humano; el antropomorfismo es su alma, lo que la separa de todas las religiones de la antigüedad, que adoraban en gran parte la naturaleza y los animales, mientras la religión griega se fundó sobre la incorporación de la divinidad en el exponente de la forma humana; por su gran semejanza con la humanidad, sus dioses se parecían á los hombres en sus glorias y en sus faltas, en sus grandezas y en sus miserias.

Homero es el primitivo y verdadero representante del espíritu helénico; asimiló los diferentes elementos de la historia de la raza helénica, pelasgos, jónicos, egipcios, fenicios y otros, en el momento en que al fijarse sobre la tierra, en lucha los unos contra los otros, nacían á la vida de pueblo y comenzaban á ejercer su influencia sobre el

mundo que debían civilizar. La teología de Homero era el sistema olímpico, la representación de la vida real más expléndida, más poderosa, más activa y más libre que la de los reyes de la tierra, porque los griegos colocaron en el cielo una sociedad análoga á la sociedad humana, y aunque sus divinidades fueron importadas en gran parte del extranjero, embellecieron sus caracteres y les asignaron funciones especiales y bien determinadas, como las de Apolo y las Musas, que se encargaron de la música y de la poesía; Ganymedes y Hébé derramaban la ambrosía, Themis convocabala asamblea de los dioses, para los que Vulcano modeló veinte tronos de oro que se movían ellos mismos, formando el círculo del Consejo Olímpico.

La introducción en el cielo de los lazos de la familia, es una desmostración del antropomorfismo de la religión; porque Océano y Tétis, el padre y la madre de toda la familia, eran, no más simples representantes de ciertas fuerzas físicas, lanzados de su viejo imperio por las tendencias más elevadas de la primera fe helénica. Ciertos poemas homéricos excluían del recinto sagrado los cuerpos celestes y los elementos.

Los antiguos helenos mostraron siempre horror á las uniones incestuosas, y prefirieron admitir en la gerarquia olímpica un Zeus polígamico, teniendo su hermana por mujer, para impedir un cisma en la creencia popular, por un sentimiento profundo del orden natural.

Rechazaron también el culto de los animales, y particularmente el del buey, que floreció en Egipto. San Clemente, que les reprochaba ciertos casos de adoración de esta especie, dió detalles tan minuciosos, que revelaban bien claramente que no eran hechos generales, sino simples hechos locales.

En la Grecia primitiva no estaba en uso el horrible rito de los sacrificios humanos, que dominaba en otras razas, y aún en Roma en los más gloriosos días de su poder político.

Los griegos apreciaron tanto la belleza humana, que Homero, al introducir en su *Iliada* un sólo griego vicioso, describió la espantosa deformidad física de Tersito. El respeto de la mujer en las edades heroicas de la Grecia fué tan extraordinario, que la historia cita muchos ejemplos que patentizan su ascendiente razonable, la negación de la ley de la fuerza brutal y la afirmación de un principio más elevado de justicia. Resalta en los poemas de Homero la idea de la participación de la mujer con el marido en los deberes y en las responsabilidades de la vida, constituyendo la igualdad social entre el hombre y la mujer.

La Grecia veneraba mucho el espíritu, la vida y la personalidad humana. Pausanias refería que un habitante de Leuctras tenía dos hijas que fueron violadas por dos jóvenes lacedemonios, y que prefirieron la muerte al deshonor: las dos jóvenes se suicidaron, y también su padre, después de haber pedido en vano justicia á las autoridades de Lacedemonia, y más tarde Epaminondas, ofreció oraciones y sacrificios á los manes de las dos hijas y de su padre, en el lugar mismo donde se había perpetrado la violación, y animando á sus soldados alcanzó la victoria que destruyó el poder de Esparta.

La ley griega infligió un castigo al objeto inanimado que violaba la castidad de la vida humana; la estatua del atleta Teogénes, cayó después de su muerte sobre un ciudadano y le mató. La estatua fué arrojada al mar.

La religión griega, era muy poética, armonizaba las relaciones entre el alma y los sentidos, y fué la causa de la sublimidad del arte, que favorecía la belleza de las formas que abundaban en el país, porque cada curso de agua, cada fuente, cada maleza y cada colina, hablaba al corazón y á la fantasía de los griegos, y el fin supremo del arte fué la representación de la forma humana, lo que era efecto natural de su religión, que enseñaba que la forma humana es el atributo inseparable de la divinidad; pero los griegos, no solo ostentaron en el arte y en la poesía su reconocida superioridad, sino que se elevaron á las regiones de los pensamientos especulativos, que imprimieron su sello en las obras notables de su filosofía eminentemente humana; y cuando Sócrates hizo descender la filosofía del cielo, parece que no hizo más que expresar el sentimiento de su país, proponiendo al hombre como objeto principal de los estudios del hombre.

Sócrates, Platón y Aristóteles no adoptaron los sistemas filosóficos, que, á excepción del cristianismo, se inclinaban á enaltecer el sensualismo, ó á condonar en absoluto la materia, que identificaban con el principio del mal; pero aquellos filósofos patrocinaron una idea vasta, bien equilibrada de la naturaleza compleja del hombre, y afirmaron como ley elemental el puesto que debe tener el cuerpo en la educación humana; le consideraban realmente como una parte integrante del hombre, fundando sobre este principio leyes, usos, instituciones de una claridad y de una precisión, que fueron de provechosa enseñanza para la ciencia cristiana.

Los helenos llevaron su actividad á todas partes, fundaron colonias en Asia Menor, en Sicilia, en la parte de Italia, que tomó el nombre de Grande Grecia y hasta Marsella, su lengua penetró con ellos y ha sobrevivido á su poder. Sócrates decía que los griegos hacían aprender á Homero á sus hijos, porque cantaba las victorias de sus padres sobre los bárbaros, y despertaba en el alma de sus hijos el

patriotismo y una noble emulación. ¿No es digno de envidia este pueblo de los helenos, en el que un poeta heróico quedaba fielmente al lado de un hombre libre desde el primer día de su existencia hasta el último en que la parca cortaba el hilo de sus días?

Los ritmos de los versos de Homero, que resonaban en los oídos de los guerreros, excitaban su bético entusiasmo para morir en las Termópilas ó conquistar sus lauros gloriosos en las jornadas inmortales de Marathon, Platea y Salamina.

Alejandro llevaba con él una copia de los cantos de Homero, y quién sabe la influencia poderosa que ejerció en su ánimo valeroso para emprender sus maravillosas expediciones. El maestro de la escultura griega, Fidias, inundaba sus mármoles expléndidos de luz y de juventud con el sol de Homero, y todos los grandes trágicos y épicos que han brillado después, no son más que planetas de aquél astro luminoso. El gran Esquilo decía que sus tragedias eran relieves del festín de Homero.

Apenas el niño salía de la cuna, dice un antiguo escritor, se alimentaba su alma tierna con los cantos de Homero, como la leche más pura, y cuando podía aprender alguna cosa, su primera enseñanza era la de Homero; y el historiador Xonefon añade: «Un griego podía decir con razón: Mi padre, que quería hacer de mí un hombre honrado, me hizo aprender á Homero.»

En Alejandría, santuario de la erudición, que llevaba el nombre de su fundador, se hicieron las preciosas copias de sus cantos y se escribían sus sábios comentarios; por todas partes su influencia fué inmensa, inspiró á Horacio sus reglas estéticas, y á Virgilio su *Eneida*. En la noche de la Edad Media derramó su luz sobre el cielo oscurecido.

En los tiempos modernos, después de la conquista de Constantinopla por los turcos y la destrucción del imperio de Oriente, los sábios griegos, que huían delante de la cimitarra del islamismo, llevaron con ellos á Occidente los escritos salvados de su literatura; se leyó el griego de nuevo, y hoy nos dice un contemporáneo que toda persona que quiere tener sentimiento y gusto, habla de Homero.

Goethe, el poeta alemán, tenía un amor razonado de la antigüedad clásica, y el genio de Schiller se inspiraba también en la *Iliada* y en la *Odissea*. Goethe, sobre todo, se ocupó sin cesar de los grandes poemas épicos; *Ifigenia*, *Herman* y *Dorothea* son divinas figuras de grandeza natural, y en su viaje á Sicilia, al leer sobre la ribera del Mediterráneo la *Odissea*, su admiración llegó á su colmo, y vió que el grandioso poema era un brillante espejo de la magnífica naturaleza que le rodeaba.

Un filólogo alemán, un hombre erudito, quiso medir la grandeza infinita, incomensurable del Titán. Este hombre no había leído á Homero sobre las márgenes radiantes de la Sicilia, pero poseía un oído delicado para percibir todas las melodías cantadas en millares de años antes; tenía una mirada penetrante para vislumbrar, entre el polvo de los libros, los divinos cuadros de la juventud de los pueblos, y escribió un libro titulado *Los Prolegómenos de Homero*, que vió la luz pública en el año de 1795. Su resumen era, que los cantos de Homero no podían ser la obra de un hombre, sino la obra de un pueblo, las producciones poéticas de un largo espacio de tiempo, tal vez de muchos siglos.

Federico-Augusto Wolf, lanzó esta proposición tan atrevida, que otro escritor alemán, M. Spielhagen, calificó de democrática, porque Wolf había abierto una nueva era, que ponía al pueblo en posesión de sus antiguos derechos, aun en el dominio de la poesía, y reivindicaba para él la soberanía del poder.

Este es un gran problema, que desde fines del último siglo ha suscitado las más vivas controversias. La antigüedad, ha creído saber de la personalidad de Homero, lo que han puesto en duda algunos críticos modernos, después de los célebres *Prolegómenos* de Wolf, que rompiendo con alguna rudeza el cuadro en que se encerraban las teorías clásicas, Wolf ha inducido á los modernos críticos á comparar las literaturas, y esta comparación ha puesto de relieve bellezas hasta entonces mal apreciadas en las obras maestras de la Grecia.

La Europa ha visto propagarse por la impronta multitud de estas obras; la antigüedad, tan mal conocida de la Edad Media, ha esclarecido por ondas de luz la marcha progresiva del espíritu humano.

La publicación de textos griegos, que se creían perdidos para siempre, han iniciado una tendencia marcada á una especie de renacimiento, si por renacimiento se entiende la aplicación de nuevos métodos para la interpretación de estos textos y de los monumentos antiguos.

Así se han levantado los velos que ocultaban los orígenes de la antigua epopeya griega; la crítica ha abierto nuevos horizontes, y del fondo de un pasado tan oscuro, ha conseguido salir mejor esclarecida sobre el génio primitivo de los helenos, y más conmovida y admiradora de las bellezas clásicas de una raza heroica y digna de la gloria.

M. Havet escribió una sustancial disertación sobre el origen y la unidad de los poemas de Homero, y las sábias y bellas conclusiones del profundo y eruditó helenista M. Egger, han rebatido con admirable lógica y copiosos argumentos las afirmaciones atrevidas de Wolf.

Examinando imparcialmente las principales

razones alegadas, el sábio M. Hignard, que hizo un largo estudio de Homero, se esforzó en presentar una solución que conciliase la tradición y los resultados de las nuevas investigaciones, que salvase la persona y la gloria de Homero, explicando el carácter impersonal que han podido dar a sus poemas perfeccionamientos sucesivos.

Vico ha sostenido la tesis de que la *Iliada* y la *Odissea* han sido las obras de la Grecia entera, porque hasta Pisistrato, el gusto de cada rapsoda, guiado por el del público, ha podido introducir alguna modificación. La sagacidad del crítico es digna de aplauso, cuando se muestra en estos poemas algún pasaje, donde la intercalación es verosímil; pero el buen sentido del ilustre profesor rechaza la idea de que en el gran poema de Homero solo existe una colección de piezas de origen diverso, más ó menos hábilmente adheridas, porque la unidad incontestable del plan, el tono general que caracteriza estos poemas y los distingue tan completamente de todos aquellos que han llegado hasta nuestra época bajo otros nombres, en fin, un cierto giro de pensamiento y un determinado acento más fácil de sentir que de definir exactamente, que dà la impresión del mismo corazón y de la misma alma; todo este conjunto y esta armonía, impulsaron la convicción de los creyentes de Homero.

Esta creencia es hoy la más universal, porque los espíritus ilustrados aceptan la solución moderada y conciliadora que respeta la tradición, pero que la corrige y la completa por los descubrimientos de la ciencia moderna.

Grande aparece en la historia esa Grecia que estableció el método filosófico, que tenía fe en Dios y en la vida futura, como Sócrates y Platón lo demostraron, que consagró las reglas esenciales del teatro con los principios de la crítica histórica y de la filosofía política fundados por Aristóteles, así como Sócrates dio los procedimientos de la observación y del análisis, que produjo génios inmortales como Fidias y Esquilo, Sófocles y Aristófanes, héroes ilustres, dignísimos ciudadanos como Aристides, Focion, Temistocles, Cimon, Pericles, Epaminondas, y nada puede compararse con tan viva y tan fecunda expansión del genio humano.

Hombres de razas diversas adoptaron la lengua helénica, que participó, con la lengua latina en el universo católico, del respeto y de la autoridad que inspiran los libros santos.

Después de inmensas vicisitudes, cuando se creía en el mundo que la lengua griega había desaparecido con su nacionalidad, el día de su emancipación amaneció en 1821, y Atenas volvió á ser el centro intelectual de la raza griega y conquistó las simpatías de la Europa. Los progresos de este pueblo en sesenta años han sido prodigiosos y revelan el poder de la civilización helénica. M. Gustavo de Eichtal, impresionado por la necesidad de las comunicaciones fáciles que aproximan hoy á todos los pueblos y hace pensar en una lengua universal, publicó un folleto interesante, *Sobre el uso práctico de la lengua griega*, y su autor quiso demostrar que ningún idioma sería más digno que la lengua griega, como hoy es hablada, de servir de lengua internacional.

Un sábio profesor del Instituto de Francia, M. Brunet de Presle, ha sostenido la opinión de que no ve, en contrario, una lengua más rica, más homogénea, más flexible y más accesoria á los otros pueblos europeos, que todos, más ó menos, han participado de la ciencia y de la filosofía griegas, y que la lengua moderna cultivada más generalmente por los helenistas de Occidente, debía establecer entre ellos, y con los griegos, relaciones más estrechas que reanimarían sus estudios y les darian con frecuencia una aplicación inmediata.

El mismo profesor manifiesta que no es tan difícil, como se cree generalmente, el aprender el griego, porque después de haber aprendido las veinticuatro letras de su alfabeto griego y sus diversas combinaciones, y de haber oido la manera como los griegos las pronuncian, la vista del signo hace recordar el sonido, y el sonido hará recordar el signo, y una vez vencida esta dificultad, se llegará á pronunciar y á escribir el griego.

Las formas del lenguaje han sido tan variadas en la antigüedad, como eran diversos los Estados; así la lengua griega antigua fué múltiple, y los gramáticos han querido condensar sus leyes en un Código único; Cristópulos publicó al principio de este siglo una gramática del griego moderno, bajo el nombre de *Eolo dorismo*.

Grecia ofrece un gran movimiento intelectual; su pensamiento dominante hoy es el de colocarse al nivel de las naciones más cultas de Europa.

Ha cultivado con gran éxito el género lírico, y han sido traducidas en francés las poesías de Cristópulos, de Soutzos, de Calvo, de Zante y de otros poetas y escritores modernos, así como los griegos han traducido en su idioma las obras más notables de la literatura francesa.

Hemos dedicado en la AMÉRICA, en épocas distintas, nuestra atención á enaltecer las glorias de este pueblo, cuya magnífica historia excitó nuestro entusiasmo juvenil, que no se ha amortiguado todavía en nuestra alma á pesar del trascurso de los años.

Grecia ha merecido el privilegio de conquistar la admiración del mundo antiguo, y de obtener las simpatías del mundo moderno.

El porvenir la reserva destinos gloriosos, y si recientemente extendió su poder por la Tessalia y por el Epiro, aun quedan pueblos de su raza in-

mortal, que deben gozar los beneficios de la civilización helénica.

EUSEBIO ASQUERINO.

UNA VISITA Á VÍCTOR HUGO.

CARTA AL POETA OLEGARIO V. ANDRADE.

Acabo de estar con Víctor Hugo, que vive en l'Avenue Víctor Hugo, núm. 50, en una casa de su propiedad. La descripción del inmueble es ociosa, á no ser que se le adhieran méritos imaginarios á lo que no los tiene en sí, pues su importancia real se reduce á la circunstancia fortuita de pertenecer á un poeta laureado por el universo entero, y que no cruzando los tiempos difíciles de Jonhson ha alcanzado á ser millonario, en vez de constituir el bien raíz ignorado de un *bon bourgeois* cualquiera. Ni arte, ni gusto, ni elegancia, ni originalidad; nada, absolutamente nada revela que allí habita el genio en un *rez de chaussée*. Me recibió la consabida *bonne*; no hay más servidumbre. Me pidió la contraseña, de que en mi anterior hablé, y después de recalcar dos minutos inevitables en la antecámara, me introdujo en un pequeño salón tenebroso, caldeado por los tizones carbonizados ya de un fuego de leña fuerte, moribundo, que había ardido en una enorme chimenea central. Encendió las bujías de una araña y se marchó. Tiene esta *bonne* su efímera celebridad: dicen que es despótica, desatenta; conmigo estuvo correcta. Una vez sólo miré involuntariamente un gran reloj convencional, al parecer antiguo, que estaba colocado sobre una repisa á bastante altura en la testera principal. Su fuerte y acompasado tic-tac se imponía como una preocupación impertinente, en medio de aquel claro oscuro fantástico, sombreado por una tapicería color café con leche desvaidado, en el que yo debía hacer el efecto de una figura de retrato de familia sin antecedentes, colorida por pinceladas á lo Rembrandt. Comparé su hora con la del mio, vi que tenía que esperar diez minutos, al menos, siendo la cita para las nueve, y me resigné; la culpa era mia. Hice lo que todo el mundo en estas coyunturas: sentarme, acomodarme, ponerme de pié, pasearme, mirarme en los espejos, en mi propia sombra, escuchar sin querer. Mientras esperaba la aparición del astro en el horizonte, un olor tibio de *pot-au-feu*, envuelto en ondas de risas amortiguadas llegaba hasta mí con inequívoca autenticidad.

La percepción de mis sentidos era tanto más fina y delicada cuanto que acababa de comer hacia una hora mi *puchero*, y estaba sobreexcitado por el ambiente termal de la estancia, por la impaciencia y la curiosidad.

Hallaba, sin embargo, muy natural, archinatural, que el dios de aquel Olimpo, sin escaleras interminables, sin lujo de luz y sin incienso que modificara la atmósfera terrena, también comiera y bebiera é hiciera alegremente su digestión. Consúlese usted, que es idealista. A Lock, que declaraba que «nos es imposible saber si un ser puramente material, piensa ó no», —no le repugnaba admitir que los corpúsculos de la materia estuvieran dotados de algún grado de percepción, de sentimiento, de pensamiento. A pesar de todo, no podía dejar de criticar que las rendijas de las puertas fueran tan anchas, tan indiscretamente francas y tan poco recatadas. Es difícil, en ciertas situaciones sujetarse á ciertas reflexiones por más prevenido que uno esté, y yo no podía sujetarme á las mías, no obstante que sabía perfectamente que el *patron* de la casa vivía con extrema modestia, rodeado de una pariente y de sus dos nietos Jorge y Juana, con los que chocaba; —para quienes ha escrito y á quienes ha dedicado su precioso libro, *L'art d'être grand père*, en el que nada se dice, por supuesto, del arte de cerrar las puertas. Y aquí me acuerdo de D. Elías Bedoya, que tenía tanto talento como estatura y no poca gracia y malicia, —el cual solía decir, repitiendo un cuento que aplicaba á una matrona de Córdoba: «Excelente señora; pero en su casa hay manejo de puertas,» —con lo que criticaba esa costumbre nuestra, tan criolla, de que las puertas no ajusten bien jamás y el descuido en si estarán abiertas de par en par, mucho ó poco, reparar aunque la visita lo insinúe contorciéndose en todos sentidos, titilando de frio por la columna de aire que le viene de atrás ó por el flanco, —causa sin duda de tantos reumatismos articulares que la estadística médica constata en esa salubre —region. A las nueve y doce minutos sentí abrirse la puerta del comedor que caía al salón.

Velada ésta, como estaba, por una espesa cortina que no habían descorrido, debían por fuerza apartarla los que entrasen á medida que desfilaran. Pasaron cuatro, dos parejas de ambos sexos. Segun la usanza parisina, ni los miré. ¡Singular cosa! Lo mismo habría hecho un indio, un árabe, un bárbaro cualquiera. No mirar para no admirar lo que no poseen, ó no parecer sorprendidos, con la idea de hacer creer que ya lo han visto ó que lo que tienen es una especie de orgullo en ellos. Por último, entró un anciano octogenario, trémulo, sin estar encorvado, trayendo del brazo otra dama. Era imposible no reconocerlo, aunque de los retratos corrientes no tuviera sino los reflejos de la semejanza. Estaba rubicundo; como que evidentemente acababa de desempeñar funciones animales, asaz prosáicas, por más que sean en extremo racionales, sobre todo cuanto se las ayuda con buenos vinos capitosos. Sólo estando en

autos podía colegirse que de aquella cabeza encendida, blanca como un capullo de nieve, habían soplado como brisas eliseas los *cuatro vientos del espíritu*. ¿Para qué me dió Vd. esta amable comisión?

Lo grande no se debe ver sino de lejos. La proximidad de toda mole inmensa produce un anodamiento indescriptible. Y luego, la senectud que se sobrevive, tocada, palpada, por más que sea un objeto venerando no es nunca bella en el sentido estético de la palabra. Haced del Moisés de Miguel Angel un viejo, y en vez del trasunto ideal del legislador hebreo, que conversa con el Eterno desde las cumbres del Sinai, teneis todo menos la imagen de la inteligencia y de la fuerza soberana, una caricatura quizás, en vez de una figura arquetípica.

Abreviemos. Vestía frac negro con todos los demás accesorios de una *toilette* de ordenanza seria. Nos saludamos. El coronel..... dijo..... y..... repuso (rumiando un *ilustre* desconocido); y esto diciendo le presenté su *canto*, agregando algunas palabras banales. Me dijo: —Pero esto es largo... —Sí repuse, Vd. lo leerá después; es el deseo del autor. —Con mucho gusto. —Hice una reverencia significativa como diciendo, —gracias, —y diciendo efectivamente con el permiso de Vd. voy á retirarme... Me extendió la mano. Se la estreché. Me hizo el efecto de una mano de gigante de ultratumba, y en esa actitud cambiaron estas frases: —¿usted está en París por mucho tiempo? —Por algún tiempo, señor. —Entonces tendrá el honor de verlo otra vez. —Si le es á Vd. agradable? —Seguramente.

—*Au revoir! au revoir!* y con rostro afable me acompañó hasta el dintel de la puerta del salón. En la antecámara tomé yo mismo mi paletot, mi sombrero y mi bastón; y yo mismo también me abrí la puerta de la calle y en un verbo estuve en ella, pues no hay zaguán. Mis dos hijas me esperaban en un *façade*.

—Lo que es el prestigio de lo desconocido! Habían sacrificado media docena de bailes y espectáculos teatrales por entrar conmigo, á ver que... Y, papá, —me dijo la mayor. —Hijita, —le contesté, —*mens agitat molem*, —el espíritu mueve la materia (verdad que esta no lo hace mal). —Cochero! Rue Turin 12. Papá; ¿sabe usted que todos los que pasaban se detenían y que mirando decían: «aquí vive Víctor-Hugo? ¡Eh! Es un rey del pensamiento. Y el cochero, agregó, que intrigado estaba. —Pero no dicen, —decía, —que Víctor-Hugo se acuesta muy temprano! Pobre diablo! El también cree en la leyenda y no concibe que este hombre sea, fuera de su gabinete, un hombre como todos los demás (felizmente). ¡Su gabinete! Allí quisiera verlo yo. Allí debe estar bello como un Apolo cuando todas las ráfagas de la inspiración animen su inmensa fantasía. Allí el trabajo de la mente en ejercicio supremo lo galvaniza, lo transforma, lo metamorfosa, lo trasfigura, lo rejuvenece.

Lástima grande, que así como debe comer para vivir, tenga que morir por haber comido, —sino, no fuera un microcosmó, sino un Dios eterno. ¿Qué más quiere usted que le diga? ¿Que le permita publicar esta carta? Precisamente para eso la he escrito. Pronto recabaré una respuesta. Modere, modere esos transportes. Será, lo espero, un elogio, que usted merece por otra parte, como que si hace rimas bellas, también sabe comer y beber, otro punto de contacto que tiene usted con su maestro, el cual, habiendo escrito *Ruy Blas*, ó el *Florón Castellano*, drama de versos sublimes, y de mediocre moral, no olvidará sin duda, que lo cortés no quita á lo valiente:

¡Salud y alegría!

LUCIO V. MANSILLA.

NATURALISMO EN EL ARTE.

Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el Secretario primero de la sección de Literatura y Bellas Artes.

Desde las altas cimas de las pirámides, cuarenta siglos, dijo Napoleón que contemplaban á sus victoriosos ejércitos. Al contrario de esta frase inmortal, que prueba el testimonio indestructible de los monumentos humanos, vemos desde la historia que ha sido larga y penosísima la carrera seguida por el arte á través de los siglos.

Venerado en todos los pueblos donde llegó su visita como suave rocío de oro y calmante consuelo á las dichas patrias, pero sufriendo siempre, cual compasivo cirineo, la pesada cruz y el cruento calvario que las generaciones se imponen para lograr la aspiración del ideal eterno; obligado á seguir paso á paso las inspiraciones religiosas ó el entusiasmo de los triunfos bélicos, ó á preceder, como heraldo, á las conquistas del progreso; de igual manera que las aguas purísimas del transparente arroyo retratan en su cristalino seno los colores y matices de los cielos que con su espejo recorren, así ha ido el arte trasmittiendo sus evoluciones dolorosas, reflejadas en la historia con distintas líneas, como la luz del sol, que, descompuesta, señala en el horizonte los cambiantes riásimos de los colores del iris.

A pesar de estas evoluciones incesantes, en las que el arte, unas veces conducido por el genio lleva el tesoro de su inextinguible llama, ha llegado á las cumbres de la gloria, y otras precipitado con la desmoralización de los pueblos ha hundido su hermosa frente en el polvo miserable de las

ruinas, nunca, aún perseguido tan furiosamente por sus delitos como lo fué Orestes de las abominables fúrias por la fatalidad de sus culpas, le ha faltado la generosa protección de un Apolo, ni la sentencia favorable de una diosa Athena que le liberte y purifique en el Jordan sagrado de una nueva regeneración.

¡Tanta es la fuerza vital con que ha dotado la Providencia al arte, que es siempre el término de su ruina el principio de un nuevo splendor!

¿Qué importa que siendo su historia paralela de la de las religiones, y participando de igual destino, reciba entre los egipcios las inspiraciones de su antropomorfismo religioso, y desaparezca cuando ya dislocado el Estado y en la abyección la multitud supersticiosa, se estingue la centella del génio estético de aquel gran pueblo, representado en sus inmensos templos, que con sus calles de esfinges agachadas, sus poderosas bases de sillaría, sus compartimientos oscuros y sus santuarios impenetrables evocan el sentimiento del misterio, como los templos de la India excavados en el interior de las montañas de pómido que muestran el carácter colosal de la religión brahámica? ¿Qué importa que la influencia de la religión nacional en Grecia, produciendo para la humanidad obras inmortales, precipite el culto sagrado de la forma con la destrucción de la perfecta estatuaria, en la decadencia irreparable de un idealismo idolátrico si al fin han de sucederse nuevos pueblos que transmitan al arte la sávia vital de sus aspiraciones?

El arte griego, mesurado y sóbrio, que termina con el desfallecimiento de la antigua fe, y sufre en la catástrofe de los iconoclastas la regeneración cristiana, se hace devoto al servicio de la Iglesia latina, sustituyéndose el idealismo idolátrico por el ascético, que de alguna manera salva su total ruina.

Esta evolución, que es el segundo ciclo del arte espiritual é idealista, se halla bien manifiesta con el testimonio de esas catedrales inmenas que no pudiendo con sus elevadas torres levantarse de la tierra al cielo, tanto como la aspiración ansiosa del ascetismo quiere, adelantan sus flechas y agujas aun más allá de las leyes del equilibrio, como dando á entender que la idea que informa la construcción cristiana es la de conducir el espíritu ante las gradas del trono de Dios, tan pronto como lo anhela la plegaria del creyente.

Así lo indican la despreocupación desdeñosa de la forma, el desprecio del cuerpo por el amor al alma, el constante afán de la pintura empeñada en la empresa de dar idea de lo invisible con rasgos visibles, la copia del modelo para llevarle al lienzo con la actitud ferviente y compungida de los mártires ó la inocente y seráfica de las vírgenes cristianas.

He aquí, presa en cárcel extrechísima, á la belleza, encerrada como inocente castellana por los rigores de la penitencia... Pero no han de faltar generosos caballeros que la rediman de su enojosa cautividad, para que, ya libre, descienda de las altas cumbres del idealismo, de los altares y oímos mitológicos, y venga á humanarse con nuestras luchas, á participar de nuestras alegrías y mezclarse en la vida trivial y prosáica de nuestros destinos.

No poco han contribuido á este fin estas mismas evoluciones que ligeramente reseñamos, ya provocando las uñas reacciones favorables, ya impulsando el arte las otras á nuevos triunfos y conquistas.

En el principio, la arquitectura, semejante á esa primitiva poesía lírica que llevaba en sí misma la plegaria, la ley moral y la enseñanza, contenía dentro del templo de Dios á todas las artes. Allí, entre sus espesos muros encerradas, existían la estatuaria y la pintura, la música y aun la danza, completándose en religiosa armonía, é iluminándose unas á otras como la obra de la naturaleza, que con sus bosques y sus montañas, sus ríos, sus campos y sus cielos elevan á nuestra vista el hermoso concierto de la creación.

Pero un día llega en que aquellas, como apariciones primero, con líneas y colorido propios después, se destacan fuera del templo y adquieren relieve, próximas á emanciparse de él, hasta que preparado el progreso, y sintiendo cada una separadamente su ideal y sus fuerzas, se desbandan como los pájaros pequeños que salen del nido y libremente se remontan desde la tierra al cielo.

Desde el momento en que los pueblos pasan de las religiones de la naturaleza á aquellas que toman al hombre por tipo del sér divino, la estatuaria recibe la figura de los dioses. Entonces es cuando el mármol se diviniza en Grecia y es la escultura el arte propio y peculiar del pueblo.

Y cuando no es esta suficiente; cuando no puede expresar el tránsito de la inteligencia al sentimiento, de las líneas de la geometría á los ritmos indeterminados, del heroísmo de la *Híada* al humanismo del Evangelio; cuando se busca el lenguaje del alma que traduzca los sueños y es necesario otro idioma que pueda mostrar los imperceptibles fenómenos, los matices fugitivos de la sensibilidad, los detalles de la pasión y el brillo de la mirada; cuando nuevas ideas reclaman del arte que descienda desde la figura humana al universo material, entonces se sustituye al héroe y semidios con los santos del cristianismo, y aparece la pintura con sus grandes cuadros, sus austeras Vírgenes, sus Cristos, exornados de todo accesorio terrestre y mundano para que la naturaleza exterior nodistraiga las fervientes súplicas del hombre.

Pero más tarde la pintura se atreve á comentar, bajando, aunque con tardo paso, á las esferas del mundo, y el artista traslada las leyendas é historias al lienzo, hasta que en él se vé aparecer el paisaje, que, como los frescos del Campo Santo de Pisa, son testimonio innegable de que no es ya solo el hombre, sino también el medio en que vive y habita, objeto de las inspiraciones y del estudio.

Hasta que, más tarde, los pueblos del Norte, con su naturalismo pictórico, con sus paisajes aun sometidos á la pintura religiosa, se impone al génio italiano, conduciendo el procedimiento de Flandes á Venecia por Antonio de Mesina, discípulo de Juan de Brujas, que reprodujo en sus cuadros todos los detalles de la realidad sentida, llegando, en fin, la invasión á dominar en Nápoles y España, con Ribera y Velazquez; en Flandes, Bolonia y Francia, con Carrache, Rubens, Rembrandt y Poussin.

Al mágico impulso del renacimiento sigue la aparición de una nueva aurora: la Reforma.

Su pensamiento grandioso penetra en todas las almas; ella es el término postrero de las antiguas creencias, el culto del espíritu y de la verdad: la reacción contra el idealismo corrompido en Roma; ella evoca las manifestaciones de la ciencia, escondida en la noche sin estrellas de la Edad Media; hace resucitar los derechos del hombre vivificando las máximas de Evangelio; ella renueva los antiguos ídolos, abre ancho camino á las audacias del pensamiento humano, y colocando en la cúspide de su edificio gigantesco la llama intensa del pensamiento libre, irradia á todos los lugares de la tierra los explendores de su doctrina, deslizandolo sobre el alma humana los secretos de su destino, y señalando al hombre la escondida revelación del progreso moderno.

¿Qué proclama la protesta de Lutero? ¿Qué misteriosa evolución se desarrolla en la vida del hombre? ¿Qué acentos pronuncia el arte en medio de esta lucha religiosa?

¡Ah! Es que comienza la vida ordinaria del ciudadano; es que la naturaleza recobra sus olvidados derechos; es que el sentimiento de lo bello abre paso franco á la necesidad de lo verdadero; es que al emanciparse la humanidad del sacerdote comienza el reinado de la vida láica; es que desaparecen los símbolos y alegorías y nacen las invenciones y las industrias; es, en fin, que el espíritu humano, dormido mientras la miseria y el dolor imperaban como la estatua que inspiró á Miguel Angel el eterno sueño de la tumba renace y se desborda obedeciendo al despertador ruido que precede á las nuevas conquistas.

Mucho antes de que el espiritualismo pronunciara la última palabra en su agonía; después que las Cruzadas arrojaron á los hombres entusiastas del Norte sobre los adormecidos pueblos del Oriente, venía preparándose dentro de la misma Iglesia una reacción lenta, pero segura y progresiva, hacia el materialismo, que con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la invención de la imprenta sale del dominio de los nominalistas y realistas y empieza á ejercer su influencia desde el campo de la filosofía á todas las esferas de la vida y del pensamiento.

Por otra parte, asoma del lado de Inglaterra la serena frente del iniciador incomparable del Moisés austero, como dice Cowley, que sin llegar á ella anuncia á la humanidad la tierra prometida; es él el profeta de la civilización, el ilustre Bacon, proclamando con su criterio positivo la soberanía de lo útil y fundado el saber en la observación de la naturaleza.

Asimismo, roto el yugo cristiano se manifiesta la violencia de la reacción borrascosa y dura pasó á la ponzoña sensualista y obscena; Rabelais, el Homero bufón como le llama Victor Hugo, lanzando sus carcajadas cínicas ante el espectáculo horrible de Roma prostituida, que ensalza el reinado de los sentidos y lega en Panurgo el modelo acabado del hombre bestia; á Skelton disparando las agudas flechas de sus innumerables folletos, á Folengo, en fin, sirviendo desde Italia la causa de la obscenidad mientras que por todas partes la avidez de los espíritus se entrega á la temeridad de las invenciones y de los entusiasmos, saciando así la codicia que profundamente les devora.

Y en tanto que esto se verifica, en el arte se traduce la reacción.

El Renacimiento, aún siendo hijo predilecto del cristianismo, tuvo siempre sus recuerdos y admiraciones, sus esperanzas y complacencias en la antigüedad pagana; en ella inspiró todas sus obras inmortales. Las Purísimas Vírgenes de Rafael, detenidamente estudiadas, son diosas del Olimpo vestidas, estatuas griegas copiadas en el lienzo, en las que el espiritualismo reflejado en los rostros contrasta con las formas profanas de sus cuerpos y la esbeltez del talle. Por esta desatención del Renacimiento á su origen cristiano se encargó la Reforma de contener la disolución artística y sacar del Evangelio sus principios y efectos, conduciéndolos al arte para que éste los vivificara.

Es en este período brillante de la historia cuando en la literatura se condensa aquel espíritu cristiano, penetrando en el drama y en la novela. En Inglaterra, la rudeza de las costumbres, la brutal espontaneidad de los instintos y de las pasiones se precipitan como el torrente después de contenido, en la vida, y arrastran las muchedumbres al desenfreno, á la generosidad y á la hidalguesa, conducidas misteriosamente por esa ola invisible que mueve el soplo de la Providencia hacia

la benigna playa. Marlowe y Massinger, Ford y Middleton, Webster y Chapman son la falange inculta que lleva en su ardiente seno la inspiración de la humanidad con los huracanes de sus propios excesos y las alegrías de su nueva existencia; el teatro, la escena animada de las grandes ficciones, abre sus puertas al drama popular, reflejando como fidelísimo espejo las pasiones de aquel gran pueblo ébrio de luz. No intentaban los autores de aquél, vestir con los colores de la fantasía y ocultar al público las escenas de la vida soez; claramente las exponen como el pueblo ávido de emociones las ansias, despojadas de moralidad y verosimilitud. Ellos usan en sus producciones el lenguaje de las muchedumbres, el diálogo de las plazas y el dialecto de los mercados; mezclan el estilo bíblico con el de la taberna, el tono cortesano con el de los beodos, sin que nadie, en el vértigo de esta literatura, les contenga.

Y así comienza á comprender el arte la necesidad de reflejar la naturaleza humana.

Menos exagerados que aquellos, supo el génio inculto de Shakespeare llevar á sus dramas todos los contrastes del espíritu, todas las observaciones de la escrutadora fantasía. El ha sido quien mejor concilió el realismo de la vida con los ensueños idealistas. El es el primer *humanizador* del arte.

Una frase de Víctor Hugo ha sintetizado este génio. ¿Quién es Shakespeare? La naturaleza, la creación entera con sus mismas antítesis y contrastes.

En su delirio romántico, Shakespeare siguió la observación de la naturaleza; penetró en ella con inflexible escalpelo, sorprendiéndola en sus más escondidos misterios. En su teatro grandioso, en esa galería de cuadros que forjó su abrasada imaginación, se halla todo como en el caos; la crudeldad delirante de las pasiones guiada tan sólo por el feroz instinto; la bestialidad impudica presentada con todos los detalles de un realismo implacable; el amor sin esperanza de las purísimas vírgenes arrastradas al altar del sacrificio, coronadas de flores, locas y sonrientes, entonando lúbricas endechas delante de la tumba que ha de recojer los últimos suspiros de sus almas enamoradas; la crudeldad de Shiloh al lado del corazón generoso de Antonio; el cariño imprudente de Lear al lado de la ingratitud de sus hijas; la codicia del crimen de Macbeth al lado de la generosidad de Duncan; Desdémona acechada por el infame Yago; la naturaleza sin pudor, la humanidad inquieta y delirante con la nerviosa prontitud de la fiebre; y todo esto escrito en todos los ritmos y en todos los tonos; se perciben incesantemente el ruido de las muchedumbres que aparecen en su teatro como una democracia salvaje é instintiva; se oyen los insultos y las blasfemias del vicio, y las quejas y protestas de la virtud; y si la imaginación quiere hallar en el humanismo shakesperiano modelos precursores del naturalismo, apárecerán á nuestros ojos las figuras de Cáliban y Falstaff, verdaderos generadores de Coureau y Nana, viviendo el uno en el medio social de la ignorancia y el otro en el del vicio de sus groseros apetitos.

Y al mismo tiempo que Shakespeare y sus contemporáneos, elevan la gloria del teatro inglés y que Bacon abre al progreso material ancha carretera; al mismo tiempo que las letras se *humanizan* al contacto del cristiano, se ve, por otra parte, aparecer otro espíritu observador y analítico, que como reacción contra el idealismo de los tiempos caballerescos é inverosímiles, se subleva su génio inmortal satirizando con amargura plácida y serena los desordenados excesos de la imaginación, los ensueños de un pernicioso fanatismo.

¿Quién otro mejor que el padre de nuestra lengua hermosa supo humanizar el arte hasta infundirle el soplo vivificador de la verdad sencilla? ¿Quién con más exactitud y relieve, quién con más fidelidad llevó al libro los encantos de la naturaleza?

Su obra inmortal se levanta protestando de la Edad Media; es el advenimiento del sentido común, de la vida ordinaria representada en Sancho; es la crítica amarga y razonable de la realidad que surje y protesta, desbarata y aniquila las fantásticas quimeras del espejismo; es la suspicacia del lugareño, riéndose de la locura del hidalgo; es la piqueta destructora haciendo aparecer los castillos de viento, detrás de los Esplandianos gigantescos, los mansos rebaños trás los invencibles ejércitos; es el desencanto distinguiendo los yermos de las bacías, los castillos encantados de las ventas prosáicas; es, en suma, la reacción del realismo observador y austero, que se burla del ideal imposible.

Yo leo en Shakespeare, como en Cervantes, en las antítesis y crueldades de sus obras, en la misteriosa é imperceptible corriente que une á los dos géneros, en los excesos del bardo inglés y en la ironía medrosa del español, algo parecido á lo que indican la protesta de Lutero, la carcajada horrible de Rabelais, y la mirada profunda del ilustre Bacon; yo creo hallar en ellos al espíritu humano, presintiendo un porvenir más lejano que nuestro presente; yo adivino en todos, á través de las agitaciones nerviosas que aquellos géneros trasmiten á los hijos de sus fantasías, la indignación olímpica, el ócio de la humanidad hacia su pasado lucuoso, que como en noche de crímenes tan solo resplandecen las luminarias del festín impío en el que la lascivia de los Borgias da el *exequatur* á la corrupción romana; yo contemplo, en fin, cómo en estos atletas sin descanso, se verifica algo in-

comprendible que el religioso fanatismo por el génio pudiera comparar á la Encarnación misteriosa de un verbo incomparable.

El Evangelio, aprisionado en Roma prostituta, se libera; su espíritu, envuelto en duda tentadora, se fija sobre el cerebro abrasado del reformador; Lutero le acoge y su protesta le humaniza. En él toman cuerpo las máximas; con él, desaparecen los símbolos, y la autoridad es sustituida por la razón; el principio de la igualdad renace, y el reinado de la vida lícua comienza. En esta serie de comparaciones, acaso exageradas, parece como que el protestantismo es, por así decirlo, la proclamación solemne del método realista, experimental, que diría Zola, al Evangelio.

La poesía y las letras que se entregaron desaforadamente á los espectros, á los amores sin esperanza en la tierra, á las inspiraciones sublimadas y etéreas; que despreciaban al hombre y á la naturaleza, posponiendo siempre á lo humano lo divino y sobrenatural, bajan del empíreo dirigiendo á la humanidad sus miradas, y posan en la tierra, como aves cansadas de su constante vuelo. En esta conjunción sublime encarna en Shakespeare la idea del hombre real, del que conocemos y definimos como hombre vivo, y hé aquí el primero con quien se humana el teatro.

De igual suerte siente Cervantes dentro de su alma ese sentimiento generoso por la humanidad olvidada; también él quiere disipar con su génio poderoso las nieblas espesas que ocultaron la verdad de nuestra miserable vida, y presenta la figura de Sancho como el acusador terrible de los ideales y de los sueños vanos.

De este modo divinaron Shakespeare y Cervantes en el porvenir el principio de una renovación estética. Aquél, haciendo desesperar al desdichado príncipe entre las vaguedades y las sombras; éste, provocando en la mente de sus lectores la aparición fantástica de Don Quijote y Sancho, unidos por abrazo estrechísimo, como si ésta fuera la primera fórmula de la unión sincera del idealismo con el realismo.

Hablando de estos dos genios superiores, no es posible olvidar á aquel otro que acaso adivinó mejor nuestro moderno gusto. Es Rembrandt, el Lutero de la pintura, como ha sido justamente llamado, el revolucionario del color, el jefe natural de la reacción contra la escuela italiana llevada á término en nombre de la naturaleza y en frente de la pompa clásica de la composición, de la pureza tradicional de la línea, de la nobleza teatral de las actitudes y la fria sobriedad del color.

La republicana Holanda con sus plácidas y patriarciales costumbres, sus sencillos hábitos y escenas populares, enseñó al génio de Rembrandt á desterrar del lienzo las apotéosis del ideal, las ostentaciones nobiliarias, los torneos y los coronamientos reales, y preferir las escenas de la vida municipal que muestran las ocupaciones triviales, pero verdaderas, del ciudadano.

He aquí por qué su ingenio poderoso buscó en la naturaleza su inspiración, pintando la humanidad en su real existencia, y dando el evangelio naturalista de su admirable cuadro *La Lección de Anatomía*.

Si la tradición y originalidad holandesas no se hubieran perdido, si el espíritu revolucionario de Rembrandt hubiera tenido émulos y sucesores, seguramente sería esta la ilustre cuna de la moderna escuela.

Pero á excepción de Diego Velázquez, á quien un ciego y desconocido impulso le llevó á separarse del preceptismo y erudición de su maestro Pacheco, y á desechar los convencionales recursos de la escuela flamenca y napolitana, siguió el arte sus propios impulsos, hasta que mucho más tarde resucitó Couber la *impiedad radical* sentida contra el idealismo por el génio del pintor holandés.

Y en tanto que España, Francia y Alemania, aquella, si bien resplandeciendo en su hermoso siglo idealista con sus dramáticos insignes, siguiendo y conservando en sus novelas picarescas el realismo verdadero de Cervantes; la segunda, envanecida con sus triunfos clásicos, y la tercera poniendo las bases sólidas para elevar su literatura hasta Goethe y Schiller, conspiraban con seguridad calma á nuevos progresos, Inglaterra, el país destinado al realismo, recibía constantemente el espíritu de sus renovaciones filosóficas y sociales.

El triunfo del protestantismo consolida la libertad industrial hasta convertirla en religioso culto. La preciosa herencia de Bacon, recogida por Hobbes y Locke, derrama en todas las ciencias caudales de conocimientos. En literatura abreñse nuevas vías y se crean géneros hasta entonces desconocidos. La poesía deja de ser dueña absoluta de las letras y el poder pasa á la prosa familiar.

La novela abandona el carácter cortesano y caballeresco y acepta la pintura de los detalles, de los incidentes sencillos de la vida tranquila del hogar doméstico.

Bajo estas inspiraciones es como nacen Foe, el demócrata de la literatura, cuyas obras sirven de entusiasmo á las infimas clases; Richardson, el Homero de la vida íntima, el pintor tiernísimo de las costumbres y de las pasiones; Fielding, más tarde el colorista de la verdad, Smollet, Goldsmith y tantos otros que mostraron en las letras el carácter positivista que tanto contribuye á los grandes triunfos del pueblo británico.

Es también, en nombre de la naturaleza, que el misticismo había por tanto tiempo condenado al desprecio; es, en nombre de la verdad oscurecida y olvidada, guiados por el entusiasmo que el ánimo de una vida nueva ignorada provoca, por quien los hijos del siglo diez y ocho sienten amor sincero hacia la tierra inmensa, consagran su admiración á sus océanos, á sus florestas y remotas islas, dedican al vasto mundo de los astros, á las maravillas del cielo, sus inspiraciones atrevidas, y sorprendentes ante el espectáculo de tantas excelencias, proclaman victoriamente la superioridad de lo que ven sus ojos, sobre el pasado oscuro que adivinan en las sombrías páginas de la historia.

Por esto proclamaba en medio de sus entusiasmos el génio de Voltaire: ¡todo es arte! la naturaleza es nuestra grande artista!

Así es, que el fondo de la filosofía, de la religión y de la ciencia del siglo diez y ocho, encierra ese amor naturalista, espontáneo y sincero hacia la verdad. De igual suerte que las admiraciones nerviosas de Rousseau le llevaban al naturalismo romántico; el revoltoso y tranquilo génio de Diderot, que con nada saciaba su incansable trabajo, adelantaba á la humanidad nuevos tesoros y presentía todos los adelantos de nuestro siglo. Apostol del método experimental, fué darwinista antes que Darwin; fisiólogo antes que Bernard, revelador de la electricidad, inspirador de Goethe y revolucionario en todo, impuso su elevado espíritu como protesta vigorosa contra las ideas de arte que dominaban en la crítica del clasicismo estrecho y mezquino de sus contemporáneos.

Consecuente con los principios que informaron sus doctrinas, Diderot propuso la reforma del teatro y de la crítica.

¿Por qué no han de penetrar en aquél las costumbres domésticas? ¿Las acciones honradas y virtuosas no existen ó son despreciables cuando la escena les cierra sus puertas? ¿Qué camino tan brillante para nuestros actores, decía el último, qué porvenir para la verdad si la naturaleza en sus hechos fuera la inspiración del artista?

Pero á pesar de su afán democratizador no tuvo éxito su reforma.

En Alemania, Lessing y Herder, inspirados, aquél en el empeño de Diderot y éste en las lecciones de Kant, conducían también á los espíritus la misma tendencia y ocupaban la meditación del pensamiento lo bello y lo verdadero. Goethe, hallando sus consuelos y complacencias en el mudo lenguaje de la gran naturaleza, y lanzando al infinito el alma ansiosa de Fausto para retenerla y aprisionarla en la tierra. Schiller refrenando su romanticismo, atraído por el génio de Kant hacia la filosofía, aunque volviendo nuevamente á sus ideas, como el viajero que torna á su patria después de Enriquecido en lejanos países.

Mas no podían de manera alguna ser infundadas las ideas que el siglo XVIII conducía á todas las esferas del pensamiento. Su filosofía lo invadía todo por medio de sus augustos intérpretes, y la renovación de las ideas no podía resistir por más tiempo á los impulsos gitanescos de Diderot y Raynal, Buffon y Condorcet, Helvecio y La Harpe.

Cuando la revolución francesa llega y pasan las borrascas de su breve, pero fecunda noche de sangre; cuando más tarde las represiones del imperio cesan y el fragor bélico se extingue; después que los pueblos, esclavos de la ignorancia y de sus reyes, despiertan con vigor reuacente á las esperanzas de la libertad ó á la conquista de la independencia patria, un espectáculo sublime y asombroso comienza á la angustiada Europa.

Porque lo mismo que la aparición de una aurora en el remoto horizonte, después que la naturaleza ha reposado como Endimion, dormida al contacto de los plateados cabellos de Sileno; cuando ya se anuncian el paso majestuoso del sol por sus colores de fuego y escarlata que, cual nuncios de un nuevo día le preceden, se despierta aquella engalanándose, rasga las tinieblas vagabundas que se evaporan para dar color á los prados, presenta los cálices místicos de las flores para recibir la gota de rocío, dilata las ramas del arbusto y las frondosas copas de los árboles para que aspiren los puros céfiros de la atmósfera; porque lo mismo que este espectáculo, que interrumpe el silencioso sueño de los bosques impenetrables para poblarlos de armonía, y obliga á los dormidos pájaros á disparar sus trinos para llenar con musicales y argentinas notas el ancho camino que ha de recorrer el astro majestuoso del día, así también el arte sacude el yugo de antiguos y estrechos moldes, ante la inspiración de una nueva vida, y se precipita en los desenfrenos poéticos, que son como el canto de la alondra, una improvisada sinfonía de la renovación social, escrita en todos los ritmos y en todos los tonos. Dentro de sus evocaciones al pasado caballeresco, en sus vaporosos ideales perdidos en el cielo cual leve columna de humo; en sus tipos de inverosímil generosidad, de amor desenfrenado y loco que, ó se entrega á los accesos de la fiebre para producir ese lirismo arrebatador de Byron, excéptico y creyente, ó muere sacrificado entre las fantásticas apoteosis de un martirio cruel, existen proféticas inspiraciones que han de condensarse más tarde en algo real y tangible para la sociedad; dentro de sus propios defectos, en el ciego idealismo á que se entregan aquella numerosa pléyade de nuestra patria y la no menos augusta de la Restauración; en el espíritu de las vírgenes del romanticismo que, cual la Julia de

Rousseau, parecen nacidas entre el follaje del bosque, ó como las doncellas de Walter Scott, que surgen entre las emanaciones purísimas del lago; en todos los rumores que se perciben, en los entusiasmos que llevan la personalidad humana hasta el infinito, existe una providencia literaria que ha de convertir la ilusión frenética en realidad y el placer en amargo desengaño.

Por esto creo yo que el romanticismo ha sido real y verdadero en cuanto mostraba fielmente el estado de nuestros espíritus en el primer instante de la fecundación revolucionaria. Por esto, la esclava que se levantaba en nombre de la libertad artística para divorciarse y luchar con los legisladores del buen gusto, la sobriedad clásica de los puritanos de la forma y los olimpos académicos, preparaba inconscientemente á una segunda revolución por medio de sus mismas exageraciones; introduciendo en el arte nuevos elementos, abriendo de par en par sus puertas á la democracia, como ya lo había hecho el Estado en la política, idealizando al individuo y al hogar doméstico, para que al fin apareciera detrás de lo fantástico la verdad, de igual suerte que, a través de lo ficticio de la escena, de su decorado inverosímil, de sus personajes improvisados, de sus cambios rápidos de espacio y de lugar, vemos la desnudez de lo verdadero, nuestras pasiones vivas, sucediéndose en nuestras almas con incansable lucha y las costumbres y hábitos de la existencia.

Y en tanto que este romanticismo libraba con el ardor de sus mantenedores entusiastas batallas ruidosísimas, lograba laureles eternos y se propagaba con la velocidad de la luz á todos los lugares de la tierra, en tanto que Europa buscaba su nivel en la civilización con la ansiedad de la independencia patria, sufriendo los sacudimientos de la iniciativa francesa, y saliendo al mercado de la vida intelectual los problemas políticos y sociales provocados por la aparición de la democracia, se preparaba en el seno de la filosofía y de las ciencias una erupción sorda y contenida, que como el hervor de los volcanes bajo la exterior capa de la tierra anuncian en la prelusion de sus imperceptibles sacudimientos, próxima y horrible erupción.

Este trabajo de las ciencias y de la filosofía, desarrollado ya en el siglo XVIII, se había apoderado de los espíritus, y el pensamiento se dirigía con todas sus armas hacia la investigación.

La insaciable sed de la sabiduría causaba en todos los pueblos un vértigo tan entusiasta hacia la verdad como era el de los poetas hacia la belleza; la astronomía arrancaba con su mirada escrutadora el secreto de los cielos; la historia natural sorprendía los escondidos misterios de la tierra, y clasificaba nuevas especies; la geografía extendía sus mapas con nuevos pueblos; el álgebra y la geometría agregaban números y líneas á sus cálculos infinitos; la filosofía tanteaba con su atención profunda todas las escuelas para traerlos después de sus excursiones torrentes de luz clarísima; las ciencias médicas sondeaban nuestro organismo, y de esta conspiración titánica, de este perpétuo acecho de los fenómenos, en el que todos los conocimientos se empeñaban, como si una voz misteriosa los hubiera convocado á un mismo fin, nacían en continuo movimiento las invenciones prodigiosas, se sucedían las maravillas de la ciencia estereotipadas en esos símbolos vivientes del progreso que constituyan, acaso, la epopeya moderna, y á cuya aparición dominante huyen la sombra y la ignorancia, como en sus oscuros nidos los reptiles á quienes ofende el lujo expléndido de un mediodía hermoso.

La inspiración profética del citado Bacon, que llamó al hombre ministro e intérprete de la naturaleza, puso las bases del método experimental. Por esto vióse ya aparecer con el ingenioso físico Moriotte, con Zinermann, célebre médico de la anterior centuria, con Sénébier, entre los naturalistas, y Stewar y Whewell entre los filósofos.

Y así más tarde, arrastrados por la impetuositad de igual corriente, Cabarrús, Bichat y Brusasais preparan la obra que ha de coronar á Claudio Bernard; Florens, Magendie, Leuret y Longet perseveran en sus entusiastas investigaciones, y anuncian los éxitos de Vogt y Moleschott.

En todos los campos reina la misma atmósfera y por todas partes la ciencia experimental invade á los espíritus. En filosofía, en sociología, en la física y en la estética; á todos los ramos que la inteligencia dirige, llegan los dominadores audaces á imponer sus leyes.

¡Qué larga y penosa ha sido la peregrinación de la belleza, desde que Platón la hizo diosa, por el culto que su estética espiritual la consagraba, hasta que ha llegado á nosotros exornada y maltrecha!

Proclamada la investigación científica, algunos hombres generosos y esforzados intentaron evitar el rudo encuentro de las dos corrientes embravecidas, confundiéndolas, cual la afluencia de un río á otro, en un mismo cauce y dirección las aguas de opuesto y diferente curso.

Kant y Leibnitz procuraron, aunque de manera incompleta, conciliar ambas tendencias, sosteniendo con igual energía la espontaneidad del espíritu y el mecanismo de la materia, analizando con riguroso estudio la verdad científica y la estética. Y aun cuando Schelling y Hegel fundan ésta en la metafísica, no descansa la ciencia ni se fascina ante los triunfos del idealismo.

Helmholtz da la señal de la lucha con su *Teoría fisiológica de la Música*, llevando su espíritu investigador enseñanzas preciosas á la técnica del arte. Leising, revelándonos un nuevo aspecto de la geometría que inspira las obras plásticas; Fechner, su discípulo, aplicando la experimentación á la ciencia de lo bello, y más tarde Byk y Horwitz que perseveran en las aplicaciones fisiológicas.

Como en Alemania, en Inglaterra los principios de Spencer y sus discípulos Bain y Sully, la influencia grandísima y poderosa de Darwin, llegan á idénticas conclusiones que la escuela, representada por Waitz, Lacatón, Steinthal y Taine.

En vano que los continuadores de Hegel, sus discípulos Rosenkrantz, Schasler y Vischer, traten de seguir los esfuerzos de la generosidad científica, conciliando las opuestas tendencias; en vano que traten de confundir sus límites; el movimiento avasallador seguía favorable á la experimentación fisiológica, y el positivismo destacabase con mayor relieve favorecido en Francia por las ambiciones de la clase media, el imperio de las fortunas é industrias, y el advenimiento al Estado de la democracia, mostrando sus dolores y necesidades, embargando al escritor su pluma y su inteligencia y presentando su cuerpo para modelo del artista.

E. GOMEZ ORTIZ.

(Continuará.)

ESTUDIOS HISTÓRICO-MILITARES.

UNA EXPEDICIÓN Á LA ISLA DE DOUVELANDT, (1575).

I

No es, por fortuna, la escasez de hechos lo que detiene al que busca en la historia muestras del valor de nuestros padres, sino la dificultad en la elección de los que sean más interesantes y den mejor idea del carácter de aquellos bravos españoles; pero entre todos los que al pronto acuden á la memoria, pocos como la expedición á la isla de Douvelandt, en la Zelanda, bajo el gobierno de don Luis de Requesens, pondrán tan alto el nombre de nuestro ejército de Flandes. Quizá no se halle empresa parecida, por lo audaz y arriesgada, ni aun registrando los anales del mundo.

Conocía D. Luis de Requesens que mientras no arrebatase á los rebeldes su superioridad marítima poco importaría para la causa de España los triunfos que en la parte de tierra pudieran conseguirse, y esto le decidió á apoderarse de algunas islas de Zelanda, y particularmente de la de Zierickée, su capital, y la que más convenía ganar por tener un puerto capaz de abrigar muchos navíos, como no fuesen muy grandes. Tomó para ello sus enseñanzas el comendador, y bien pronto supo por algunas personas prácticas en las navegaciones y canales de aquellas islas, que desde una de ellas, la de Tolen, era fácil llegar en barcas hasta la de Filispland, anegada hacía ya algún tiempo, y que desde la punta de esta última, y aprovechando la baja marea podía recorrerse por un vado que le señalaron el espacio de legua y media que la separaba de la de Douvelandt que, á su vez, solo dista un cuarto de legua de igual camino de la isla de Zierickée. Reconocido el vado y obtenido por este reconocimiento la seguridad de su existencia, aunque al propio tiempo la convicción de que por lo peligroso que se presentaba su paso, más serían los soldados que se perdiessen que los que lograsen pasar en salvo, dispuso el comendador lo conveniente para la expedición, reuniendo un total de 3.000 hombres que destinó á la empresa, mandados por Juan Osorio de Ulloa, Sancho Dávila, el coronel Mondragon y D. Gabriel de Peralta, hermano del marqués de Falcer.

Grandes eran los peligros que iban á arrostrarse en el paso del vado, guardado con gran vigilancia por una escuadra de 35 galeras y 200 barcas de remos, con que contaban los rebeldes, pero no eran menores los que una vez logrado éste se les ofrecía, pues cansados, como llegasen, iban á encontrarse con los defensores de la isla que les aguardaban en el dique bien armados y dispuestos para la lucha, y decididos, como parecían estarlo, á vender caras sus vidas; pero inconvenientes eran estos poco fuertes para soldados de su temple, y ni por un momento dudó la gente en abandonar la empresa que, con razón, podía ser tenida por punto menos que imposible.

Mil quinientos hombres se destinaron para el paso del vado, disponiendo la vanguardia de españoles al mando de Osorio Ulloa; seguían á estos los alemanes y walones, y tras ellos 200 gastadores, que formaban el centro, y marchaba de retaguardia Peralta con su compañía de españoles.

Sancho Dávila iba como almirante de 30 galeras y algunas barcas que para la empresa se habían hecho venir de Amberes, y Mondragon mandaba el resto de la gente que iba en ellas, pues como gobernador que era de la Zelanda, él había de ser quien atacase la isla de Zierickée.

Eran las once de la noche del 28 de Setiembre de 1575. El mar estaba en calma, la marea había retirado sus aguas dejando al descubierto el fondo cenagoso por el que habían de caminar los españoles. A lo lejos, envuelta entre la bruma, se advinaba la isla de Douvelandt, y más lejos, separada de ella, pero vigilante siempre como temiendo una sorpresa, la escuadra enemiga, que había tenido

que meterse mar adentro huyendo de la baja marea.

Arengó D. Luis á las tropas, que respondieron á sus palabras, jurando apoderarse de la isla, y á presencia del mismo comendador se desnudaron como si fueran de encamisada, quedando solo con el jubón, medias, calzas, zapatos y el sombrero; cada soldado llevaba además en unas alforjas que le colgaban del pecho dos libras de pólvora en una de ellas y dos de bizcocho y queso en la otra, para mantenerse tres días si por acaso los rebeldes habían sacado de la isla las provisiones.

Llegados á la punta de la Filispland, D. Juan Osorio Ulloa fué el primero que entró en el vado, siguiéndole enseguida uno á uno, ó dos á dos; pues el camino no permitía más frente, todos sus soldados llevando en alto los arcabuces y las picas. Pasó delante la vanguardia, siguió después el centro y quedó la retaguardia preparándose para seguirlos. Pero el ruido que hacían en el agua llamó bien pronto la atención de los barcos rebeldes, y aunque por falta de agua no pudieron aproximarse al vado como hubiera sido su intento, colocaron divididos en dos porciones, á uno y otro lado de él, á distancia de un tiro de arcabuz, dejando una especie de calle, por la cual se deslizaban en silencio los españoles, indiferentes á cuanto pasaba á su alrededor.

—Dónde vais, malaventurados, que os hacen ser perros de agua, y tal locura como hacer trincheras y cestos de vuestros cuerpos para resistir nuestra artillería?—Les gritaban desde las naves los rebeldes descargando sobre ellos *continuas salvus y tempestad horrible de arcabuzazos y cañonazos* (1); pero los nuestros seguían sin poder hacer uso de sus armas, fijos siempre en el fuego de Dustdonvelandt que les marcaba el fin del vado, apresurándose porque la marea no podía tardar en subir, y sufriendo horriblemente al sostenerse en aquel terreno que se hundía bajo sus pies.

Espectáculo admirable que demuestra lo que pueden, si se unen, el valor y la tenacidad! Solo cuando se lee la historia y se sabe lo que los españoles de aquel tiempo hicieron en todas sus campañas, es cuando se comprende el terror que inspiraban al mundo.

Pero la marcha se hacia lentamente. Pasado el período de la baja marea comenzaron las aguas á elevarse, aumentando los peligros de la expedición. Las barcas flamencas, que antes se mantenían á distancia, podían ya acercarse al vado, y sus tripulantes, con gárgolas y cadenas trataban de amarrar y detener á los soldados; además, el agua que en un principio les llegaba á las corvas, subióseles á la cintura y luego al pecho. Los rebeldes seguían haciendo fuego sobre ellos, y ya uno de los más esforzados capitanes, Isidro de Pacheco, había muerto rogando á los suyos que le dejaran y siguieran adelante. En esto entró en el vado la retaguardia, pues aún cuando vió que subían las aguas, Gabriel de Peralta prefirió morir á dejar sospechar á alguno que el miedo le había detenido; pero la fuerza con que llegaba á la alta marea evitó que pereciese, arrojándose otra vez á la isla de Filispland, donde fué recogido por las galeras que mandaba Sancho Dávila.

No se oía un grito, no se escuchaba una protesta. De cuando en cuando se formaba en el agua un remolino y un pelotón de soldados desaparecía en él; otras veces tronaban los arcabuces, rugían los cañones y quedaba en las apretadas hileras un hueco que enseguida se cerraba. A medida que las aguas subían, las barcas enemigas se aproximaban más al vado, causando mayor número de víctimas. Los soldados del centro seguían andando; el agua les llegaba ya al cuello, pero ni uno solo retrocedió. Y es que veían delante de sí la muerte y la vida á sus espaldas; á la primera acompañaba la gloria y á la segunda la vergüenza.

El peligro debía tener un fin, y lo tuvo: el valor debía alcanzar un premio, y lo alcanzó, y el nuevo dia que empezaba á clarear en el horizonte fué su radiante mensajero. Tras tanto padecer, Osorio Ulloa llegó á terreno firme y saltó alegre y confiado, con la seguridad de la victoria. Unos tras otros los suyos le siguieron; pero el arribo era muy lento y su ardor no admitía dilaciones. Delante de él, diez banderas enemigas ocupaban el dique para defender la entrada de la isla, como si el mar no hubiese respetado á los españoles sino á condición de que franceses, escoceses é ingleses acabasen con ellos, castigándoles por su osadía.

Osorio Ulloa se impacientaba, y cuando se vió rodeado de los veinte primeros españoles que tomaron tierra, sin esperar á que se le reuniesen los demás, lanzóse con ellos á los atrincheramientos enemigos; pero los defensores de éstos, aunque todos soldados viejos, poseidos de un pánico indescriptible ante aquellos hombres medio desnudos que acababan de realizar tamaña empresa, dispararon sus arcabuces, no causando daño alguno en nuestras tropas, y huyeron vergonzosamente sin atreverse á volver atrás el rostro, dejando el cadáver de su jefe, M. de Boisot, en la entrada de la isla que tenían encargo de defender.

Volvió D. Juan al dique á recoger los restos de su tropa. La vanguardia había padecido bastante, pero las bajas del centro, sorprendido por la alta marea, fueron mucho más numerosas; de los 200

gastadores que seguían á aquella sólo se salvaron 10.

Llegó á poco Sancho de Avila con sus galeras, y desembarcaron Mondragon y Peralta con sus tropas, atacando en seguida los seis fuertes que defendían la isla y pasando luego á la isla de Zierickée. El éxito coronó sus esfuerzos, y poco después la capital de la Zelanda pertenecía á los españoles.

Tal fué la expedición á la isla de Douvelandt, empresa tenida por imposible y realizada con tanto trabajo por los españoles. ¿Qué extraño es que á la vista de este resultado, el historiador, víctima de las preocupaciones de su tiempo, le tache de milagroso, y afirme que aquella noche se vieron varios prodigios en el cielo, y cometas de tanta claridad que se leian cartas como si fuese de día? Talera la operación, que no creían bastante el solo esfuerzo de los hombres para llevarla á cabo.

Después de todo, si el Universo fuera un sér inteligente y animado, capaz de comprender y de juzgar, estos fenómenos, vistos únicamente por algunos escritores de buena fe y á quienes prestaba crédito el espíritu de la época, sólo demostrarían que los mismos astros del cielo aplaudían la hazaña sin ejemplo de los soldados españoles.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

CENTENARIO DE BELLO EN CARACAS.

ESPAÑA Y AMÉRICA.

Al mismo tiempo que en el augusto recinto de la Academia Española uno de sus inmortales celebraba el Centenario de Bello, enalteciendo su ingenio, con la hermosa elocuencia de una palabra autorizada, Caracas, su ciudad natal, se vestió de flores, colgaba guirnaldas, celebraba patriótica fiesta, y mezclando á ella la inspiración de sus poetas, los acentos inocentes de la infancia, el canto místico de los ministros de Dios bajo las bóvedas sagradas del templo, los suaves acordes de la música y el homenaje respetuoso de sus gobernantes, historiadores y literatos, celebraba conmovida el apoteósico del que se ha llamado *Príncipe de los ingenios americanos*.

Hermosa ha debido ser la fiesta venezolana, al decir de los diarios de la que, á justo título, se enaltece de haber mecido la cuna del autor inmortal de la *Silva Americana*.

Uno de ellos la describe de esta manera:

«Todo lo que había dispuesto el Metropolitano, ilustísimo Sr. Ponte, para honrar la memoria de Andrés Bello, tuvo cumplida ejecución esta mañana en la Iglesia de Altagracia; y después de la misa de *Requiem*, en que ofició de pontifical el Prelado, con asistencia del Cabildo y el clero de la ciudad, y en la cual tomó parte una excelente orquesta, con coro de voces en que descollaron las simpáticas artistas señoritas Mercanti y Fiorellini y la del señor Dragoni, se verificó la escena más conmovedora, y la única que desde su fundación ha presenciado Caracas: tal es la exornación con guirnaldas de la pila en la cual recibió Bello las aguas del bautismo, por diez y siete niñas vestidas de blanco que representaban á la madre España y á las Repúblicas latinas, llevando cada una en bandas, lazos y banderolas los colores de las banderas de cada nación.

Para que nuestros lectores comprendan la imponente solemnidad de este acto, que causó á la inmensa concurrencia que llenaba las espaciosas naves del templo una emoción difícil de describir, les diremos que en la del centro y al pie de las gradas del presbiterio estaba el monumento, que consistía en una ancha base de arbustos y flores, de cuyo centro se alzaban insignias de las ciencias, la imprenta, la historia natural, con la estatua de Minerva, todo lo cual se hallaba coronado por el símbolo de la fe, una hermosísima cruz hecha de flores de todas las zonas, con bases de palmas, de helechos y de guirnaldas.

En frente de este monumento se había colocado la antigua pila de este templo en que fué bautizado Bello, y que permanecía guardada como una de las antiguas reliquias de esta Iglesia, que fué completamente destruida por el terremoto de 1812.

Después de extinguirse en las bóvedas del templo las últimas armonías de la misa de *Requiem*, la orquesta dejó oír nuevas melodías consagradas á la apoteosis del sabio. Entonces tuvo efecto la conmovedora ceremonia de las guirnaldas, que, como ya hemos dicho, ofrecieron á la gloria de Bello las inocentes niñas que durante la función religiosa se hallaban á inmediaciones del monumento, dirigiéndose por una de las naves laterales á la del centro, una á una, con las coronas de flores naturales, de una fragancia embriagadora, que colocaron sobre la pila.

Representaba á España la primera, la señorita Carlota Guzman, hija del ilustre americano.

La siguió Venezuela, representada por otra hija del supremo magistrado de la República, señorita Mercedes Guzman.

Y continuaron Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Repúblicas del Plata, Méjico, Repúblicas de Centro América y Santo Domingo, representadas por las señoritas Luisa Valenzuela, Ana Luisa Ibarra, Sofía Boulton, Isabel Steling, Dolores y María Eraso, Bebi Röhl, Enriqueta y Emilia Oropesa, Sofía Carranza, Isabel y María Luisa Rodríguez, Francisca Callejo, María Hellmund y María Teresa Ubanie.

Tras éstas siguió un grupo de jóvenes de los diversos colegios de la capital que, á dos de fondo, se acercaron á la pila y depositaron en ella sus coronas, en cuyo momento todas las mencionadas niñas, semejando una bellísima corona de azucenas, circundaban aquella, ya colmada de guirnaldas; y por último, los Sres. Dr. Fernando Arvelo, Dr. José M. de los Ríos, Dr. G. Tell Villegas y Dr. Angel Rivas Baldwin, representantes de las facultades de Teología, Medicina, Ju-

(1) Bernardino de Mendoza.—*Comentarios á las guerras de los Países-Bajos*. Lib. XII, cap. IV.

risprudencia y Filosofía, los cuales colocaron sobre la pila, en nombre de la Ilustre Universidad de Caracas, hermosas coronas.

Durante este acto, el coro, con la orquesta, entonaba himnos dulcissimos, que parecían un eco de los sentimientos que dominaban aquella grande y selecta concurrencia, formando un solo corazón.

A la cabeza de esta fiesta, cuya memoria se guardará eternamente en la noble Caracas, se hallaba el general Guzman Blanco, presidente de la República, acompañado de su Gabinete, del gobernador del distrito, del comandante de Armas, del secretario general de la Presidencia, edecanes, etcétera.

La apoteosis terminó con el discurso apologético que pronunció en el púlpito el señor canónigo magistral, doctor Amitesarove.

Cumplimos un deber de justicia al felicitar cordialmente al Dr. Agustín Aveledo, que desplegó en esta fiesta de Alta-gracia todo el entusiasmo de su amor hacia Bello y hacia su patria con la caballería que le caracteriza; así como al señor doctor Uzcátegui, cura de aquella parroquia, por el interés que ha desplegado en el cumplimiento de sus deberes, y por el buen éxito que de ellos ha obtenido.»

Como se ve por este relato, las fiestas dieron comienzo por la ceremonia del templo.

Después tuvo lugar en los salones de la Universidad la fiesta ó velada literaria, á la que concurrieron los principales escritores y poetas de aquella tierra encantadora, donde los que pulsan la lira, hablan ó escriben, parecen que al hacerlo se remontan al cielo para beber allí sus inspiraciones y derramarlas después en ondas de luz y aroma perfumado sobre la frente del pueblo.

Si los poetas y escritores venezolanos tienen siempre para inspirarse las galas de aquella naturaleza espléndida, aquel cielo siempre claro y sereno; aquellas noches de plata, tibias, dulces, voluptuosas; aquellos ríos que juegan sobre lechos de oro; aquellas montañas colosales coronadas de eterna verdura, y las gracias de sus mujeres, de flexible talle, ojos negros y faz radiante, en esta ocasión tenían algo más que todo eso para dar expansión y lozanía á sus inspiraciones; el orgullo de honrar el génio de un compatriota, de un hijo de Venezuela.

De aquí la belleza de los trabajos leídos en la velada literaria con que Caracas ha solemnizado el centenario de Andrés Bello.

Hablando de ella, dice el diario del eminente Eduardo Calcaño:

«El acto universitario tuvo efecto á las tres de la tarde, presidido igualmente por el general Guzman Blanco con el mismo séquito que le acompañaría en la mañana. La concurrencia de damas y caballeros era tan numerosa que llenaba las naves del grandioso templo de San Francisco, actual capilla de la Universidad. La música, desde el coro, amenizaba los intermedios la fiesta literaria.

»Después de las ofrendas presentadas por los representantes de las Facultades, señores doctores presbítero Amitesarove, Reyes, Piñal, Pedro Hernandez y Agustín Aveledo, se leyeron en la tribuna de oro varias composiciones, ya en prosa, ya en verso, y en especial la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, del conmemorado poeta, y que había sido señalada como capítulo importante del programa del día, terminando el acto el discurso de orden que pronunció el señor licenciado Cristóbal L. Mendoza.

»Por la noche tuvo efecto otro acto literario de la juventud universaria, en las galerías del Colegio Villégas, en el cual, la generación que se adelanta al porvenir, honró con esplendidez la memoria del Maestro de las letras patrias.

»La concurrencia de señoras y señoritas se hizo notable por su gran número, con lo que ha demostrado el bello sexo caraqueño, en los tres actos del día, que es el porta-estandarte de la civilización, y que conoce bien que las inspiraciones del ingenio son propiedad suya, como obra de su creación.»

Tengo á la vista todos los trabajos leídos en el certamen literario, y siento sinceramente que la falta de espacio no me permite reproducirlos, no sólo como nuevo homenaje tributado en esta noble España al insigne cantor de la *Zona Tórrida*, sino como merecido homenaje á sus autores, honor y prez de esta literatura americana, que trae en sus álas de luz y aurora, el germen risueño de la literatura del porvenir.

Sin embargo, quiero hacer conocer un soneto del inspirado Manuel del Palacio, que no es conocido en España; unas palabras de Alarcon, que, como los versos, fueron mandadas para ser publicadas en Caracas, y algunas de las composiciones de escritores y vates venezolanos.

Dice el soneto de Manuel del Palacio:

«Del mar tintiendo las móviles olas
rasgando de la edad las densas brumas,
brillan entre la niebla y las espumas
de su génio inmortal las aureolas.

Hoy que pide á las almas españolas
su altar ofrendas, y su gloria plumas,
musa del Nuevo Mundo, no presumas
que has de aplaudirle ni llorarle á solas.

Plugo á la Providencia ó al scaso
su sepulcro ó su cuna alzar distantes
y en lejana region abrirla paso;

mas á los ecos de su voz vibrantes
se incorpora en la tumba Garcilaso,
y le contempla con amor Cervantes.»

¡Hermosa ofrenda del talento español al génio americano!

Como hijo de aquella Virgen, como á mi patria llamó Quintana, ofrezco á Manuel del Palacio la ofrenda de mi gratitud, por la avaricia que en su soneto revela, de no querernos conceder á los que en ella vimos la luz, el derecho de ser solos en deramar flores sobre la tumba de Andrés Bello.

El Sr. Carlos T. Irwin, dijo:

«¿Qué sucede actualmente en el mundo de las letras? ¿Qué pasa hoy en los dominios de la inteligencia?

Hacia todas las partes á que ha sido llevada por el génio de la armonía el habla de Castilla; hacia todas las partes en que se vive la vida de la civilización, la vida de la ciencia, la vida del espíritu, me parece que percibo como alientos de gloria, que distingo como coronas de luz, que oigo como rumores de himnos, como ecos de hosannas.

Desde la madre España, la venturosa cuna de Cervantes, desde la enorgullecida Chile, desde la patria preclarísima de Caldas, desde la América toda, me parece que llegan hasta las palmas del Ávila como vibraciones de arpas, como raudales de armonías, como cantos salidos de las sonoras liras de Homero y de Virgilio, del Dante y Tasso, de Camoens y de Ercilla, de Lope y Calderon, de Molier y Racine, de Milton y Shakespeare, de Goethe y Schiller, ensalzando en todas las lenguas de la tierra, en todos los acentos de la palabra, en todas las modulaciones del sentimiento, en todas las melodías del alma, el nombre esclarecido de Andrés Bello.

—¿Y quién es Andrés Bello? —Yo lo ignoro. Así os habría contestado cuanto existe, cuanto habla, cuanto canta aún en la misma zona que el sol enamorado circunscribe, el 28 de Noviembre de 1781; mas dejad pasar una de esas palpitaciones de la eternidad que se llaman siglos; dejad que se humanice uno de esos arcángeles que forman parte de los conciertos celestiales; dejad que se encarne el génio de la epopeya; dejad que se haga hombre el espíritu de la oración, y escuchad entonces lo que dice á todos los hombres la palabra humana.

«De la tórrida zona en sacra lira
Cantó un dia Andrés Bello la alma gloria,

Y es hoy el universo quien aspira

A cantar de Andrés Bello la memoria.

¿Quién, pues, será el más grande de esos grandes,

La zona ó el poeta de los Andes?»

Pertenece este soneto al poeta Manuel M. Bermudez Avila:

«Planta hermosa del vergel señora,

Faro que al éter sube y que dilata

Su lumbre desde el Ávila hasta el Plata,

Condor que baña en su carmín la aurora;

Himno que alienta, enseña y enamora,

Raudal de perla en limpia catarata;

Rayo de luz que el mismo Dios desata,

Urna en que todo cabe y se atesora.

En la zona del Inca, coronado

De verde lauro y de explendor de gloria,

En ambos continentes venerado

Como reliquia de inmortal memoria,

De saber y virtud limpio destello

Y sol de la verdad,—eso fué Bello.»

Y este otro que escribió Julio Calcaño el dia que llegó á Caracas la noticia de la muerte del gran maestro:

«Cual del cedro, que á hojosa pompa aduna

La fresca robustez del tronco fuerte,

Van muriendo las ramas, cuando alguna

Mano enemiga le derriba inerte;

Tal de la gran nacion á quien fortuna

Llenó de vida y la ambición dió muerte,

Cayendo van las glorias una á una,

Al embate del tiempo y de la suerte.

Pasó ya de la ciencia el luminoso

Astro desapareciendo en lo profundo;

Perdió con él mi patria alta grandeza:

Y á tí que le imperaste generosa,

De pié cabe su tumba te vé el mundo

Levantar con orgullo la cabeza.»

Eco de grandes sentimientos, y de las ideas que sostengo hace muchos años, el afamado P. A. de Alarcon mandó estas bellas palabras:

«La nacionalidad literaria española comprende todas las tierras en que se habla la lengua castellana y en que fueron y siguen siendo maestros y dechados del buen decir los grandes escritores de la Península ibérica, desde Cervantes, Fray Luis de Leon y Lope de Vega, hasta Figaro, Hartzenbusch y Lopez de Ayala.»

»Por eso la glorificación del insigne poeta venezolano, Andrés Bello, principe de los ingénios de la América latina, no es para nosotros, los que aún nos apellidamos españoles, una solemnidad extranjera, sino una fiesta nacional, á que nos asociamos con tanto orgullo como regocijo, cual si se tratara de la apoteosis de un vate de Andalucía ó de Navarra, de Galicia ó de Cataluña.»

Sencillo, pero hermoso homenaje de fraternidad el que Alarcon ofrece á Bello en esas palabras, que mis compatriotas recogerán con aplauso, desde el Orinoco al Plata y desde el Ávila á las Pampas, porque ellas encierran el pensamiento que alumbró la mente de los americanos.

Con pena suspendo aquí mis transcripciones, sobre todo la de dos composiciones de los insignes poetas Heracio de la Guardia y Diego Jugo Ramírez; pero, ¿qué hacer? Me falta el espacio, pero no aliento, para saludar una vez más en lecho de estrellas en que duerme acariciado por la gloria el gran poeta, «que dormido bajo un rosal á orillas del Arauco, es fama que abejas depositaron en sus labios la miel de la palabra.»

HECTOR F. VARELA.

MEJORAMIENTO DEL OBRERO.

Entre los grandes problemas que se agitan, no solo en el campo de la política sino en el orden económico-social, uno de ellos, y que debe ser siempre de preferente estudio, es el de tratar de encontrar una solución que haga menos penosa la situación de ese centro de vida en la sociedad que se llama *clase obrera*, y en este particular, siguiendo el principio del inglés George Brodwick, aunque sea una paradoja liberal, podemos decir que el derecho de propiedad fué al principio en su origen patrimonio de la colectividad y no exclusivo y competente del individuo, pues en su desarrollo necesita de tales fines. Sin detallar aquí las distintas escuelas acerca del concepto del Estado, podemos indicar que la definición más admisible es aquella que asegura el desenvolvimiento del derecho en los distintos fines de la vida y en la manifestación de las relaciones del ser. Procuraremos conforme á nuestro propósito de mejorar la situación, además de lo que enumeramos, imitar la constante actividad desplegada por el gran hombre de Estado, Mr. Bismarck, en Alemania, con la institución del seguro de obrero: algunas contrariedades sufre el gran canciller en la empresa que ha emprendido; pero las manifestaciones de sentimiento unánime en el *Reichstag* (Parlamento), llevarán á la práctica tan benéfica institución. La misión del Estado, como sabemos, es el desenvolver el derecho, de tal modo, que cada uno de los fines particulares de la vida necesita una asociación distinta, y de aquí la imposibilidad de determinar de un modo permanente los límites de la acción del Estado nacional, los cuales varían á medida del desenvolvimiento que adquieran las restantes esferas.

Siendo la justicia la práctica del derecho y este un aspecto del deber, con gran atención debe de estudiarse el problema social que reconoce su con causa en las nociones de lo *mío* y de lo *tuyo*.

El capital y el trabajo; hé aquí la nota esencial y característica del hombre *obrero* en la sociedad, y cuyo orden debemos nivelar para que vaya desapareciendo entre nosotros la quasi-servidumbre en que, merced á la tradición, hoy se encuentra el obrero. En el siglo en que vive nuestra actividad y en medio de los conocimientos que nos suministran la ciencias sociológicas y económicas, no puede permanecer estacionario el espíritu de progreso sin dejar de consolidar los medios que pueden procurar á esta clase ó estado el bienestar que apetecemos; apropiando al caso presente la frase de *Carrey*, consideraremos al hombre, y particularmente al obrero, como el elemento molecular de la sociedad y al mismo tiempo como sujeto de la ciencia social; alguno me argumentará: pero, por ventura, nosotros negamos al obrero esta consideración? Y he de contestarle ¡sí! Desde el momento que no ponemos á su alcance los medios de que ha de valerse para llegar á establecer este equilibrio social y pueda, con el concurso del interés personal, y del general borrar la máxima tan combatida, pero fuerte como pesada losa siempre en la conciencia del rico: *Homo homini lupus*. También es necesario que asociemos á manera de lo que intentamos hacer con los elementos, capital y trabajo, la ciencia de la Ética que declara la consecución del bien, aunque este no sea el absoluto; pues en el mundo todo guarda relación; así le vemos prácticamente observar aún en los lazos más estrechos del hogar doméstico y en las instituciones del organismo Estado.

No debemos, pues, permanecer tranquilos sin refutar la frase de los fisiócratas modernos *Laissez faire*, *Laissez passer*, para resolver el problema, porque es cuestión de vida para la moderna sociedad, que persigue como aspiración noble tan justo destino de la humanidad. Hechas estas ligeras indicaciones en el concepto filosófico, antes de enumerar los medios de mejoramiento, no debemos echar en olvido que las leyes del libre cambio contribuirán á que la industria y el comercio salgan también de su inercia económica, pues el proteccionismo es el cáncer que corroa su progreso y mina el adelanto material de un pueblo ó nación. Pero pasando á exponer lo que en mi opinión puede ser, si no un remedio absoluto al menos un poderoso auxiliar á ese estado desheredado, debe comenzar por el deber del Estado en proteger y fomentar el desarrollo del seguro y socorro mútuo, estableciendo, como existe en Francia, una caja de inválidos para los que se inutilizan en el campo del honor, dignos por tal concepto de mejor suerte después de tan heróico deber.

Del mismo modo Inglaterra, siempre práctica en sus libertades sociales, reconociendo sus beneficios resultados, la establece también, así como las no menores importantes Cajas de ahorro de Correos, facilitando el correo mismo el pago de las más pequeñas cuotas, y abonando sus haberes en cualquier tiempo y lugar á los que acrediten tener derecho al socorro, de tal modo, que los ahorros de las citadas Cajas de Correos cuentan hoy con 3.566.890 socios, con un capital social de 26.180.750 libras esterlinas. Tanto estas asociaciones, como la de constructores de máquinas, fundidores de hierro y de carpinteros, tienen por objeto, no sólo la protección mutua, sino que la principal parte de su programa es imponer un díque al capital, é impedir los procedimientos arbitrarios, aunque muchas veces, para lograrlo, les sea forzoso acudir á las huelgas, las que duran poco, por la reguladora balanza del

tribunal Boards, que tiene por misión armonizar los deberes del obrero con las exigencias del empresario, facilitando el cambio de pensamientos y fomentando prácticamente la instrucción de los trabajadores, pues adquieren noticias exactas del estado de la industria en todos los países fabriles. Inspira al obrero, además, el sentimiento de la solidaridad.

De estos hombres rectos podían formarse representantes que defendieran los intereses de la clase en las asambleas políticas.—Otro de los beneficios de los tribunales Boards, es vigilar por el cumplimiento del contrato de trabajo. Enumeradas las ventajas que en el orden económico-social pueden reportar estas instituciones, no vacilamos en someter al criterio de la opinión pública el resultado práctico que en países como Francia e Inglaterra, producen las Cajas de ahorros de Correos y sus tribunales Boards, y realizando en la esfera de acción el Estado esta protección tutelar, será para el obrero la redención, y podrá exclamar el ciudadano:

«*Salus populi suprema lex est.*»

PEDRO BECERRA ALFONSO.

JOSE MAZZINI.

Sobre un pedazo de la tierra argentina empapado en lágrimas y regado con la sangre de dos generaciones, se levanta la estatua de José Mazzini.

Las aguas del magestuoso río llegan bulliciosas ó dormidas hasta sus plantas, y el cadencioso murmullo que producen parece el argentino canto de la democracia saludando al Titán de una idea sacrosanta, al paladín de una sublime aspiración, al soldado de una cruzada que no deja sus armas hasta poder subir triunfante al *Capitolio*, y clavar en él la bandera de la Independencia y de la Unidad Italiana.

La vida de Mazzini ha sido una mezcla singular de triunfos y derrotas, epopeya gentil, compendio grandioso, pero alimentada siempre por el fuego de una misma aspiración: la unidad de la patria, robustecida por una fe inquebrantable: la independencia de la tierra de sus padres.

El insigne batallador viene al mundo en medio de los relámpagos de la revolución.

Su carácter impetuoso, vivo, ligero, está en armonía con sus grandes emociones.

Ha nacido italiano, contemplando en lontananza, reclinada sobre el polvo de los siglos á la vieja Roma, que ama desde niño como la capital histórica de su patria, y que en las voluptuosidades de sus delirios infantiles ha visto cruzar por su imaginación como dueña y señora de la tierra, encuelta, unas veces, en los harapos ensangrentados de los bárbaros del Norte, cubierta otras con la púrpura brillante de sus Emperadores, arrebata da un día en el carro de sus conquistadores, dominando, otra, todos los pueblos que de hinojos llegaban á postrarse en sus siete colinas para arrastrarse como esclavos á los pies de aquella soberana de las soberanas.

Una Italia sin Roma no la comprendía Mazzini, y por eso en la cátedra, en la prensa, en el Parlamento, en la barricada, en el libro y el folleto, en las asambleas tumultuosas, en la cima del poder ó en la oscuridad del calabozo, libre ó con cadenas, en el seno apacible del hogar ó en la roca árida del destierro, levantaba el nombre de Roma como enseña.

Con su nombre entusiasmaba, movía, electrizaba á las gentes.

Con su nombre inflamaba el corazón de los viejos, hacia delirar á los niños, seducía los sentidos de la mujer, y, formando atmósfera de redención, personificó durante cuarenta años aquella propaganda histórica que fué epopeya, y realizó triunfante aquella aspiración sublime, que fué *Patria unida*, y *Patria independiente*.

Todos los pueblos han tenido apóstoles y mártires, grandes personalidades que se destacan en las páginas de su historia, envueltas en los resplandores de la gloria: pero yo no conozco ni en los libros ni en la historia un apóstol de la talla de este hombre extraordinario.

Los desencuentos, las traiciones, los éxitos dudosos de una mañana, las derrotas seguras de una noche, los desfallecimientos de los débiles, las ilusiones desvanecidas, el egoísmo de los parásitos sin alma, son cosas todas que abaten el espíritu, quebrantan la fe más viva, helando muchas veces las almas más bien templadas.

Pero, ¿cuándo vaciló ni destalceó Mazzini?

En qué hora de aquella vida, que fué como un volcán, especie de *Vesubio*, cuya lava derritió coronas, se le vió acobardarse, temblar, ni perder la fe, que á manera de una tempestad con sus relámpagos, sus rayos y sus truenos, sus vientos desatados sobre montañas de espuma, rugía en aquel corazón de león en la pelea, de niño candoroso á la lumbre apacible del hogar?

Al contrario: el peligro era la aurora de su día, el sufrimiento su luz, la cárcel su palacio, y cada dolor que en la contienda le lastimaba era presagio feliz de victoria en las horas melancólicas de la amarga duda.

En una de ellas, se vé de todos abandonado; falto de pan; el brazo seco de la miseria le estruja brutalmente en las calles heladas de la soberbia Londres, pero sin perder un instante ni su virilidad, ni su aliento, ni su fe, ni su entusiasmo,

que son él como carne de una religión, funda una modesta escuela en un apartado rincón de la bulliciosa Metrópoli.

¿Para qué?

Para buscarse el pan de cada día, educando niños á quienes poder hablar siempre de su querida Italia, de la patria que soñaba con *Roma capital* de su tierra, libre de la planta del «Tedesco» que la profanaba, y poder tener la dicha de escuchar de aquellos labios puros e inocentes, un eco del «gran himno de redención», que el pueblo entero debía entonar en día no lejano, en el seno de la Ciudad Eterna, al pie de las catacumbas formadas por las montañas de huesos de los millares de mártires, que devoraban las fieras del *Circo*, cuando los jardines de Roma se alumbraban con antorchas clavadas en las cabezas humanas.

El canto de aquellos niños—brisa de consuelo que refrescó su alma fatigada en el combate—le reanimó: avivó su fe, jamás desmayada, y cerrando los libros del *maestro de escuela*, Mazzini volvió de nuevo al campo de la propaganda, de la acción, de aquel apostolado sublime, que como chispa eléctrica rielaba en la frente de una nación, la enardece en el delirio de un patriotismo legendario, y fanatizada por la palabra de Mazzini, hace suya su causa, se identifica con ella, rompe sus cadenas, y, como Spartaco, forja con sus pedazos armas para combatir, y por fin, para triunfar en aquella serie de victorias que parecen una leyenda mitológica, en la que al fin aparece al lado de Mazzini cubierto con la misma bandera, la figura casi fantástica de Garibaldi, este otro *Cristo* de los combates caballerescos, que, nacido á orillas de las turbulencias del mar, no ha podido comprender que en la tierra existiesen despotas ni tiranos.

¿Acaso lo comprendió jamás ningún italiano?

Mazzini sabía esto.

Conocía la ínole, el carácter de sus compatriotas, forjado por una tradición única en la historia de la humanidad, y contaba con ese carácter y esa ínole, para llegar á la meta de sus deseos, ver realizadas sus esperanzas, y tener el consuelo de poder saludar un día á su patria independiente, unida, fuerte, respetada, y tomando asiento en el banquete de las grandes naciones que llevan en la tierra el estandarte de la civilización y de la libertad.

La noble aspiración del fogoso patricio es hoy una realidad hermosa.

La Italia es de los italianos.

En su seno, al pie de la tumba de los apóstoles, tantas veces profanada por extranjera planta, á orillas del Arno, donde infinitas Ofelias han deshojado flores, llenando de colores la imaginación de Byron; en Venecia, la sultana egregia, sentada, llena de encantos sobre las aguas del Adriático; al lado del Vesubio, que como una lámpara de mil colores suspendida por mano de magos, alumbría la pintoresca entrada de Nápoles; en las puertas de la soberbia catedral de Milán, montaña de mármol en cuyas cimas se destaca inmóvil un pueblo de estatuas, ya no hay soldados extranjeros, ni esbirros de tiranos, ni espías de despotas, que manchen la sagrada tierra de Rienzi.

Hoy todo es allí italiano, hombre libre con patria, con personalidad, con autonomía propia, con casi todo lo que Mazzini pedia y soñaba.

Entonces, ¿cómo ha de morir ni para la Italia ni para los italianos el iniciador de tanta conquista alcanzada, de tanta gloria recogida en esta suprema batalla, en que su figura se destaca coronada de luz?

La tumba guarda ya en su regazo á José Mazzini; pero su espíritu está entre nosotros, como en los corazones está vivo su recuerdo, en las páginas de la historia su nombre, y su fama en la posteridad nueva vida sin horizontes, nífronteras, ni ódios, ni pasiones.

A este hombre, dos veces extraordinario por el talento y la grandeza de su propaganda inmortal, á este redentor moderno de la independencia de la patria amada, á este cruzado gallardo de la unidad italiana, á este anciano que muere con las ilusiones de un niño viendo en sus últimos momentos cruzar por su imaginación llena de recuerdos, á su patria feliz, organizada, potente y fuerte, como un panorama trazado por mano de ángeles sobre el fiénzo de todas las ilusiones que esmalcaron su espíritu vivaz; á este escritor de forma galana, acento varonil y convicción profunda, á este hijo mimado de la humanidad, en fin, bautizado en el altar del Universo por los sacerdotes de la libertad y de la democracia, se ha saludado en la tierra argentina, en fiesta patriótica, erigiéndole una estatua á cuya inauguración acudieron miles de hombres libres, para ofrecerle solícitos el homenaje de su consideración y su respeto.

Entre esos hombres estuve yo, que en nombre de mi patria saludé en el mármol helado al Cristo de la Redención italiana.

H. F. V.

LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

—Dí que te extraviaste y no quieras confesarlo, añadió el otro bandido.

—No hay tales carneros, porque yo no me extravié, ni cambié las horas, ni dejé de estar en todos los sitios que dices la carta.

—No seas testarudo y confiesa tu pecado, mala pieza.

—No, señor, no lo confieso, porque aunque ustedes no me hayan visto, lo que es yo estuve.

—Déjalo ya de esa cuestión, interrumpió Carrasco, y vamos á lo que interesa. Traes el dinero?

—No, señor.

—Pues entonces, ¿y qué has venido?

—A saber si mi tío vive. Esto es lo que se ha sacado de no haber visto la otra vez, porque no pueden ustedes figurarse la tristeza y el llanto que hubo en aquella casa, cuando me presenté diciendo que no había visto á nadie.

—Cuántos aspavientos para nada!

—Póngase usted en el lugar de mi tía, y considere la afición de mi prima y de los hijos, que todos á una voz dijeron que el no acudir ustedes á la cita, era la señal más segura de que su padre las había liado.

—¿Y serían capaces de creer que nosotros le habíamos reventado sin justo motivo?

—Si quiere usted que le diga la verdad, me parece que lo creyeron.

—Pero después de la última carta, estarán ya más tranquilos.

—En cuanto á los hijos, están todavía algo escamados pero lo que es á mi tía y á mi prima, no hay quién les saque de la cabeza que el pobrecito de mi tío está ya comido de gusanos.

—Al oír la salida de Melero, los dos bandidos no pudieron contener la risa.

—Pues nada, hombre, respondió Carrasco; diles que no les dé tan fuerte, y que todavía no ha *mercio*; pero que así sucederá si andan con tantas tacañerías para mandar esa miseria.

—Está bien; con que yo puedo asegurar que mi tío vive, ¿no es eso?

—Sí, hombre, puedes asegurarlo con toda confianza.

—Es que yo no sé si podré convencer á la familia, de lo que usted me dice.

—Só, grandísimo animal! ¿Vas tú á poner en duda lo que yo te digo?

—No, señor, yo lo creo á pié juntillo, ¿pero de qué sirve que yo lo crea, si ellos lo dudan?

—Pues que te crean, que no anden con más retrónicas y que manden esos reales, terció el otro bandido.

—Yo quería que ustedes oyesen mis razones y que le escribieran al hijo mayor...

—Dile que ya no queremos escribir más, ni oír más razones que el dinero, interrumpió enfurecido Carrasco.

—Haré lo que ustedes me manden; pero yo creo que lo mejor sería...

—Largo de aquí, tunante, dijo el otro bandido; y lleva el recado tal como te se ha dicho.

—Perdona, dijo Carrasco; y déjalo que hable lo que quiera.

—Yo decía, continuó Melero, reanudando su interrumpida frase, que lo mejor sería que me dieran ustedes una cita, á la que el hijo mayor me acompañase, por si acaso la familia no se convenía de lo que ustedes me han asegurado.

—Pues bueno, dile que le concedemos cuatro días para que sin falta reuna el dinero y lo traiga contigo, y ya verás cómo lo convencemos.

—Pues les agradezco á ustedes mucho que me den esa razón, que es la que yo deseaba y la que también desea la familia.

Los dos secuestradores le indicaron entonces á Melero la ruta que habían de traer para avisarse con ellos el día prefijado.

Carrasco y su compañero se alejaron rápidamente, mientras que Melero volvióse á buen paso al pueblo de La Alameda, en donde sin dilación refirió aquella misma noche á la familia de don Agapito cuanto le había sucedido.

Llegado el día de la nueva cita, Frasquito Delgado y Melero pusieronse en marcha por la ruta concertada.

Excusado parece decir que la familia persistía en sus mismas dudas y aficiones, y que por lo tanto, el empeño principal del hijo mayor era, ante todo y sobre todo, convencerse de que su padre vivía.

En tales situaciones, la duda es aún más cruel y mortificante que la misma certidumbre, por espantosa que sea.

En vano Melero procuraba consolar por el camino al acongojado hijo, que además de sus temores por la existencia de su padre, sentía invencible repugnancia y honda pena, al verse en la dura necesidad de tener una conferencia y cambiar la palabra con los asesinos, ó por lo menos con los verdugos del autor de sus días.

La idea de tener que humillarse ante aquellos facinerosos y de verse precisado á rogarles que tuvieran piedad de su familia desolada y de un hombre de bien, enfermo, anciano, inofensivo y que además era su padre, le volvía loco; de ira, desesperación y tristeza.

Absorto en tales pensamientos iba Frasquito Delgado en compañía de Melero, cuando al llegar al arroyo que llaman de Gáez, se les presentaron los bandidos, gritándoles:

—¡Altal!

Es imposible pintar el torbellino de encontrados sentimientos que en aquel instante asaltaron el corazón del joven Francisco, que se hallaba en la flor de su edad, en la fuerza de la vida y que robusto y vigoroso tenía delante de sí á los que debía considerar como á sus más implacables enemigos.

El instinto natural de un hombre fuerte y de un hijo cariñoso le impulsaba con tremenda energía á precipitarse sobre aquellos malvados y vengar sangrientamente su agravio.

Al ver á los bandidos, palideció de una manera espantosa, sus puños se crisparon, sus ojos azules despidieron centellas, la respiración anhelosa de la cólera dilataba las cavidades de su pecho y su mano derecha se dirigió convulsamente al bolsillo de su chaquetón, en donde llevaba un revolver escocido.

Hubo un momento en que el joven Francisco, dominado por su temperamento nervioso, estuvo á punto de acometer furiosamente á los bandidos, y fué necesaria toda la reflexión de que era capaz, unaida á su filial afecto, para lograr contener los impulsos de su indignación en aquel doloroso y crítico momento.

La imá, en llorosa de su afligida madre y el temor de que su agresión por cualquier accidente pudiera ser funesta ó

mortal para su padre querido, fueron el poderoso móvil que lo contuvieron.

Una vez abandonada en su mente aquella intención hostil, el generoso joven, merced á esa maravillosa influencia de los afectos profundos en un alma templada para la abnegación y el sacrificio, pareció trasfigurarse súbitamente, y á la altivez de la cólera sucedió luego la humildad del suplicante; á los rayos de la ira reemplazaron ardientes lágrimas de tormenta; al temblor convulsivo de la rabia siguió el temblor inquieto de la dudosa esperanza; y por último, á la trágica pálida que el semblante humano reviste siempre en los momentos solemnes en que se decide su destino, sustituyó la pálida cedáverica del dolor inconsolable.

Toda esta violenta escena interior y todo este cambio extraordinario, se verificó en un abrir y cerrar de ojos, con la rapidez del pensamiento, con la velocidad de la emoción, como si en las regiones de la conciencia hubiese un tiempo más rápido y más veloz, que la duración visible y marcada por el giro del sol y de los astros.

—Por fin, nos da usted la cara, amiguito, dijo Carrascoso dirigiéndose á Francisco Delgado.

—Sí, señor, yo nunca lo he negado la cara á nadie, respondió el joven con más gravedad y arrogancia de la que él hubiera querido.

—Así me gusta á mí la gente; pero vamos á ver, ¿trae usted el dinero?

—Vive mi padre?

—Ya hemos dicho que sí.

—No basta decirlo; es menester probarlo.

—Y qué humos gasta el mocito! murmuró el otro bandido.

—Y qué pruebas quiere usted? replicó Carrascoso.

—Ver letra suya.

—Eso es una tontería, porque aunque yo le presentara á usted una carta de su padre, ¿quién podría asegurarle á usted que después de haber escrito la carta, no le habíamos cortado la cabeza?

Francisco hizo un ademan doloroso, como reconociendo la exactitud de aquella reflexión del bandido, el cual prosiguió:

—En estas cosas, amiguito, no hay más remedio que fiarse los hombres unos de otros. Yo le juro á usted que su padre vive; pero también le anuncio que ustedes mismos lo matarán por andar con tantos rodeos y tacañerías para entregar una miseria; pues si ahora mismo no trae usted el dinero, desde aquí vamos á donde está, y bien puede usted rezarle ya por muerto:

—Y que no lo salvará ni la Virgen María, añadió el compañero de Carrascoso.

—Luego mi padre está vivo y sano! exclamó gozoso el joven Francisco.

—Pues claro está. ¿Cómo se dicen las cosas? dijo Carrascoso.

—Pues bien; yo me doy por convencido porque creo que no son ustedes capaces de engañar á una pobre familia, cobrándole el rescate de un difunto.

—El que sea capaz de pensar eso, tiene mil veces peores entrañas que nosotros. Basta que yo le diga á usted media vez que su padre vive, para que deba creerlo á puño cerrado. Ahora lo que importa es que entregue usted el dinero, y en seguida tendrá usted el gusto de abrazar á su padre.

—Yo no he venido aquí hoy más que para convencerme de que mi padre vive; pero no he traído el dinero.—

Al oír esta declaración, los bandidos prorrumpieron en horribles votos y blasfemias, amenazando matar inmediatamente á don Agapito, y amenazando también á su hijo y á Melero.

Después que Carrascoso y su compañero hubieron desahogado su cólera, el buen Melero se atrevió á decir:

—Vamos, señores, no hay que alborotarse, porque lo que ha sucedido es muy natural. Ustedes no parecieron á la otra cita; la familia creyó que ésto era señal de una gran desgracia, y desde entonces no se ha pensado más que en saber la verdad del caso. Ahora ya sabemos que mi tío vive y que se puede entregar el dinero, en la seguridad de que tenemos hombre.

—Pues bien, dijo Francisco, en esa seguridad nosotros haremos todos los esfuerzos imaginables para reunir el dinero á la mayor brevedad posible...

—Con que ahora salimos con esas! interrumpió Carrascoso.

—Nada, nada, esta familia merece que hagamos un ejemplo con el cautivo, añadió el otro bandido.

—Consideren ustedes, señores, que tenemos que buscar el dinero á réditos; que los prestamistas dan palabras y luego no las cumplen; que todo se los antoja poco para hipoteca; que somos unos pobres labradores; que la familia es muy numerososa; que han venido muy malos años, y que después del sacrificio que ustedes nos piden, sólo nos quedará la esperanza á mis hermanos y á mí de trabajar como jornaleros, ó de ir pidiendo limosna de puerta en puerta. Tengan ustedes compasión de nosotros y rebajan algo de los mil duros!

Y así diciendo, las lágrimas corrían hilo á hilo por las mejillas del joven Francisco.

Los dos bandidos cambiaron entre sí una mirada de expresión inexplicable.

Al fin Carrascoso respondió:

—Para que vea usted que somos generosos hasta la pared de enfrente, rebajaremos los mil cuatrocientos reales recibidos, aunque ya hemos gastado mucho más en la manutención de ese hombre.

—Y no se rebajan ni un céntimo más, añadió el otro bandido.

—Esté bien, respondió Frasquito con un acento indefinible de resignación.

—Pero es menester que los traiga usted para mañana, repuso Carrascoso.

—Descuide usted, que así se hará, como nos los prestan; aunque me parece muy corto el plazo.

—Pues ya estamos hartos de plazos, cartas, citas y palabras, y no hay más remedio que traer el dinero.

—Si ya no lo hemos entregado, no ha consistido en nosotros, sino en nuestra desgracia.

—Todavía esa desgracia puede ser más grande. ¡No lo olvide usted!

Y Carrascoso les indicó los sitios por donde habían de venir, cuando trajesen el precio del rescate.

En seguida se alejaron de Francisco y de Melero, los cuales dirigieronse al pueblo de La Alameda, muy satisfechos, porque ambos iban muy convencidos de que don Agapito vivía.

CAPÍTULO XXI.

LA GENEROSIDAD DEL TÍO MARTÍN.

Después que salió el Tío Martín de la cueva, dejando al infeliz don Agapito embanastado en el cesto, permaneció éste largas horas en un estado tal de aturdimiento, que le privaba de la conciencia de la realidad, ó por mejor decir, sólo tenía conciencia de sus insuportables sufrimientos.

Envuelto y oprimido por aquella punzante envoltura, pegada á su cuerpo como la piel á la carne y como la carne á los huesos, el desdichado cautivo sólo podía tenerse de pie como un ser inorgánico, á la manera de un poste.

Aquel sultán de la leyenda que gradualmente iba sintiendo convertirse en piedra, es la imagen viva de la extraordinaria situación física y moral en que se hallaba el desventurado cautivo.

La posición vertical, prolongada por tanto tiempo, le causaba un dolor inexplicable en las articulaciones, un cansancio irresistible, una opresión angustiosa y sofocante, un desvanecimiento indescribible y sobre todo, una perturbación intelectual, en que el sentimiento de su propia vida parecía perderse y como evaporarse en las indecisas y tembrosas regiones de la nada.

La cueva, el cesto, la soledad, la falta de luz y de aire su estado de postración y debilidad, la venda en los ojos, la yesca en los oídos, la humedad de aquella mansión y los miasmas cada día más fétidos y mortíferos acumulados en tan reducido y no ventilado recinto, eran otras tantas y poderosas causas para que el alma de aquel infeliz viviese la vida artificial, indecisa, confusa, soñolienta y sepultada bajo tantos y tan crueles cautiverios.

Todos los manantiales de la vida de aquella desventurada víctima de los secuestradores, estaban desviados de su cauce; todas sus manifestaciones comprimidas, todos sus pensamientos descoyuntados, todas sus emociones desnaturalizadas, todos sus sentidos inertes, todas las comunicaciones, en fin, de su vida y de su existencia interior y exterior, estaban interrumpidas y como tapiadas.

El malaventurado cautivo sentía la invasión creciente de su doble marasmo físico y moral con una energía tan confusa y tenebrosa, que llegaba á pensar que él era el bosquejo de su antiguo hombre, la imagen borrada de su ser y como una especie de larva de su personalidad, antes tan energética y consciente.

La indistinción de su conciencia intelectual y viviente se aumentaba de tan prodigiosa manera, que por una especie de óptica inexplicable y que sólo tiene lugar en los espacios invisibles pero infinitos del alma, hubo momentos en que su sentido íntimo y su sentido externo se confundían en una identidad de vida, meramente vegetativa, en que el desdichado apenas podía distinguir los límites de su cuerpo, imaginándose que aquella tosca y áspera piel de mimbre formaba también parte indivisa de su organismo.

En tal situación, abrumado de cansancio, sin fuerzas para guardar el equilibrio y sostenerse de pie, se desplomó, como una masa inerte á lo largo de la cueva.

Así permaneció largas horas, como sumergido en los horrores de una espantosa pesadilla y experimentando una sensación extraordinaria, como si descendiese por el vacío en una caída sin límites, en una gravitación interminable, por un abismo sin fondo.

Cuando á la noche siguiente, según su costumbre, se presentó el malvado Tío Martín, encontróse el paso interceptado por aquella mole incalificable, que ni siquiera tenía figura humana y que semejaba el tronco de un árbol.

Aquel viejo sin entrañas aplicó el farolillo á las facciones de su víctima y advirtió que tenía el rostro amarillento y con todos los síntomas de la asfixia y de la congestión cerebral.

Entonces, aquel verdugo implacable experimentó una sensación, á un tiempo de gozo y de ira; de gozo, por ver en aquel estado á quien sin razón odiaba; y de ira, por el temor de que su muerte le privase del repugnante escute del crimen.

Así, pues, no por humanidad, no por sentimiento de compasión, que en tal caso habría sentido por otro aún el hombre más perverso, sino por un sentimiento ruin de codicia, el malvado viejo se apresuró á prodigar algunos auxilios por ver si podía prolongar la vida, que para él sólo era objeto de especulación. Cobrar el rescate fué en aquel momento el único móvil de su corazón empoderado.

Con esta mira intentó sacar del cesto al infeliz cautivo, tirándole brutalmente de las piernas; pero viendo que esta operación no le daba resultado y temeroso de que tal procedimiento podia ser funesto para don Agapito, cuya inmovilidad y aspecto cadáverico le alarmaban, sacó su navaja y comenzó á cortar y deshacer el endiablado cesto.

En seguida le quitó los pañuelos que vendaban los ojos del cautivo, y le arrojó sobre la cabeza el agua que tenía en la cantarilla.

Hecho ésto, el verdugo lanzó una exclamación de ferocia.

Acababa de advertir que el desgraciado don Agapito se había extremado y que aún respiraba.

Inmediatamente volvió á vendarle los ojos, temiendo que los abriese y pudiera verlo y más tarde reconocerle.

Al fin el secuestrado exhaló un profundo suspiro, como quien despierta de un prolongado sueño.

—¿Cómo está ese cuerpo? pregunta el Tío Martín con su bronca voz.

El cautivo por toda respuesta volvió á suspirar y á quejarse.

—Vaya, hombre, que pareces una madamita! exclamó con burlona sonrisa el desalmado viejo. No se puede hacer con go ningun experimento sin que te dé un soponcio. No

seas tan maldrida, que los hombres deben servir para todo. Vamos, que ya tendrás carpanta desde ayer acá. ¡Quieres una poca de leche?

El prisionero hizo una señal afirmativa.

Entonces el Tío Martín lo dejó sentado en un rincón y con una solicitud, cuyos indignos móviles ya el lector conoce, salió de la cueva, fué á la casa y muy pronto regresó con un jarro lleno de leche, que le presentó al cautivo, sosteniéndolo con sus manos para que bebiese, en atención á que don Agapito tenía los remos completamente entumecidos.

El secuestrado bebió con delicia, negándose á tomar ninguna otra alimento de los que su verdugo le había llevado, si bien le rogó por dos ó tres veces que le tuviese el jarro para beber, hasta que al fin apuró su contenido.

—Tú lo que debes hacer ahora es dormir, y luégo, cuando despiertas, puedes comer ese cocido que te dejé en el puchero.

Don Agapito le dió las gracias al Tío Martín con voz apáñena articulada.

—Aquí te dejo también el pan y el agua, todo al alcance de tu mano, añadió el viejo, mientras recogía las mimbras del destrozado cesto, que sacó fuera de la covacha.

Luego tomó su farolillo y despidióse de don Agapito, diciéndole:

—Yo vendré por la mañana, por si te se ofrece algo.

—Muchas gracias! Me duele mucho la cabeza.

—Eso no es nada; procura dormir y mañana amanece como nuevo.

—Dios lo quiera!

—Adios!

El Tío Martín se alejó de la cueva murmurando:

—Con estos enclenes no se puede tener siquiera una broma. ¡Creí que las liaba el maldecido! ¡Si será capaz de morirse antes de soltar los cuartos?

Tal era el orden de ideas que tanto infortunio y tan desgarradoras sufrimientos inspiraban á la conciencia pervertida de aquel viejo feroz y desnaturalizado por el influjo del crimen, que desconcierta los sentimientos del alma y todas las relaciones de la vida!

CAPÍTULO XXII.

UNA MEDIDA EXTRAÑA, UNA CITA FALSA Y UN NIÑO MARTIRIZADO.

Ya he dicho en otro lugar que á mí llegada á Córdoba, aún las personas más independientes y aún resueltas, guardaban conmigo grandes reservas, respecto á comunicarme lo que acaecía en sus heredades, ó lo que sabían relativamente á los atentados cometidos por los bandoleros.

También recordaré el lector, que los hacendados no tenían inconveniente en referirme todo lo que pasaba en otros cortijos y caseríos, ocultando lo que sucedía en los suyos, y que yo suplia los relatos de unos con el de otros, llevando notas nominales de lo que cada cual me contaba.

Y aún para conseguir algunos informes detallados y verídicos necesitaba yo inspirar, á los que hubieran de comunicármelos, la más omnívora confianza y prometerles en los términos más expresivos el más absoluto secreto.

Pero no sólo eran los particulares los que observaban esta lamentable conducta, sino también los alcaldes y las autoridades de toda especie, circunstancia tan funestísima á mis propósitos como perjudicial á los propios intereses de los hacendados, á los planes del Gobierno, al bien general y á la seguridad de todos.

Estos y otros hechos análogos demostrarán con la más clara evidencia, aun á los más incrédulos, el estado de profunda perturbación moral y de invencible terror en que se hallaba la provincia á consecuencia de las fechorías, incepcios, címenos y amenazas de los bandidos.

En tal situación, era muy posible que se perpetrassen los atentados más odiosos sin que se atreviesen á dar cuenta de ellos al gobernador, no ya las autoridades, sino tampoco los mismos perjudicados, supuesto que una dolorosa experiencia les había infundido inconcebible aversión á buscar apoyo en la autoridad pública, de la cual, según ellos decían, sólo sacaban vejaciones sin cuento, gastos injustificados, molestias infructuosas, ódios y venganzas implacables por parte de los bandidos, y al fin y á la postre, la más completa impunidad de los malhechores.

En una palabra, las mismas víctimas del bandolerismo, con razón ó sin ella, porque yo no voy ahora á tratar ni á decidir esta cuestión, creían encontrar más inconvenientes que ventajas en quejarse á la autoridad de las desgracias que les ocurrían, y por lo tanto era necesario infundirles una confianza sin límites para que llegasen á convencerse de la conveniencia de buscar apoyo y protección en los representantes del poder público, según acontece en todos los países civilizados.

Bajo este aspecto, puedo y debo asegurar que la provincia de Córdoba, en virtud de ciertas corruptoras tradiciones, se hallaba en ese estado de perversión gubernamental que procede y nace de que, allí, aun las personas más influyentes y honradas están más dispuestas á constituirse en padrinos y pedir favor para los criminales, que á demandar justicia y reparo para los individuos ó familias que han sido objeto y víctimas de los más horribles y repugnantes atentados.

Hechas las precedentes indicaciones, desde luego se comprenderán las infinitas dificultades que yo encontraría para tener cabal conocimiento de los actos bandolerescos que se cometían en la provincia.

Ya el lector sabe las terribles amenazas que los secuestradores del niño Antonio Fernández Merino habían hecho á sus padres para que en ninguna manera descubriesen á nadie la verdad de lo acaecido.

Es cierto que en los primeros momentos, y antes de recibir la carta en que se les anunciaba que estaba secuestrado y en que se le hacían tan orueles prevenciones, los padres del niño habían dado parte al alcalde, guardia civil y comisarios de la desaparición de su hijo; pero atribuyéndola pura y s

ann los mismos padres, que el tal niño pudiera ser objeto de un secuestro, atendida la pobreza de su familia.

Resultó, pues, que a mis oídos llegó efectivamente la noticia de la desaparición del niño Antonio; pero como interrogadas por mí las autoridades se me contestó que los padres habían averiguado después de su alarma que su hijo, a quien consideraban perdido, se había marchado con un pariente suyo a un pueblo inmediato, en donde a la sazón se hallaba, no volví a ocuparme más por entonces de aquel suceso, que por sí solo demuestra hasta qué punto mi autoridad corría inminente riesgo de ser engañada, y necesitaba para evitarlo valerse de la propia inspiración y criterio, rechazando a veces para apreciar debidamente ciertos casos, aquellas versiones que podían parecer más auténticas, verosímiles ó indubitable.

Así, pues, no solamente leía yo con especialísimo cuidado las comunicaciones oficiales, en que se me daba cuenta de ciertos hechos por las autoridades y Guardia civil, y en las cuales solía yo ver algo más de lo que aparecía escrito, sino que también prestaba la más sostenida y minuciosa atención a cuantas noticias de crímenes ó secuestros llegaban a mis oídos en el trato de las gentes, como hechos públicos y notorios, aun cuando no se refiriesen precisamente a los pueblos de la provincia de mi mando.

Además procuraba con solícito empeño hablar directamente con todas aquellas personas que en época más ó menos reciente yo sabía habían estado secuestradas, muy persuadido de que aquellas conferencias me habían de sugerir datos y deducciones de la más útil aplicación e importancia.

Debo advertir que una de las cosas que más vivamente llamaba mi atención y que a la vez me producía un sentimiento inexplicable de pena y contrariedad, era el hecho de que ningún secuestrado pudiera decirme con precisión ó exactitud el punto en donde lo habían tenido.

—Callaban por discreción, ó era que efectivamente no lo sabían? Yo creo que había de todo, según la edad y carácter de los interrogados.

Por este tiempo, tuve una conversación muy reservada con un sujeto que no es necesario nombrar, y que había permanecido secuestrado durante diez días en un punto que él nunca había podido precisar, de suerte que hasta ignoraba a qué provincia pertenecía.

—¿Y no consiguió usted adquirir absolutamente ningún dato que pudiera conducirle a fijar el sitio en que le tuvieron? le pregunté yo a dicho sujeto, el cual me respondió:

—No, señor.

—¿No pudo usted advertir si le trajeron en una población ó en el campo?

—Sólo sé decir que estuve encerrado en un covachón, cuyo suelo era terrizo.

—¿Y no pudo usted distinguir si la cueva era natural ó hecha a propósito?

—Con los ojos vendados, no era fácil hacer esa averiguación.

—Sí, pero por el tacto se puede conocer al menos si las paredes eran de tierra ó de roca.

—Eran terrizas.

—No oía usted hablar gentes?

—Sí, señor, y conocía cuando era voz de hombres ó de mujeres.

—Y el timbre de las voces, ¿era siempre el mismo?

—No, señor.

—¿No entendía usted lo que hablaban?

—Unas veces sí y otras no; podía oír bien cuando me aflojaba los pueblos con que me tenían cubiertos los ojos y los oídos; pero no siempre tenía ocasión de hacer esto.

—Luego usted distinguía la voz de las personas extrañas?

—Sí, señor, y aún con los oídos tapados con la yesca, sentía pasos y hablar.

—¿Y no oyó usted nunca decir a los que por allí andaban y hablaban ninguna indicación del sitio, pueblo, caserío, vereda ó camino?

—Ya estaba yo con mucho cuidado cuando sentía conversar gente extraña, con la mira que usted dice; pero nunca pude pescar ninguna palabra que me diera luz respecto al lugar en que hallaba.

En aquel instante, por uno de esos fenómenos psicológicos que se comprenden mejor que se describen, tuve una ocurrencia que me reservé en aquella conversación, pero que me sugirió una medida de que hablaré más tarde.

En seguida le pregunté:

—¿No podía usted deducir si estaba cerca de algún camino, por el ruido de carros, caballerías ó ganados?

—No, señor; pero lo que sí oía periódicamente, aunque estuviese acostado y con los pañuelos puestos, era la trepidación y el ruido como de un ferro carril.

—Pues, amigo mío, esa indicación pudiera valer algo, en la medida con otras.

—Sí, pero échese usted a buscar por el mundo cuevas desde donde se oigan los trenes. ¡Habrá tantas!

En vano le hice infinitas y minuciosas preguntas, que por evitar prolijidad omito, para buscar algún rastro de los sitios ó lugares donde tenían costumbre de ocultar a los secuestrados, supuesto que no pude recabar de dicho sujeto más noticias sustanciales que las haya expresadas.

Ahora bien; cierto espíritu analítico y cierta facultad de percepción pronta y lícida suele ser el origen de las disposiciones más acertadas y eficaces; pero también debo decir que tales disposiciones inspiradas por los detalles, al parecer más insignificantes, no son siempre aprobadas ni bien comprendidas, ni aún por los mismos agentes de que tiene que valerse la autoridad que las concibe.

Y esto precisamente me ocurría a mí con harta frecuencia y de una manera más particular, cuando adopté la medida ó disposición, ó que antes me he referido.

En efecto, hablando con la citada persona, que había sido víctima de un secuestro, durante el minucioso interrogatorio trascrito, pensaba yo que si a los oídos de aquel sujeto hubiera podido llegar la designación del sitio en que lo tenían, así como llegaban otras frases y otros conceptos, no

habría carecido él, ni tampoco las autoridades, de un hilo conductor para vigilar, prevenir y castigar tales crímenes.

Esta ocurrencia me condujo naturalmente a pensar en que si por los sitios ó lugares en que los bandidos acostumbraban a ocultar a los secuestrados, pasasen personas con un pretexto plausible y disimulado y hablasesen en voz alta, determinando la localidad en que se hallaban, acaso alguno pudiera utilizarse en su día de aquellas vociferaciones.

Y como era necesario, [por una parte, velar cuidadosamente el intento, y por otra] no predicar en desierto, como suelen decirse, enviando estas personas sólo a los puntos verdaderamente sospechosos, como las numerosas cuevas existentes en los montes de San Miguel, cerca de Benalmádena y otros lugares por el estilo, no menos acomodados para esta clase de encerronas, vine a dar en la idea de enviar gentes, que ya disfrazados de mendigos, ya de cazadores, ya de vianandes extraviados, recorriesen aquellos sitios más apropiados para el caso, y de los cuales se tenían noticias que eran muy frecuentados por los criminales, con el encargo especial de que de una manera ó de otra, pero siempre hábil, natural y oportuna, dijese ó cantase el nombre del lugar en que se hallaban y aún el de los pueblos, caseríos, cortijos y sitios próximos de donde viniesen y hacia dónde se encaminasen.

Mucho trabajo me costó hacer comprender a mis agentes la eficacia posible de este importante servicio; pero al fin, valiéndome de ejemplos y minuciosas explicaciones, logré que se penetrasen perfectamente de su misión y oficio, al cual ellos, no sin gracia y tal vez con malicia, dieron en llamar *cantores de lugares*.

Además de la conferencia tenida con el dicho secuestrado hubo de influir no poco en mi ánimo para concebir el plan indicado, la noticia que ya había recibido respecto a la desaparición de un vecino del pueblo de La Alameda y que pudiera muy bien haber sido ocultado en las mencionadas cuevas de los montes de San Miguel, que no están muy distantes.

Desde luego, el lector habrá comprendido que me refiero a la primera noticia que tuve del secuestro del infeliz don Agapito Delgado.

Era, por cierto, doloroso y singular el contraste que mis desvelos, mi actividad incansable y mis disposiciones extraordinarias, y a veces hasta peregrinas, formaban con la conducta, preocupaciones y reservas inconcebibles que los mismos interesados guardaban con las autoridades que más eficazmente podían protegerlos, como sucedió con los padres del niño Antonio Fernández Merino, que, amedrentados por los secuestradores, se obstinaron en ocultar a todo trance el secuestro de su inocente y desdichado hijo.

En efecto; después de haber acudido en vano el padre del pobre niño a la cita que los secuestradores le dieron para el retiro de la estación del ferro carril de Montilla, volvió a recibir otra carta en la que se le prevenía que saliese de su pueblo al oscurecer y tomase la dirección y el camino de Palenciana, en cuyo trayecto le saldrían al paso los secuestradores para que les entregase el precio del rescate.

En dicha carta se le ordenaba también que fuese provisto de un caracol ó cuerno de caza, que debía tocar fuertemente de tiempo, en tiempo, a fin de que los bandidos supiesen por dónde caminaba; pero sucedió que el affligido padre llegó hasta Palenciana sin encontrar a nadie, y desde allí regresó a su pueblo, sonando a más no poder su caracol, sin que tampoco a su vuelta se le presentasen los bandidos.

Sin duda el lector no acertará a explicarse fácilmente la tenaz reserva que aquel desventurado padre guardaba para con las autoridades, ni tampoco a primera vista comprendrá la causa verdadera de que los secuestradores le diesen una y otra cita, y luego ellos no acudiesen a ellas.

Pero la explicación es muy sencilla, si se tiene en cuenta lo que ya he insinuado respecto a que los secuestradores del niño eran de su mismo pueblo y sabían perfectamente todos los pasos que daba la familia para adquirir el dinero, y por lo tanto, no ignoraban que a ninguna de las dos citas llevaba el padre la cantidad exigida para el rescate de su hijo, cuya triste suerte ni remotamente podía sospechar.

En efecto; la infeliz criatura, privada del calor y ternura de sus padres, sin mudarse de ropa, mal alimentada, temblando constantemente de miedo y de frío, llena de miseria y sumergida en su lóbrega caverna, se había demorado en pocos días, y aquél niño de tez rosada y antea tan alegre y risueño, semejaba ahora un pálido espectro.

¡Cuán ajeno se hallaba su padre de que en el mismo instante en que él salía de su pueblo para el de Palenciana, era su pobre niño víctima inocente de los más crueles tratamientos!

Ya el lector sabe que la tía María Torres, mujer del tío Martín, se había encargado de la custodia y asistencia del pobre niño.

Todas las noches, a primera hora, bajaba la vieja a la zanja para llevarle de comer al niño, cuyo alimento de ordinario consistía en habas verdes, pan y queso.

Frecuentemente el niño aguardaba despierto a su carcelera, ansioso de satisfacer su natural apetito; pero en la referida noche el infeliz Antonio se había quedado profundamente dormido, y en los movimientos inconscientes de su turbado e inquieto sueño, se le había caído el pañuelo, que constantemente le vendaba los ojos.

Es de advertir, que la pobre criatura, después de haber sido castigada repetidas veces, tenía muy particular cuidado cuando se acercaba la hora de que la tía María bajase, de ponerse muy bien el pañuelo y la yesca que le tapaban los ojos.

Antonio hallábase a la sazón en lo mejor de su importuno sueño, y la maldita vieja, digna compañera del Tío Martín, montó en cólera al ver al pequeño cautivo con el pañuelo quitado, y como una arpía se precipitó furiosa sobre el niño, golpeándole brutalmente, sin consideración a su debilidad, ni a sus pocos años, ni a su inocencia.

El niño despertó despavorido y llorando amargamente; pero comprendiendo al punto la causa de tan feroz trata-

miento, él mismo se apresuró a colocarse el pañuelo, articulando entre sollozos mil disculpas y protestando con toda la eloquencia infantil, de que se le había caído sin querer y durmiendo.

Era verdaderamente horroroso y desgarrador aquel espectáculo del pobre niño con las manecitas cruzadas, hincado de rodillas, en cuya postura apenas podía sostenerse por la traba de hierro que constantemente le sujetaba los tobillos, temblando de terror, llorando a lágrima viva, e implorando en vano misericordia de aquella maldita y repugnante vieja.

Cuando se hubo cansado de darle golpes, con voz avinagrada y displicente acento, le dijo:

—¡Calla y come!

El niño, tan bruscamente despertado, gritaba sin consuelo, exasperando así más y más la iracundia de aquella bruja, que a modo de tarabilla, le preguntaba estúpidamente y sin cesar:

—¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras? ¡Habrás visto un mono tan llorón como éste!

La infeliz criatura comprendía vagamente la irracionalidad de aquellas injustificadas preguntas y reconvenencias, pero en lugar de responderle que lloraba por los golpes; ahorrando palabras, expresaba todo lo que sentía en aquel momento, subiendo el tono de su desconsoladísimo llanto.

—¡Come! insistía la vieja.

—No quiero, replicó el chico.

—¡Calla!

—No puedo.

—Mira que si lloras, vendrá el loco.

Esta era la gran amenaza que en semejantes casos le hacía la vieja para que callase.

El niño al pronto cedió un poco; pero muy luego, y por un impulso, que pudo muy bien calificarse de mecánico, volvió de nuevo a su ruidoso llanto, que no era dueño de contener.

En aquel instante, junto a la boca de la cueva, oyóse una voz estentórea, que gritó:

—¡Allá voy a comérme vivo!

Al oír aquella voz tan bronca y con inflexiones insultantes, el pobre niño aterrizado, calló súbitamente, si bien la misma violencia de su esfuerzo y el miedo estuvieron a punto de producirle un paro.

La vieja, muy satisfecha del oportuno auxilio que le había prestado el Tío Martín para acallar a su víctima, exclamó:

—¡Lo ves! ¡ya está ahí el loco!

El niño, temblando de pies a cabeza y comprimiendo sus gemidos, arrebatóse en su rincón, encogiendo todos sus miembros y poniéndose lívido de pálido que antes estaba.

Trascurridos algunos momentos, la vieja, regocijada con el efecto conseguido por el loco, que le había impuesto al niño absoluto silencio, salió de la cueva diciéndole:

—Ahí te dejo la comida, mal bicho; pero como siquiera rechistes, ya verás lo que te pasa.

—¡Me lo comeré crudo! gritó el Tío Martín.

El niño quedóse allí solo, en las más profundas tinieblas, rodeado de espanto, estremecido de horror, viendo con los ojos cerrados y vendados la imagen del loco furioso que amenazaba devorarlo, rezando mentalmente y haciendo la señal de la cruz con ambas manos.

—Tan natural, tan primitiva y tan precoz es en el alma humana la revelación religiosa!

CAPÍTULO XXIII.

EL RESCATE DE DON AGAPITO.

Según había previsto Francisco Delgado, no le fué posible a la familia reunir la cantidad dentro de las cuarenta y ocho horas de plazo que habían prefijado los bandidos, por cuyo motivo acudió a la expresada cita Melero solo, diciendo que la suma exigida la recibiría la familia al día siguiente, y que en esta seguridad, que señalasen el sitio a donde habían llevado la.

Mucho se indignaron los secuestradores con esta dilación, que estaba casi prevista; pero al fin se aplacaron, designando de palabra las gradas de la catedral de Sevilla, como el punto a donde habían de conducir el dinero, a las nueve de la noche del 18 de Abril, añadiendo que paseando por allí los dos, es decir, Francisco y Melero, se les presentaría una mujer para recibir el precio del rescate.

El buen Melero regresó inmediatamente al pueblo de La Alameda con el antedicho recado, y en efecto, al día siguiente salieron ambos para Sevilla con la cantidad concertada de diez y ocho mil seiscientos reales.

Ya el lector sabe que Frasquito necesitó violentarse mucho en la única entrevista que había tenido con los bandidos para no precipitarse sobre ellos, porque no podía resistir tranquilo su presencia; y los esfuerzos que tenía que hacer para dominarse, no sólo afectaban dolorosamente su espíritu, sino también su organismo.

Así, pues, consintió en asistir a esta última entrevista, únicamente impulsado por la consideración suprema de que se trataba de la libertad de su padre; pero sintiendo inmenso repugnancia en presentarse de nuevo a los bandidos.

Sucedió, pues, que al llegar a Sevilla el joven Frasquito, a consecuencia de la excitación moral en que se hallaba, cayó realmente enfermo, de suerte que llegó la noche y la hora de la cita, y no pudo acompañar a Melero, el cual se dirigió solo al sitio designado.

No dejaba de admirarse el buen Melero de que los bandidos hubiesen señalado para una cita de aquella naturaleza un sitio tan público y tan pasajero como aquél, en aquellas horas.

El conductor de la consabida suma, daba vueltas por las gradas y se desojaba mirando a todas las mujeres que pasaban, creyendo que cada una de las que veía, era la misteriosa mensajera que aguardaba.

La imponente masa de aquel maravilloso edificio, en cuyo interior se experimenta como en ningún otro el sentimiento infinito de la inefable grandeza de Dios, las grandiosas portadas, las bellas estatuas, los numerosos botareles y la famosa Giralda, que tan atreviadamente se lanza en el es-

pacio, no impresionaban al buen Melero tanto como en otra ocasión más oportuna le hubieran impresionado, si entonces no hubiera absorbido toda su atención el desempeño de su difícil encargo.

No obstante, dando vueltas por el perímetro de la catedral, por sentimiento artístico é irresistible, é que no pueden sustraerse ni aun las bellezas más incultas ó menos estéticas, el asombrado Melero vino á detenerse al pie de la Giralda, contemplando con una emoción profunda la inmensa mole y prodigiosa altura de la gallarda torre, y olvidando en aquel momento el mirar á todas las transeúntes que hasta entonces había inspeccionado con una curiosidad, que á ellas pudiera parecerles impertinente ó galante; pero cuyo verdadero sentido ya el lector conoce.

Cuando más absorto se hallaba en su contemplación, sintió Melero posarse sobre su hombro una pesada mano, y volvió rápidamente la cabeza, encontrándose frente á frente con dos hombres, uno de los cuales, el más alto, era él mismo á quien había visto varias veces disfrazado de pastor, mientras que el otro le era completamente desconocido.

—Por qué has venido solo? preguntó el más alto con aire de mal humor.

—Porque mi pariente se ha puesto malo y se ha quedado en cama.

—Qué imprudente exclamó el otro bandido.

—Verdaderamente que sois brutos, añadió el más alto. ¡A quién se le ocurre venir sólo!

—Y quién puede evitar que un hombre se ponga enfermo?

—Pero habiéndose convenido en que viniésemos los dos, nos hemos escamado al verte sin el compañero.

—No hay que escamarse, porque nadie en el mundo, más que nosotros, sabe á lo que venimos.

—Traes el dinero?

—Sí, señor, y en oro.

—Gracias á Dios! Vente con nosotros.

Y los dos bandidos encamináronse á un aguaducho inmediato, á donde les siguió Melero.

Los bandidos pidieron un refresco y convivieron á lo mismo al conductor del rescate.

Después que los hubieron servido el refresco, el más alto de los secuestradores, dirigiéndose al sobrino de don Agapito, le dijo:

—Venga eso!

Entonces Melero sacó un gran bolso verde y se lo entregó diciendo:

—Ahí van diez y ocho mil seiscientos reales, que buenos trabajitos ha costado el reunirlos. ¡Cuéntelos usted!

—No es necesario, porque desde luego creo que estarán cabales.

—Sí, señor, el dinero está cabal; pero si supiera usted las lágrimas que le cuesta á esa pobre familia...

—Vamos, déjate de lamentos; respondió el bandido con aire displicente.

En vano el buen Melero les representó la triste situación en que la familia quedaba, después de aquél sacrificio, rogándoles que fueran generosos y que le devolviesen alguna cantidad de la recibida.

Los bandidos se echaron á reír, al escuchar aquella petición tan inesperada.

Bien conocía el buen Melero que su demanda era intempestiva y estéril; pero en su buen deseo de complacer en todo lo que pudiese á la familia, que le había dado expresamente aquél encargo, no quiso dejar de cumplirlo, por más que él estuviese convencido de la inutilidad de sus ruegos.

—Demasiado poco han dado, y bastante que nos han molido; respondió el más bajo de los secuestradores.

—Cuando no se tiene... ¡Pobre familia! exclamó tristemente Melero.

—Cuando no se tiene, se busca; replicó brutalmente el mismo bandido.

—Vamos, dejáos ya de palabrería inútil; terció el más alto.

Y dirigiéndose á Melero, añadió:

—Ahora lo que teneis que hacer, tú y Francisco, es marcharos enseguida á vuestro pueblo, y el dia 21 vais á Archidona y allí parareis en la posada que hay en la plaza. ¿Estamos?

—Sí, señor; todo se hará como usted me dice.

—Pues bien, ese mismo dia se presentará allí el cautivo.

—Dios lo quiera!

—Lo queremos nosotros, y basta; con que vea á darle esta buena noticia á tu compañero.

Melero se despidió de los secuestradores, y lleno de gozo voló á participar á Francisco la nueva feliz de que dentro de tres días le aguardaba la inmensa ventura y satisfacción de abrazar á su querido padre en Archidona.

CAPÍTULO XXIV.

EL PADRE Y EL HIJO.

El lector habrá advertido que Carrasco no asistió á la entrega del rescate de don Agapito Delgado.

En efecto, una vez convencido Carrasco de que la entrega del dinero en Sevilla se verificaría con toda seguridad, dejó á sus compañeros el encargo de recibirlo y de que en seguida soltase á don Agapito, volviéndose á reanudar sus trabajos en los alrededores del pueblo del Aratal, que debían ser ahora el teatro de sus nuevas fechorías.

En aquellas campinas, pastores, gitanos, venteros, mayoral, manijeros, todos le conocían y le respetaban por su valor, su rumbo y su porte, hallándose más dispuestos á servirle y ampararlo, que á denunciarle y perseguirle como á un desertor de presidio, reclamado por los tribunales.

Carrasco, pues, recorrió su gente y se informó de cuanto le convenía para realizar sus propósitos, que por el pronto eran los de apoderarse de uno de los dos ricos hacendados, á quienes con bastante anticipación les venían *poniendo los espaldas*.

Asociado con sus nuevos compañeros, encontraba poderosos auxiliares para sus fines en los habitantes de chozas, cortijos y caseríos, de forma que pudo distribuir y esconder su gente durante algunos días, sin que nadie pudiese abrigar recelos, ni mucho menos adivinar sus intenciones.

JULIAN ZUGASTI.

¡QUIÉN ERES!

¿Quién eres, blanca paloma mia,
celestre imagen de mi ilusión?
¿Quién eres, faro de mi alegría?
¿Quién eres, llama de mi pasión?...

¿Eres arcángel del alto cielo,
eres sirena del fondo mar,
sílfide alada de ráudo vuelo,
ó tierna musa de mi cantar?

¿Eres un sueño de mi locura,
eres querube fascinador?
¿Eres la estrella de la ventura,
eres ondina, pájaro ó flor?

¿Tal vez aroma de grata esencia,
de luz divina foco inmortal?
¿Tal vez fantasma de mi existencia,
del alma acaso bello ideal?

¿Quizás suspiro que el pecho lanza,
algo infalible, vago y sin sér?
¿Quién eres, iris de mi esperanza?
¿Cuerpo ó espíritu, diosa ó mujer?...

Cuando en la noche mi mente sueña
quimeras vanas y ansias sin fin,
vislumbro absorto tu faz risueña
y tus contornos de serafín.

Mi pecho late junto á tu pecho,
y nuestras almas llenas de ardor,
únense y ligas con lazo estrecho,
quédanse en éxtasis embriagador;

Y en estos puros de amor accesos,
en estos raptos del alma fiel,
óyese tenué rumor de besos,
que siendo tuyos saben á miel...

Si la campiña mi planta huella,
y gime el céfiro ráudo y veloz,
pienso que escuchó de tu querella
la palpitante trémula voz.

Y si argentada la luna brilla,
es tan vehemente mi frenesi,
que con sus lampas me maravilla,
puso forjo en ellos mirarte á tí...

Cual soles fulgidos radian tus ojos,
do el alma un mundo de hechizos vé;
y me enloquecen tus labios rojos,
y me arrebata tu breve pie.

De tu meigillas la tea rosada,
de tu figura la majestad,
los resplandores de tu mirada
y los encantos de tu bondad,

Prenden y exaltan mi fantasía,
turban y alteran mi corazón,
y te proclama la lira mia
suma y dechado de perfección.

Eres más bella que las húrfidas,
eres tan dulce como un panal,
y de tus labios, cuando sonríes,
maná la gracia, brota la sal.

La linda trenza de tus cabellos
sobre tus hombros luce gentil,
y amantes besan sus rizos bellos
tu tersa espalda de albo marfil.

La luz serena de tus virtudes
alumbra el caos de mi razón,
donde combaten mis inquietudes
con los anhelos de mi pasión.

Yo te idolatró con fuego ardiente,
con vivo arróbo, con fondo afan,
y á tí atraído mi sér se siente,
de tus pupilas por el íman.

Guardo en mi seno tu estígia pura,
que en él grabára igneo buril,
y enamorado de su dulzura
tributos rindole y ofrendas mil.

Allí recibes ferviente culto
y soberana reinando estás;
que allí joh hermosal conservo oculto
el trono eterno do siempre vas!...

Ante tus plantas hora postrado,
júrote ansioso mi ciega fá;
de amor henchido y enajenado,
mi vida entera te adoraré!

¡Ah! no eres sólo sombra querida,
ni del espíritu mera abstracción;
no eres luz móvil aparecida
como fantástica fugaz vision.

¡No! Cuando el vértigo del desvarío
mi mente invade loco y tenaz;
cuando en el fondo del pecho mio
impresa llevo tu amada faz,

No eres de un sueño falsa quimera,
ni un sér errático y engañador,
que tráis los giros de su carrera
deja el vacío desolador...

¿Quién eres, ídolo de mi ternura,
rico tesoro, casta deidad?
¡Eres... la reina de la hermosura!
¡Eres... celeste divinidad!

Eres la imagen que me extasia;
de tí mi espíritu va siempre en pós;
que eres el alma del alma mia,
y eres mi oráculo y eres mi dios!

PLACIDO LANGLE.

LA LUZ DEL ALBA.

Rasga la noche triste
su sombra incierta,
porque allá en la alta cumbre
la luz despierta,
luciendo ufana
los más bellos colores
de la mañana.

Recamando las nubes
finge á mis ojos
reflejos amarillos,
blancos y rojos,
que el alba envía
para que ansioso en ellos
se encienda el dia.

La niebla sobre el valle
muestra su velo,
su majestad el monte,
su pompa el cielo,
y el agua ondea,
y la lux en las ondas
relampaguea.

Noche es mi pensamiento
callada y triste,
tú eres la luz que al dia
de rayos viste;
la lux que alcanza
á disipar las sombras
de mi esperanza.

Dio á tus ojos la aurora
su faz risueña,
nubes son los deseos
que el alma sueña,
y en dulce calma
al rayo de tus ojos
se enciende el alma.

Mi corazon suspira,
vela el deseo,
porque en la lux del alba
tu imagen veo.
Mas aparece,
brilla un instante y pronto
se desvanece.

Somos, gentil encanto
del alma mia,
tú claridad, yo sombra,
mi amor el dia,
que la serena
bóveda de los cielos
inmenso llena.

Rasga la noche triste
su sombra oscura
que resplandor lejano
débil fulgura;
las cumbres salva,
y en las nubes sonrie
la lux del alba.

José SELGAS.

LA PRENSA REPUBLICANA.

La prensa republicana de Madrid, considerando conveniente á los intereses de la democracia manifestar ante la opinión los puntos en que está de acuerdo con respecto á las mutuas relaciones entre los periódicos, ha convenido en hacer las siguientes

DECLARACIONES:

Primera. Que afirma de una manera categórica como forma esencial de gobierno la que es peculiar á la democracia.

Segunda. Que está de acuerdo en la necesidad de combatir sin trégua los obstáculos que se opongan á la realización de sus ideales, sean aquellos cuáles fueren, empleando para ello los medios y manteniendo la línea de conducta que cada periódico estime más conveniente.

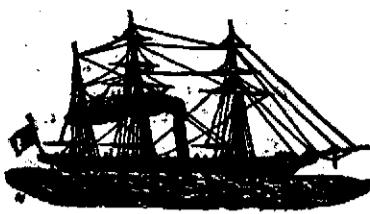
Tercera. Que en las controversias que se vean obligados á entablar ó mantener sobre principios ó procedimientos, guardarán entre sí las consideraciones que mutuamente se deben los demócratas.

Cuarta. Que por los compromisos de las declaraciones anteriores no se proponen los firmantes prejuzgar las soluciones que cada periódico sustenta en el campo republicano, así en cuanto afecta á la constitución de los organismos políticos, como en lo que se refiere á la fusión, unión ó coalición de los partidos democráticos existentes, respecto de todo lo cual cada periódico conserva su libertad de acción, sino estrechar las relaciones de amistad y compañerismo entre escritores consagrados á defender aquellos principios para todos esenciales y combatir á los comunes enemigos.

Madrid 5 de Enero de 1882.

Por *La Discusión*, Bernardo García.—Por *La América*, Eugenio de Olavarria.—Por *La Prensa Moderna*, Joaquín Brifón.—Por *Las Nacionales*, Alejo García M. —Por *El Liberal*, Mariano Artus.—Por *La Crítica*, Juan Raban.—Por *El Motín*, Juan...—Por *El Progreso*, Andrés Solís.—Por *El Nacional*, Ramón Chies.—Por *La Vanguardia*, Antonio Sánchez Pérez.—Por *El Porvenir*, R. Girard de la Rosa.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Islas Canarias.

Se expenden también billetes directos para

MAYAGUEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

y

ENDE CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

TRADICIONES

DE

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresión y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía,—Cafios, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.

misma Dirección de la Deuda les haya entregado.

Madrid 2 de Enero de 1882.—El vicesecretario, Juan de Morales y Serrano.

Por acuerdo del Consejo de Gobierno se ponen en circulación desde esta fecha los nuevos billetes de 500 y de 1.000 pesetas de la emisión de 1.º de Abril de 1876.

Madrid 2 de Enero de 1882.—El vicesecretario, Juan de Morales y Serrano.

Los interesados que hayan pedido el reembolso de resguardos de la Caja de Depósitos en la Dirección de la misma, se pueden presentar el miércoles 4 del corriente á cobrar su importe efectivo en la Caja del Banco de España, Atocha, 15, provistos de las carpetas que aquella Dirección les haya entregado.

Madrid 2 de Enero de 1882.—El vicesecretario, Juan de Morales y Serrano.

Los interesados que hayan pedido en el Banco el reembolso de obligaciones del Banco y Tesoro de ambas series, de Aduanas y bonos del Tesoro, pueden presentarse con los resguardos correspondientes á cobrar su importe en la Caja del Banco, Atocha, 15, el lunes 2 de Enero de 1882.

Madrid 31 de Diciembre de 1881.—El vice-secretario, Juan de Morales y Serrano.

Los interesados que hayan pedido en la Dirección general de la Deuda Pública el reembolso de la Deuda amortizable interior al 2 por 100, resultado del sorteo de las Obligaciones del Tesoro de la isla de Cuba sobre los productos de la renta del material del Tesoro, pueden presentarse á cobrar su importe efectivo en la caja del Banco de España, Atocha, 15, el miércoles 4 del corriente, previsto de los resguardos que la

nas de este establecimiento, y bajo facturas que al efecto se les facilitarán, los cupones del semestre vencido en 1.º de Enero y las Obligaciones amortizadas en el referido sorteo para el señalamiento del día en que habrá de realizarse su pago.

Madrid 29 de Diciembre de 1881.—El vice-secretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO DE CASTILLA.

La Administración, con vista del resultado del balance del año social, que terminó en 31 de Diciembre último, ha acordado que el dividendo del ejercicio de 1881 sea de 18 por 100 sobre el capital desembolsado de las acciones, ó sean 45 pesetas á cada una.

Y habiendo ya satisfecho á buena cuenta en Julio último 20 pesetas por acción, el resto de 25 pesetas á cada una se pagará desde el jueves 12 del corriente por las cajas de este Banco, en Madrid, de once de la mañana á dos de la tarde, todos los días no feriados, y por los delegados del establecimiento en las provincias, contra el cupón núm. 2 de las acciones, presentado con facturas que se facilitarán gratis.

Madrid 2 de Enero de 1882.—Por acuerdo de la administración, el secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortización varía según la duración del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relación clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestación inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestación se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulación en caso de que fuere necesario.

Admite también el Banco Hipotecario valores en custodia á imposiciones en cuenta corriente con interés.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazón que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra á irradiia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática histo-

ria; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecidos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario, un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposición. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

TEATRO NUEVO, POR JOSE

Roman Leal.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *O la cura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introducción interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolución el problema de la Finalidad, que dice es inmanente. Siguen á esta sección los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra sección cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relación con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de expresarlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edición lujo, reales..... 20

GOTTSCHALCK, POR LUIS RI-

cardo Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafo é inédito, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminentísimo artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció finalmente á GOTTSCHALCK, facilita la publicación de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente genio y vastísimo talento. Reales.. 30.

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20.

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole e importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupción durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados y correspondentes excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marcas españolas) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que va directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Otra por San Thomas para la América Central, Méjico, América del Sur y América del Norte, aprovechando los vapores-correos que parten de los puertos de Inglaterra.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripción en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales linea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.
Calle, 1.